

maoza

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA

4ta ÉPOCA

B/. 4.00

UNA PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ



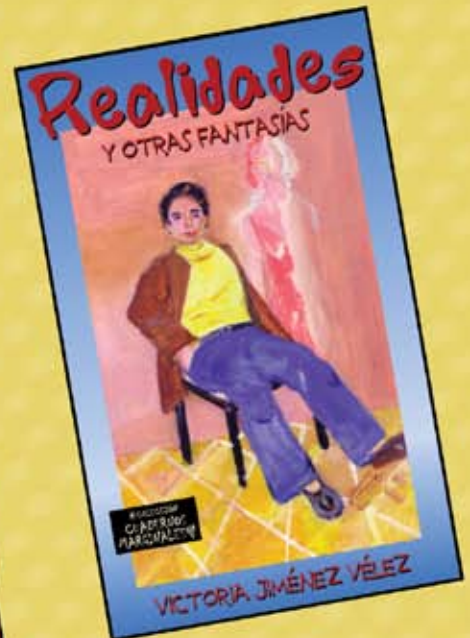
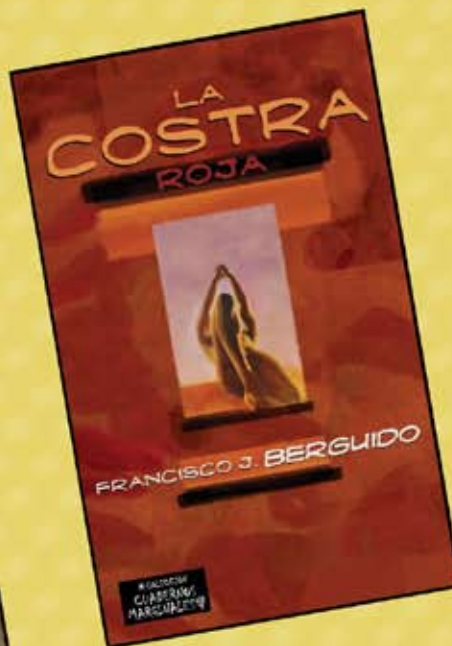
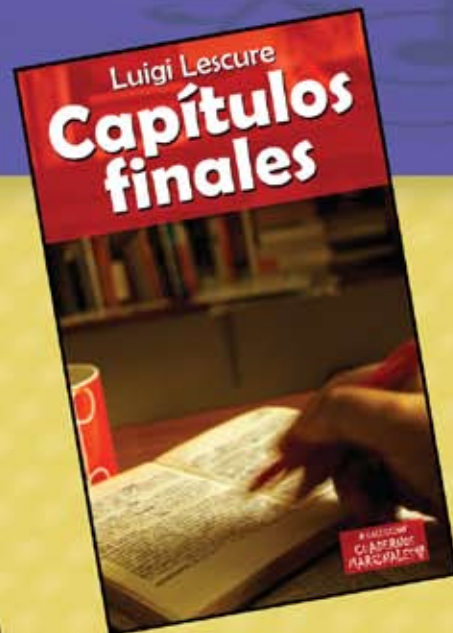
ENSAYO DE:
Fulvia Morales de Castillo

POEMAS DE:
Jorge Avalos
Carlos E. Fong A.

CUENTOS DE:
Gonzalo Menéndez González
Lucy Cristina Chau
Fernando Penna Rodríguez
Silvia Fernández-Risco
Alberto Cabredo

EDICIÓN **68**

La Universidad Tecnológica de Panamá apoya la literatura nacional



Hemos publicado con entusiasmo a experimentados autores panameños así como a nuevas voces talentosas.



B/. 4.00

ISSN: 1018-1563
Número 68 cuarta época
enero-julio 2011

Corresponsales Internacionales

Viviane Nathan (Israel)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Julio Escoto (Honduras)
Vidaluz Meneses (Nicaragua)
Magda Zavala (Costa Rica)

Director

Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Diseño Gráfico y Diagramación

Silvia Fernández-Risco
silfer@cwpanama.net

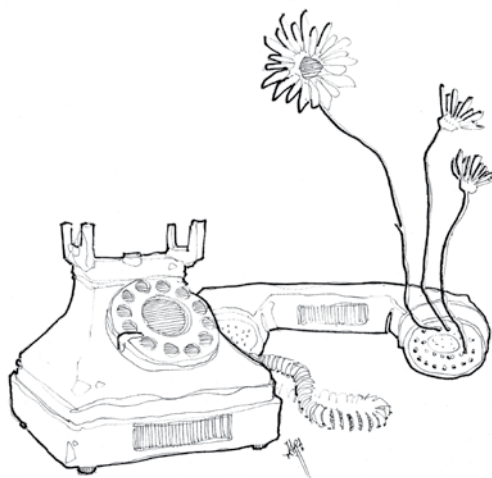
Diseño y dibujo de portada

técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

Ilustraciones interiores

(tinta china y alto contraste)
Enrique Jaramillo Barnes

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.



DOS CUENTOS INFANTILES Gloria Melania Rodríguez	4	Reseñas	
DOS CUENTOS Alberto Cabredo	6	¿EN DÓNDE ESTABAS TÚ LA PRIMERA VEZ QUE LA ESCUCHASTE? Lissete Lanuza Sáenz	33
METAFICCIÓN Y MINIFICCIÓN: DISCURSO NARRATIVO Y VIDA, CONSTANTES EN LA OBRA DE JARAMILLO LEVI Fulvia Morales de Castillo	9	BENDITAS MALAS COSTUMBRES Lissete Lanuza Sáenz	35
LA SONRISA Silvia Fernández-Risco	13	TODOS SOMOS ESA SEGUNDA PERSONA Lissete Lanuza Sáenz	37
NO FUIMOS HÉROES Carlos E. Fong A.	15	DESTINOS CIRCULARES DE LISSETE LANUZA SÁENZ Enrique Jaramillo Levi	39
ÁFRICA EN TU ESPEJO Lucía Kusial Singh	16	EN TORNO A LOS 20 AÑOS DE ESCRITOR DE DAVID RÓBINSON Enrique Jaramillo Levi	42
EL MONÓLOGO DE LA REINA Lucy Cristina Chau	24	MÚSICA DE LAS ESFERAS ¿CANCIÓN DE LOS SONIDOS DEL SILENCIO O SINFONÍA DEL AGUA? Melquiades Villareal Castillo	44
IDA Y JOSEF Enithzabel Castellón Calvo	27	CIUDAD DEL SABER: UN LEGADO EN CONSTRUCCIÓN Magela Cabrera Arias	46
DE TODOS EN MI FAMILIA Fernando Penna Rodríguez	29		

Cuentos del grupo de los ocho

ALAS DE MARIPOSA Marisín Reina	48
EL BECERRO DE ORO Rolando Armuelles Velarde	49
DESDE OTRO ÁNGULO Sonia Ehlers S. Prestán	51
TRAGEDIAS Fernando López Peralta	52
EL DAGUERROTIPO Rosalba Morán Tejeira	54
PERIÓDICO Y DESAYUNO Fernando O. Fernández	55
LOS TAMARINDOS Evelia Ho de García	56
HOMBRE QUE NO SE RINDE Minerva de Jované	57



Autores invitados

2 POEMAS Jorge Ávalos	60
3 CUENTOS Gonzalo Menéndez González	62

Noticias culturales de la UTP 65

EDITORIAL

En contraste con el voluminoso número doble que ofrecimos a nuestros lectores en julio-diciembre de 2010 (140 páginas), éste tiene 70 páginas pero mantiene el nivel de calidad literaria que procuramos siempre ofrecerle a los entusiastas lectores de **Maga**, revista panameña de cultura. Como es sabido, lo que nos caracteriza desde que nació esta revista literaria en 1984, es un sostenido empeño por promover y difundir, de manera amplia y variada, lo mejor de las letras panameñas. En este sentido, tanto el trabajo de escritores de amplia trayectoria como el de autores menos conocidos y, muy especialmente, el de los nuevos creadores que van surgiendo en el panorama nacional, han sido siempre y continúan siendo nuestra prioridad.

Nuevos cuentistas panameños a quienes aquí estrenamos con entusiasmo son Fernando Penna Rodríguez, (1970), ganador del Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2009; y Lucy Cristina Chau (1971), quien mereció el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 2010; ambos dados a conocer en este

género en sendos certámenes literarios de la Universidad Tecnológica de Panamá creados en 1996. Asimismo, presentamos a Gonzalo Menéndez González (1960), ganador de la segunda versión del Premio Signos de Minicuento "Rafael De León-Jones" 2010, concurso auspiciado cada dos años por 9 Signos Grupo Editorial con el apoyo de la familia De León-Jones. Otros cuentistas de mérito, aunque poco conocidos todavía la mayoría, que aparecen en este número 68, son: Gloria Melania Rodríguez (1981), Alberto Cabredo (1956), Sonia Ehlers S. Prestán (1949), Marisín Reina (1971), Rosalba Morán Tejeira (1948), Fernando López Peralta (1980), Evelia Ho de García (1938), Fernando O. Fernández (1968), Rolando Armuelles Velarde (1970), Minerva de Jované (1944), Enithzabel Castrellón Calvo y Silvia Fernández-Risco (mexicana radicada en Panamá)

Por otra parte, ofrecemos un artículo de Lucía Kusial Singh y un ensayo de la profesora Fulvia Morales de Castillo, mientras que Lissete E. Lanuza Sáenz, Melquiádes Villarreal Castillo, Enrique Jaramillo Levi y Magela Cabrera

Arias, reseñan diversos libros recientes de autores nacionales. En poesía presentamos un texto de protesta de Carlos E. Fong A. en torno a los trágicos acontecimientos ocurridos recientemente en el Centro de Cumplimiento de Menores de Tocumen, y dos poemas amorosos del salvadoreño Jorge Ávalos. Asimismo, algunos comentarios sueltos del crítico y escritor argentino Enrique Anderson Imbert en torno a la naturaleza del cuento como género literario.

Como en ocasiones anteriores, "Reseñas", y "Noticias Culturales de la UTP" son secciones que complementan el contenido del presente número.

Órgano de expresión cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá desde hace tres años, **Maga** sigue siendo la única revista 100% literaria de Panamá y, como tal, cumple una vez más su labor de rescate y divulgación en el campo de nuestras letras. Invitamos al lector a seguirnos apoyando.

E.J.L

Febrero de 2011

Dos cuentos infantiles

POR GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ

El vacío

Tranquilito ya es un muchacho grande y está en la secundaria, pero sigue perdiéndose en sus pensamientos. Vamos, hay que comprenderlo, ¿cómo olvidar que, antes, cuando tuvo sed, amarró por las patas a las nubes y las ordeñó como a una vaca? ¿Cómo echar al olvido que cuando necesitó calor después de muchas horas y horas de lluvia, inventó el fuego mediante el rechinar de sus dientes? ¿Que cuando sintió soledad y miedo encontró en el jardín de Mamá Charo todo un sinfín de seres vivos con los que compartió su soledad y dispuso su miedo?

Ahora ya no vive tan cerca del jardín de la abuela; a veces, los fines de semana, puede ir hasta allá, pero no es lo mismo. De algún modo el arte de entender el lenguaje de los pájaros y de poder hablar con las arañas peludas lo ha ido perdiendo no sabe cómo ni cuándo.

Claro, intactos aún mantiene el amor por los árboles, por los animales, incluso por los que viven debajo de las piedras. ¿Qué le falta? Quizás poder hablar con ellos, como antes, pero al parecer, eso ya no volverá: se quedó atrás con los pantalones cortos, con el caminar descalzo a pesar de los regaños de la abuela o de la madre, con sus viajes al jardín, con sus juegos de piratas y corsarios.

Desde pequeño fue a la escuela y aprendió en un parpadear de ojos. Pero luego le dijeron que debía aprender nuevas cosas, y nuevas cosas,

y nuevas cosas. Él hace sus tareas cotidianas, participa en clases, habla con sus compañeros y profesores, tiene buena letra, es disciplinado, actúa con decencia. Podría decirse que Tranquilito es casi un modelo, un prototipo de persona bien educada. Pero todo eso no llena el vacío que siente. Lo peor es que no sabe en qué parte del cuerpo tiene ese vacío.

—A veces lo siento en el estómago, pero otras veces en la cabeza... -suele explicarse a sí mismo.

Hasta que un día se puso “ojo al Cristo”. Quería descubrir lo que pasaba, agarrar el vacío con las manos en la masa. Quería cerciorarse, informarse. Y para ello dispuso leer muchos libros: leyó unas crónicas de Cristóbal Colón (por algo le dicen “El Descubridor”), la historia de La Cucarachita Mandinga, las de Piti y Mini, las de Chico Perico, las de Don Ñeque; los poemas del sol y la lluvia... Así pasó varios días. Cuando terminó de leer diez libros, sintió que tenía la respuesta a su inquietud: había dejado atrás una etapa maravillosa de su vida, pero podía volver a ella cuantas veces quisiera.

En efecto, en cada lectura encontró una puerta a muchas aventuras, a otras puertas que a su vez se abrían hacia mundos sumamente atractivos.

Y poco a poco, el vacío se fue llenando. Tranquilito es ya un muchacho grande.



La evolución

El verano ya se fue. Ahora viene un viento helado como salido de un mundo de hielo. Todo se va, todo camina, aunque a paso lento, pero camina. Ya se fueron los trompos, las estrellitas de *yaks* con sus bolas de colores, la cometa, la lata y la queda, los pantalones cortos; la rayuela también pasó. El cero escondido ya no se ve. Todo pasa y todo se va. Tal vez es algo normal. Las cosas pasan delante de todos. Tal vez si nos detuviéramos un momento a mirar.

Un día, Tranquilito, desde su casa, se dispuso a mirar. Le puso un alto a su ir y venir. Puso el oído atento; el oído y los ojos.

—¿A dónde van las cosas? -se preguntó- ¿A dónde se irán las palabras y los sueños?

Tranquilito estaba en la sala y acababa de terminar de leer un libro. Se paró frente al espejo y se dio cuenta que ya no era el mismo de ayer. A la vez, era tan parecido o igual que antes.

—¿Yo también me iré? —siguió preguntándose.

Notó que sus dientes tenían más filo que al principio. Su voz sonaba fuerte; antes, se oía como la cuerda prima de su guitarra; ya no. Ahora, cuidado, la luz intensa de sus ojos es capaz de marchitar los retoños de los árboles. Antes era capaz de mo-

ver las orejas como un burrito, sacar la lengua hasta que diera miedo, estirarse la boca hasta tocarse las orejas. Ahora ya no quiere hacer esas cosas. En su cuerpo nadie podría contar ya las costillas, como antes se podía. Ahora, a menudo siente unos deseos profundos, pero no sabe de qué.

Por eso, cuando no se queda leyendo, suele salir de casa y caminar mucho. Pasa por el parque y dobla la esquina del arbolito, llega a la casa cural y saluda al padre Bernardo, gira en la esquina donde el maestro Monchi y se para frente a la bajada de El Salto. Allí se queda mirando el agua correr.

—¿Quién empuja el agua del río? -piensa.

Enseguida mira a los pájaros y a sus crías, a los árboles, y recuerda cuando podía conversar con ellos en el jardín de Mamá Charo; y regresa aprisa a su casa.

Deja atrás la subida de El Salto, dobla la esquina del maestro Monchi, sigue por la casa cural, saluda otra vez al padre Bernardo y da la vuelta por la esquina del arbolito. Después del parque, llega a su casa. La mamá lo está esperando.

—Mamá, ¿quién empuja el agua del río? -le pregunta.

—¡Dios! -contesta la madre.

—¿Y quién se lleva las cosas? -volvió a preguntar.

—El tiempo -responde la señora.

—¿Y dónde puede uno hallar al tiempo? -insiste él.

—Pues ahí mismo, donde empujan el agua del río.

La enorme sonrisa en el rostro de Tranquilito anuncia la llegada de una nueva época, en que muchas cosas se habrán ido, pero otras comienzan a anunciar su llegada, como el viento helado que habla de un invierno que no demora.

*Tomados de: Gloria Melania Rodríguez. *El jardín de Mamá Charo*. INAC, Panamá, 2009.

GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003 de la U.T.P. En 2005 gana el Premio de cuento "Darío Herrera" de la Universidad de Panamá con su primer libro de cuentos: *Cartas al editor* (2006). En 2008 obtiene el Premio "Carlos Francisco Changmarín" de Literatura Infantil por su libro *El jardín de Mamá Charo* (2009).



ME DUELEN LAS MANOS

*A menudo he odiado en defensa propia;
pero, si fuera más fuerte,
no habría usado semejante arma.*

KALIL GILBRÁN (1883 – 1931)

Me siguen doliendo las jodidas manos, y así seguirán. No las culpo: bastante sufrieron las pobres, y sé que no fueron hechas para moler como molieron. Y es que los troncos más recios, a fuerza de abuso, colapsan. Se rajan vertebrales, cañas, se gastan fibras y se estropean los pulmones en el camino. Ahora ando con cuidado, no quiero que se me rompa el cuerpo.

Desde que me levanto hasta que me acuesto, un dolor sordo, un dolor grueso y ronco, me tortura con persistencia. Es un eco grande allá en lo profundo de los huesos que me recuerda en las mañanas, que ya se me acabó la fiesta. Mientras froto las manos se me ocurre que, si pudieran, estarían llorando por culpa de una fatiga infinita que viene desde lejos, de mi abuelo, de mi padre, mis hermanos, y de mucho más atrás. A veces río por la ocurrencia que me transmitieron este dolor desde mi nacimiento, algo así como una herencia familiar. ¡Tremendo caudal hereditario ganado en rifa de la que no compré boleto!

Se los digo, se los digo: estos surcos profundos como cunetas de calle de pueblo, no son

Dos cuentos

POR ALBERTO CABREDO

misericordia. A fuerza de pico, pala, martillazos, magulladuras, astillas, cortes de esmeril, destornilladores, quemaduras de soldadura, machucones y golpes paridos por descuido, se fueron tallando, transformando de a poquito, hasta quedar así como están. Abrigué incluso la esperanza de hacerme sastre tras mi jubilación. Tremendo idiota: cómo ensartaría una aguja con estos dedos tan gruesos y aturdidos. Como dije, la fuerza de estas manos se fue. Las que antes arrancaban a reajo limpio un clavo de una madera, hoy no sirven para nada. Fatiga muscular por trabajo excesivo, me dijo un día un galeno.

Pero detrás de todo esto hay una historia terrible. Solo se lo he contado a Francisco, y eso entre tragos. Y es que ya no tengo ganas ni de llegar a casa. Me paso la noche en este *billarucho*, toma que toma tragos. Así esquivo la cena, el televisor y la cama.

Cuando le conté mi secreto a Francisco, él me miró sin sorpresas y solo comentó: Al fin se atrevió alguien. Y pasó a otro tema, como si nada...

Bueno, se los voy a contar a ustedes. No, no, tranquilos: no estoy borracho. Si se los cuento es porque me da la gana; intuyo que guardan bien los secretos. Aquel idiota nos hacía trabajar hasta los días de descanso obligatorio y los feriados. Nos pagaba cuando le daba la gana y mal, vivía insultando a todo el que se dejaba. Como le conocía desde

antaño, cuando su padre lo llevaba a la empresa en pantalones cortos, le dije que mi tiempo en esa vaina se terminaba y que quería pensionarme.

¡Cómo se rió y con qué gusto! ¡Hasta tos le dio al cabrón! Me recordó las carcajadas de mi padre cuando estaba ebrio. La noche es cómplice de malas ideas, ¿o será la maldita oscuridad? Bueno, la cosa es que no tuve que planearlo mucho; de hecho, me salió natural, *bieeeen* espontáneo. Así se dice, ¿no?

Recuerdo clarito que aquella noche lo esperé. Lo tomé por el cuello y se lo exprimí lenta, lenta, lentamente, hasta que algo traqueó por dentro. De inmediato, dejó de patear. Luego, lo subí al último piso de la construcción y lo aventé sin asco. Cuando bajé, me recordó al último que se había descalabrado desde allá arriba. No se me ocurrió revisarle los bolsillos, ni quitarle la cartera, ni ninguna otra cosa. Su muerte la causó su indiferencia, no mi necesidad. Eso pasó hace tiempo, de todo aquello sólo me queda este maldito dolor en las manos. ¿Me pagan un trago...?

RÉQUIEM PARA DOS EN VIERNES

*Ayer vi a un niño jugando a que mataba a otro niño:
ayer vi a un niño jugando a que mataba a otro niño.*

NICOLÁS GUILLÉN (1902 -1989)

Lo vi llegar en la cabina de una camioneta, se veía malherido. Me acerqué de manera rutinaria a ver de qué se trataba. Iba hacia la Sala de Urgencias del Hospital a cumplir con mi turno y, bueno, ya que estaba en medio del camino, di un vistazo. Dos orificios en el cuerpo, evidente pérdida de sangre y mucho letargo. Grito pidiendo una camilla, los tatuajes que le marcan el cuerpo me advierten que pertenece a alguna banda delictuosa.

Les cuento que Verónica me tiene fregado, no entiende que con estos turnos no puedo seguir su paso. Lleva una vida social agitadaísima y por más que insista, hay días en que estoy tan cansado que prefiero irme a dormir. Cómo me gustan

sus ojazos chocolates, sus pecas, arrumacos y re-criminaciones infantiles, sus excusas increíbles, el tono inocente y superficial con que se refiere a todo, su poco importa y la innegable ligereza con que toma la vida. Tanta complacencia de sus padres ha terminado por hacerla creer que el mundo le debe algo sólo por existir, y su mamá es igualita. Su viejo es quien procura el nivel de vida que mantienen. Me divierte ver cómo las mira y trata de ocultar su desdén, mientras intercambian sus querencias antes de la cena. Si supiera que ya sé cómo se entretiene a escondidillas, cómo escapa del círculo familiar. Un día se lo voy a dejar caer como quien no quiere, como si distraído se me escapara el comentario; segurito cambia ese aire distante y altanero con que me trata.

Vuelvo y grito pidiendo la camilla. ¡Oigan, que se nos va a morir esperando en el carro, carajo! Si me toca este caso, me voy a quedar clavado un buen rato aquí, no le veo orificio de salida a las balas y hay que contener la hemorragia corriendo. Al fin llegan los camilleros y lo tiran en la camilla como un saco de papas. Ya vendrán en cualquier momento los familiares gritando que casi era un santo, mejor entro al hospital antes de que empiece el circo.

Bueno, ¡qué voy a hacer! Increíble: me tocó el baleado. No es que le saque el cuerpo al trabajo pero estas últimas semanas he visto más de once heridos de arma de fuego. No se me ha ido ninguno. Será porque no llegan ni a veinte años (Verónica quiere ir al cine esta noche y, después, a comer *Sushi*; vamos a ver si me deja este tipo).

Ya oigo los gritos fuera del quirófano: ¡Aaaaaay, me lo balearon!, ¡Aaaaaay, se muere, se me muueeeere!, ¡quiero veeeerlo!, ¡déjenme entrar, que es mi hijo!, ¡no me empujes, desgraciado! ¡Eso es *mentiiiiiraaaaaa*: no es maleante!... Pancho es un buen muchacho... Lo atrapé una balacera entre pandillas, ni sabemos quiénes fueron... Si él nunca sale de la casa, *comando*. ¿Cuáles drogas, *comando*? ¡No invente!, que él lavaba carros. ¡Eso es *mentiiiiira*!, él no conoce a ningún *Cocobolo*, ni a ése que le dicen *Orejón*, todo eso es canallada de los vecinos. No nos quieren en el barrio por-

que somos gente buena... ¿Que qué?, ¡que yooo!, ¡mentiiiiiraaaaa!, ¡yo no vendo drogas, comando!, ¡quiero ver a mi hijo, suéltenmeeee, suéltenmeeee! ¡No me lleven, carajo

Al fin se la llevaron, coño. Y este malandrín no reacciona. Se me quiere morir, pero no lo voy a dejar. Y ahora suena el celular. Enfermera, tome el celular de mi bata y vea quién es. Dígale a Vero que no he olvidado la cita, que no se preocupe, que estaré puntual... ¡No, no, no! Dígale que yo la llamo y cierre. Necesitamos más sangre, que este terco se quiere ir y a mí no se me ha muerto ninguno (Los ojos chocolates de Verónica, grandes como luna llena y la boquita perfecta y jugosa como naranja dulce). ¡Concéntrate que se te va, carajo!

Una y queda otra. Estaba bien escondida la bribona, pero no lo dañó tanto. Fue una 9 milímetros; tuvo suerte con ésta. La otra bala rebotó en algún hueso y anduvo paseando; a ver dónde está. Esta operación, en un hospital privado hubiese costado una fortuna. Y aquí me pagan una porquería y todavía me quieren poner a atender más gente. Primero les metemos una huelga. ¡A quién se le ocurre abusar tanto! (Verónica desnuda en el baño, su piel de porcelana se me brinda sin reparos, hay que darle un premio al que inventó la regadera). Otra vez el celular, apuesto a que es Vero. No lo contesten que tengo que encontrar la otra bala. Dice la enfermera que allá afuera han puesto un policía, ¡como si se pudiera escapar!, todavía falta que no llegue al cementerio.

Miro el reloj, ¡qué va!, no voy a terminar a tiempo. La Vero me va a matar. Pero es viernes, ella sabe que los viernes aumenta la marchantería –balazos, cuchillazos, botellazos, machetazos, atropellos, choques–; toda la violencia que alimenta los titulares de los sábados llega a esta sala por oleadas, parecen botes averiados en tormenta, pero estos son de carne y hueso, y no siempre aguantan. *Veeela ve*, allí estás, a ver cómo te saco sin hacerle más daño. Bueno, terminamos. A lavar estas tripas y a coser...

No, no, no, ni me miren. Me voy, no atiendo ni uno más (Vero está comiendo *sushi*, Vero está riendo, Vero está en mi cama). Tres horas más o menos duró la operación, casi se va el jodido.

Pero es por gusto, aquí caerá otra vez, y otra, y otra, hasta que reviente. Yo puedo salvar los cuerpos, pero quién restaura la integridad malograda. Esta ciudad ha tomado un carácter terrífico, un aire virulento está enredándolo todo y se ha apoderado de ella. Casi parece una epidemia contra la que nada se puede. ¡Ojalá mañana no me toque un mutilado!, no resisto esos casos.

Mientras caminaba distraído con sus cavilaciones y marcaba el celular de la Vero, pensó que debían iluminar mejor aquellos estacionamientos. — *¡Bueenas!*, ¿usted es el doctor que salvó a Pancho? ¿Y usted quién es? Un amigo de Pancho, ¿lo salvó o no lo salvó? Le recomiendo que pregunte en la Recepción de Urgencias. ¡Sólo quiero saber cómo está!

El tipo tenía mala pinta y en el estacionamiento no había nadie. El doctor abrió el carro mientras contestaba que había que esperar, pero que todo parecía ir bien. Se sentó en el carro mientras contestaba la llamada de la Vero. El sujeto sacó una pistola y le dijo:

— *A Pancho* no lo salva nadie, ahorita se está muriendo asfixiado, *Orejón* se está encargando de eso, y tú te vas a morir por andar metiéndote a redentor sin mi permiso.

El tiro resonó en el enorme estacionamiento y el galeno cayó de lado empezando su viaje a la otra dimensión. *Cocobolo* vació la cartera, quería que pareciese un robo. Luego, caminó hacia la salida sin prisa, no era la primera vez que asesinaba a alguien y ya había escapado de la muerte varias veces, por lo que no cualquier cosa alteraba su pulso. Hasta se dio tiempo para tomar un refresco en el quiosco más cercano. Confiaba en los tratos que mantenía con algunos la policía.

En el piso del carro, la voz de Vero desde el celular preguntaba: ¿Qué pasa?, ¿Qué pasa?, ¿Qué pasa?...

ALBERTO CABREDO. Nació en la ciudad de Panamá el 26 de enero de 1956. Abogado, egresado de la Universidad de Panamá. Ha publicado cuentos en la revista "Maga" y en el suplemento "díaD" del diario Panamá América. Es autor de cuatro libros de cuentos: *La búsqueda* (2007); *La lluvia* (2008); *Contra el viento* (2009) y *Caligene urbana* (2010).

METAFICCIÓN Y MINIFICCIÓN: DISCURSO NARRATIVO Y VIDA, CONSTANTES EN LA OBRA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI

POR FULVIA MORALES DE CASTILLO

Enrique Jaramillo Levi es un artífice que armoniza realidad y ficción y que, sobre todo, hace vivir al lector momentos extraños que sólo pueden sentirse como verosímiles en la literatura de un maestro de lo fantástico. En él, tanto la metaficción como la minificción son fenómenos de hibridación de formas con las que construye tramas extrañas, complejas, reflexiones profundas...

A partir de esta visión, comentaré, brevemente, la metaficción y la minificción como constantes discursivas que están asidas a la vida del autor.

LA METAFICCIÓN

Uno de los principales temas del *discurso narrativo* de Enrique Jaramillo Levi es la función de la escritura como proceso, la exposición sugerente de caminos posibles para desarrollarse como un creador de ficcio-

nes. En este sentido, Enrique es el maestro, el tallerista, el formador de escritores –lo que es parte de su vida: es promotor cultural– y la escritura se convierte en personaje, en el motivo, en la esencia misma de las historias. Esto es evidente en algunos cuentos tales como “En un abrir y cerrar de ojos”, “Factor vital” o “Al fin y al cabo un cuento” (todos en la colección “**En un abrir y cerrar de ojos**”, Alfaguara, 2002).

“Al fin y al cabo un cuento”:

Me detendré en “*Al fin y al cabo un cuento*”. Esta metaficción es una discusión, en un ámbito real y fantástico, del acto de escribir ficciones. Este relato muestra una preocupación por el proceso y acto de la escritura, por los principales problemas técnicos y estilísticos que todo escritor tiene que enfrentar. Pero no es un ensayo ni un texto expositivo, es una historia que explica la técnica con la que fue creada.

La autoconsciencia de la ficción se extiende a los personajes, que conocen y comentan la estrategia de elaboración de la propia historia. Así, en esta fábula los personajes son autores principiantes que comparten con un autor mayor.

Esta metaficción va dirigida al escritor, al otro que tiene como oficio la escritura, porque el propósito de Jaramillo Levi – aquí – es esclarecer algunos aspectos de la actividad que ha ocupado gran parte de su vida (ocupación que hoy celebramos en este congreso); no obstante, es también una ficción plena que sorprende, que alterna voces narrativas y que, sobre todo, no es una mera descripción de los planteamientos de un relato, sino que es un relato a partir de experiencias escriturales y que, al final, sorprende al lector porque se da cuenta que hay dos cuadros o viñetas en una misma viñeta: así, por un lado, tenemos un autor, para quien una de las

principales preocupaciones es el proceso de escritura y recreación del material narrable en sí; y, por el otro, tenemos a un escritor de ficciones que debe sorprender al lector.

Habiendo distinguido estos dos niveles del discurso pasamos a explicar el espacio y la historia: en un espacio determinado como puede ser un salón o aula de taller de creación literaria un narrador en tercera persona describe la actividad y la preocupación por la forma de construir un cuento: El profesor tenía que demostrar esa mañana su teoría, se disponía a hacerlo. El día anterior, en algún momento del seminario taller intensivo que sobre creación literaria impartía, tuvo que hacer alusión a su propia manera de escribir cuentos.

En ese sentido el personaje, escritor – profesor, es imagen y reflejo del otro sujeto escritor – autor Jaramillo Levi, que escribe sobre un profesor que comparte técnicas con un grupo de estudiantes. El interés del profesor es demostrar que se puede escribir por asociación de ideas sin tramar la historia antes de relatarla:

VIDA REAL:

Enrique Jaramillo Levi es:

- un escritor de ficciones;
- un promotor cultural;
- un maestro de escritores.

PUNTO COMÚN:

El escritor trasciende en su discurso y una vida y creación.

En el cuento “*Al fin y al cabo un cuento*”,

- el personaje es un maestro que participa en un taller de creación literaria;
- explica técnicas de cómo escribir un cuento;
- los otros personajes son jóvenes escritores que retan al maestro;
- al final, los personajes se reconocen en el cuento elaborado: los personajes y su autor.

He aquí la creación como tal, anunciada en el título: “Al fin y al cabo un cuento”

Entonces, el cuento se presenta como la historia de un escritor que revela el proceso interior del acto de la escritura. Jaramillo Levi podría ser el autor-personaje desarrollado, a su vez, por un narrador, voz que observa y que da paso a esa voz autobiográfica en primera persona: “*Les expliqué que tenía su lógica lo que señalaban. Por supuesto que sí. Y que de hecho muchos escritores así trabajan. Pero no es la única forma. Aseguré que la mayor parte de mis propios cuentos habían sido contruidos según mi teoría...*”

El personaje - autor se refiere a cuentos anteriores. En este sentido, se presenta como la

reescritura de discursos anteriores, como elaboración en un proceso de autorreferencialidad que, evocando sucesos anteriores, gira sobre su propio eje. De esta forma, la escritura misma del autor es materia generadora de una historia ficcional en tercera persona enlazada con la reflexión en primera persona, con trozos de una descripción, una secuencia narrativa y un diálogo, todo elaborado por el personaje – escritor y escrito a partir del quehacer creativo y vivencial del oficio del escritor: el cuento en el cuento.

El material narrativo de este cuento esta conformado por cuatro segmentos compuestos de variados textos: la narración principal surge de las ideas proporcionadas por los estudiantes y donde el escritor al cohesionarlas muestra su talento; además, hay diálogos y consejos, y una visión didáctica.

A través de la voz del narrador podemos escuchar el pensamiento íntimo del personaje – escritor que, como ya dije, posiblemente, es Jaramillo Levi, en una especie de monólogo reflexivo: “*Cuando salí de clases no tenía la menor idea de cómo resolver el problema, pero sabía que había solución. Otras veces imponiéndome yo mismo como tarea el desarrollo de pequeños textos creados de manera similar en otros talleres*”.

Así, se crea una visión de proyección en sí mismo, se habla de un cuento en el que está en juego el talento del propio personaje-autor (hay un reto); pero... no ha-

blo de un escritor dentro de la ficción, sino del propio escritor por la autorreferencialidad, como si fuera un desdoblamiento.

Hay un reto:

—Pero usted sin duda puede con el paquete profesor.

—Tal vez.

—Inténtelo, entonces—
exigió otro alumno.

En este sentido, tanto la escritura como lo escrito (no el discurso como tal, sino la reconstrucción del discurso en la mente del lector) son realizaciones en la interioridad del lector. Por lo tanto, Jaramillo Levi pone a prueba nuestras concepciones tradicionales de literatura, nuestro sentido de la realidad y la ficción. En consecuencia, escribir acerca de la escritura de un texto, y lograr que, al mismo tiempo, ese discurso narrativo sea como un espejo en otro espejo, la reduplicación de lo vivido y se convierta en una lectura que obliga a la inferencia constante y a la asociación con la experiencia humana real y la ilusión de la vida es, sin lugar a dudas, la demostración del dominio de la metafiction.

Desde otra perspectiva, vemos a Jaramillo Levi como el escritor de minificciones o microrrelatos que no pasan de una cuartilla y en donde se observa el dominio de la condensación de historias de diversos temas y géneros.

LA MINIFICCIÓN

Las minificciones de Jaramillo Levi exigen un lector cómplice que conozca los entresijos del lenguaje: a partir de esa complicidad, comentaré dos textos que no exceden una página impresa y que se encuentran en la colección **En un instante y otras eternidades** (Colección Ricardo Miró – Premio Cuento 2005), 2006.

Ya en el título de esta colección hay una complicidad: complicidad con la brevedad del relato: **en un instante**..., pero, en verdad, no es un instante porque las historias llevan al lector a reflexionar, a generar imágenes, a concluir historias que, en mínimos discursos, hablan de eternidades....

Veamos la primera minificción:

Intercambio:

Esta historia se narra desde la perspectiva interiorizada del narrador; al hacerlo de esta forma, Jaramillo Levi hace verosímil la propuesta extrema de que pueda existir independencia entre cuerpo y sombra, entre lo real y la ficción, entre lo público y lo secreto, entre realidad y absurdo: el ser **cuerpo:sombra** - dos entes de una sola cosa- se bifurca, se separa y surge el doble. En un primer plano, la sombra es consciente y mira al cuerpo que actúa sin darse cuenta de la autonomía de la sombra; y, en un segundo

plano, y de forma sorpresiva para el lector - que pasa a reconstruir toda la elipsis del relato- la razón que es propiedad de la sombra pasa a la pasión del cuerpo, con lo que dos pares complementarios se separan de una manera jocosa: situación que deja boquiabierto al lector activo que es, entonces, participe de la historia al inferir lo no dicho.

Me contempló con lástima, como nunca lo había hecho y, en un descuido, se marchó sin mí, tranquilo ahora, sin duda aliviado, feliz. **Uno no se libera todos los días de su necia sombra.** (Pág. 40)

(COMENTARIO: en el subrayado está la condensación.)

Veamos la segunda minificción:

Desempleado:

Aquí, la vida recorre una cuartilla. Este minicuento es una reflexión sobre un problema social vital, que involucra al lector porque tiene que trasladarse al espacio doméstico y lo compromete a fijar su mirada en las circunstancias. Es una síntesis totalmente distinta a la anterior. Se observa, entonces, que las minificciones de Jaramillo Levi son diferentes en discurso y tema,



historias unidas por la destreza en la condensación y la condición de género híbrido planteado por los estudiosos de esta nueva forma de escritura.

En *Desempleado*, Jaramillo ubica al lector en Panamá, entre lo cotidiano, el personaje representa una colectividad que recorre nuestras calles con sus graves problemas. Así, con esa percepción vital y gran sensibilidad, reconstruye vidas, recrea realidades nuestras y, como lectores competentes, nos damos cuenta que este escritor panameño tiene mil posibilidades de escritura e infinidad de ficciones que inventar... y lo dice desde afuera y desde la intimidad de sus personajes.

Llegará el momento, sospecho, en que no podré ver más allá de mis narices.

Por ahora es más importante lavar carros o andar vendiendo rosas en los cruces de semáforos para comer. (Pág. 65)

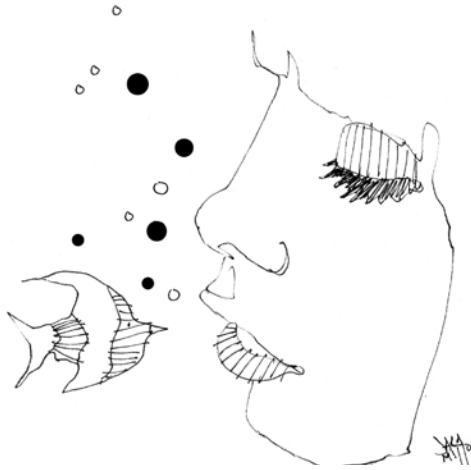
Hay, pues, en Jaramillo Levi inventiva, ingenio, versatilidad en el oficio prosístico, concentración y condensación verbal. En sus minificciones, hay un *instante*, un instante que genera inferencias en el lector, hay un instante crucial. Sus cuentos contienen historias que desembocan en un golpe sorpresivo de ingenio. Ese golpe sorpresivo empuja al lector a la reconstrucción mental de lo no dicho. Ese vacío dejado por la palabra o la línea apropiada y por la elipsis, en muchas ocasiones, destila humor, ironía, o sorpresa... y, a veces, todos estos rasgos juntos. Y, en otros tantos minicuentos, el suceso contado se resuelve por el absurdo o la reflexión; y, en variadas ficciones, llega a descomponer lo lógico hasta lo realmente extraño. Así, en un *instante*, este autor propicia *eternidades* de reflexión, de relajación... al lector.

Entonces, como hemos visto, Jaramillo Levi sabe exponer lo serio en un instante y con la magia de su pluma experimentada consigue que quede grabado en una eternidad relativa de asociaciones en la mente del lector;

pero también sabe recrear situaciones aparentemente intrascendentes y hacer reír al lector, ya que la historia contada despierta emociones. En consecuencia, hay toda una pasión por el relato breve que contagia por la fuerza del lenguaje y la omisión o elipsis: uno (el lector) crea y recrea imágenes, uno ríe y goza con sus palabras, uno proyecta sus universos posibles e imposibles, uno estalla en la metáfora imprevista, uno se encuentra y se reconoce en sus expresiones, en sus palabras.

En conclusión, Jaramillo Levi tiene un lugar en la narrativa panameña e hispanoamericana en esa tradición literaria del cuento corto y en esa extraordinaria vena de la metaficción, entre otros muchos valores de su variada y rica producción literaria.

FULVIA MORALES DE CASTILLO Profesora regular de Español en la Universidad de Panamá (UDP); Licenciada en Filosofía y Letras y Profesora de Español por la UDP; Doctora en Educación con énfasis en Mediación Pedagógica por la Universidad de La Salle de Costa Rica. Estudios de Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Magíster en Literatura Hispanoamericana y Especialista en Lingüística Española, por la UDP. Ha publicado el libro: *Cuento que te quiero Cuento* (2007).



La Sonrisa

POR SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO

Cindy poseía una sonrisa encantadora. La Mona Lisa la hubiera deseado.

Era de esos gestos que, al elevar con dulzura las comisuras de los labios, emanan un brillo especial y, cuando uno la ve, siente un cosquilleo delicioso, como de luces de bengala chisporroteando de alegría.

Esa característica particular salió a relucir desde su nacimiento. La partera predijo que sin duda sería una persona feliz porque en seguida de su primer llanto para echar a andar sus pulmones, esbozó una linda sonrisa y así se quedó dormida.

La predicción de la partera fue «casi» perfecta. Casi, porque la alegre Cindy se enamoró de un tipo corpulento, muy varonil, rebosante de testosterona, que la encandiló, razón por la cual no pudo ver un defecto de su hombre que le traería graves consecuencias a su alegre modo de ver la vida.

Sucedió justo a los nueve meses de casada. Ella se encontraba colocando aromáticas flores en un jarrón para festejar dicho acontecimiento y su hombre llegó a casa. Lo que él vio, a cualquier ser humano en su sano juicio le hubiera parecido una romántica postal Hallmark: las espaldas de una bella mujer, esbelta y delicada, colocando con mucha gracia flores en un jarrón. Pero para este hombre la escena resultó sospechosa y, al percibir aquella mezcla dulce de olores, tan ajenos a su esencia, corrió lleno de furia hacia su mujer y comenzó a pedir explicaciones sobre el origen de esas flores. Lo hizo tirando

del cabello de Cindy, al tiempo que gritaba y le propinaba patadas por todo el cuerpo. Ella le devolvió una sonrisa tierna, de esas que iluminan su rostro y dan paz a quien la mira. Su hombre, cegado por los celos, no la pudo ver y siguió dándole golpes.

—Las traje nuestra vecina por nuestro aniversario, son de su jardín.

—¡No mientas, hipócrita! ¡Con quién carajos te estás acostando! —y continuó la golpiza con tal fuerza que Cindy se desvaneció. Este hecho no impidió que el hombre pateara dos veces más, con todas sus fuerzas, el rostro de aquel cuerpo inerte.

Cuando Cindy despertó en el hospital, no pudo articular palabra. Tenía fracturada la mandíbula y unos aparatos ortopédicos se lo impidieron. Ese día, aunque su espíritu positivo la llevó a que su primer pensamiento fuera «gracias a Dios que estoy viva», no pudo sonreír.

La recuperación fue lenta. En todo ese tiempo, el mazacote de esposo que tenía no consiguió permiso alguno para salir de prisión y visitarla en el hospital. De cualquier forma, aunque la ley se lo hubiera otorgado, ella no lo aceptaría. De nada le valieron las súplicas implorando perdón que le hizo a su esposa a través del abogado. Aseveró que nunca más volvería a golpearla, que estaba profundamente arrepentido. Todo había sido por causa de ese olor floral que lo irritaba, lo volvía loco. Pero el perdón no cabe por la pajilla por donde Cindy ahora bebe

un amasijo de pollo con verduras. Meses bebiendo los alimentos y preguntándose por qué su sonrisa y amabilidad no habían podido parar la furia de ese hombre, como lo había hecho en múltiples ocasiones.

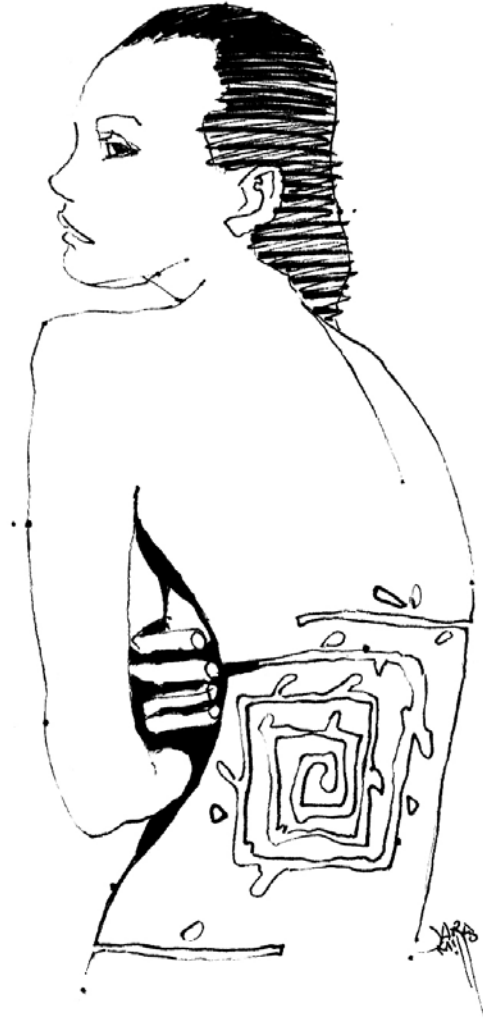
El daño parecía irreversible.

Al cabo de un tiempo llegó al hospital un especialista del extranjero con una técnica novedosa. Se trataba de una prótesis de titanio con la que recuperaría, inmediatamente, sin necesidad de rehabilitación, el movimiento mandibular. Podría volver a masticar y reírse a carcajadas, si así lo deseaba.

Se sometió al tratamiento quirúrgico y cuando los médicos retiraron las vendas, le ofrecieron un espejo para que comprobara el éxito de la cirugía. Momento de tensión. Tomó el objeto con mano temblorosa y, cuando lo puso frente a su cara, miró en aquel cristal azogado su vida condensada en un instante. Tuvo una epifanía: «Nadie le arrebatara su júbilo por la vida. Había muchos mazacotes incapaces de vibrar ante la maravilla de una sonrisa pura. La de ella, su sonrisa, no era para todos, sin duda, pero para otros seres empáticos sí».

En ese momento, distendió sus mejillas y, tal vez por efecto de los medicamentos o por el silencio guardado en esos meses, la media luna que apareció en su rostro tomó intensidad. Poco a poco se convirtió en una risa impetuosa y prolongada que contagió al cirujano, a los dos asistentes y a la enfermera, llenando aquella habitación de sonoras carcajadas que viajaron por los pasillos a todo el nosocomio. Los que estaban más alejados identificaron aquel sonido como campanitas de cristal; otros, como casabeles musicales y otros simplemente oyeron los sonidos que de niños les gustaban. Entonces, con la sincronía y exactitud de un milagro, casi todos en aquel hospital sintieron un dejo de alegría. Una persona que pasaba por la acera de enfrente, sin saber por qué, sonrió.

Tomado de *Música de las esferas*, Fuga editorial, Panamá, 2010



SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO. Mexicana radicada en Panamá desde el año 2000. Lic. en Comunicación Social. Diplomada en Diseño Editorial. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la UTP en 2004. Ha publicado cuentos en la Revista Cultural Maga, en Minitextos.org, Internatural. blogspot.com, y en los colectivos *Soñar despiertos* (2006) y *Taller de escapistas* (2007). Ese mismo año obtuvo mención honorífica en el PREMIO DE CUENTO “FACULTAD DE CIENCIAS Y TECNOLOGÍA”, UTP. Libros publicados: *Volar y otros cuentos*, (2009); *Música de las esferas*, (2010).

No fuimos héroes

(Dedicado a la memoria de:

Erick Batista, Benjamín Mojica, José Frías, Omar Ibarra
y Víctor Jiménez).

POR CARLOS E. FONG A.

**No fuimos héroes.
Tan sólo un grito en una celda mojada,
un castigo silenciado por la
ira del fuego indiferente.
Aviones derribados
sin alas
sin nubes
sin destino.**

**No fuimos héroes.
Jamás merecimos un poema,
una canción,
o una ofrenda.
Ganamos un tributo amargado.
Sólo fuimos un enjambre de dedos pega-
dos al barro
implorando la piedad entre el humo y la
risa.
Con ligeras y dulces caricias en las
nalgas
escapamos para ir a morir uno a uno;
porque así morimos los pobres.**

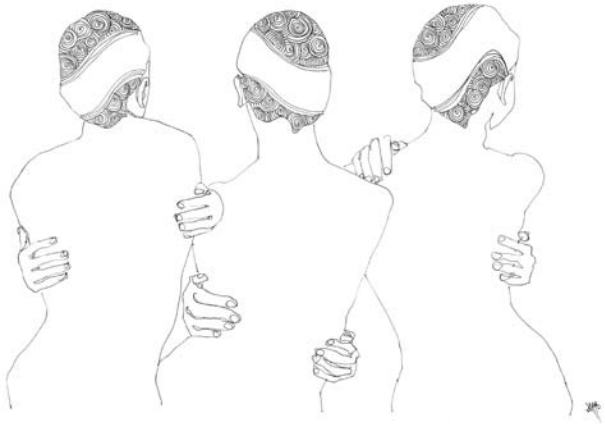
**No fuimos héroes
la patria no tiene por qué recordarnos
Ni llorarnos
Ni honrarnos
Seremos sepultados sin bandera
Sin discursos
Ni resoluciones.**

**No fuimos héroes.
Sólo fuimos hijos de la violencia y el
miedo.
El odio que consumimos, ya lo probamos.
La rabia que sentimos, se nos regresó
con dedicatorias.
La deuda que debíamos, la pagamos
con cenizas y un rastro de piel .**

**No fuimos héroes, ni mártires.
Sólo fuimos una raza
una especie
criaturas
masacradas,
el dolor de un racimo de madres que
también lloró un 9 de enero.**

Panamá, sábado 22 de enero de 2011

CARLOS FONG. Panamá, 1967. Narrador, ensayista y promotor de lectura panameño. Mención Honorífica en el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez", de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), 2001 y el Premio Único en el Concurso de Cuentos Darío Herrera de la Universidad de Panamá. 2002. En 2004 mereció el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" de la UTP. Tiene dos libros de cuentos: *Desde el otro lado* (2003) y *Fragmentos de un naufragio* (2005). Tiene un libro de ensayos: *Para narrar la identidad* (2006).



ÁFRICA EN TU ESPEJO

POR LUCÍA KUSIAL SINGH

Kamalí yace acostada en el regazo de su abuela, con las falanges de su mano derecha extendidas sosteniendo su quijada, como esos cuerpos extasiados contemplando un suceso maravilloso. A su lado, junto a los pies de la matriarca de la casa, está Marquesa, acostada en el piso, con su mamadera de leche con crema, sirviendo de biberón una botella de royal crown. Chupaba la improvisada tetera como una niña consentida. Sus patitas marrones le servían de colchón para sostener la cabeza curiosa y alerta. De vez en cuando se rascaba con sus extremidades las orejitas, espantando algún moscón imprudente.

La perra marquesa era la guardiana incondicional de la abuela de Kamalí, no se separaba de ella ni a sol ni a sombra. La responsable de los hermosos rasgos de Kamalí había escuchado decir alguna vez que *“todo niño necesita aprender a vivir de los relatos”*, y

así es como todas las tardes contaba a su nieta Kamalí, vivaracha, de ojos aceituna, inquietos como dos luciérnagas, historias diferentes.

Cuentan que el Vizconde Francés Ferdinand de Lesseps, padre de diecisiete hijos, emparentado con Napoleón III, salta encima de una silla -como un mono-, para acallar el bullicio de sus invitados; alza la voz anunciando el acontecimiento más importante del momento:

—No importa que no hayamos podido llegar a tierra, aquí mismo, ahora, en medio de esta celebración, le voy a dar el honor a mi pequeña hijita, Totote, de apenas siete años —así como tú Kamalí—, de inaugurar la construcción del Canal por el istmo.

En ese entonces éramos territorio de Colombia.

La hija de Ferdinand, de rizos de oro, ataviada con un traje importado de París, haciendo gala de esa inmensa libertad de

espíritu de gran ciudad, igualando algún juego de infante, enterró el pico cromado —traído especialmente de Francia— en la arena amontonada en una caja de champaña vacía, dando oficialmente luz roja para iniciar el gran sueño del “Gran Francés”, su padre: El Canal interoceánico. Un auditorio eufórico y ebrio de coñac y champán la aplaudió vehementemente en ese barco fletado en alta mar.

El padre de la niña de rizos dorados, arropado con la capa de la fama y el éxito por la proeza de haber recién construido el Canal de Suez, a pesar de su ignorancia en las lides de constructor, huérfano de diplomas de ingeniería, nulo en asuntos administrativos. Pero eso sí, hábil e indiscutiblemente bien relacionado con los poderosos del momento; detalle envidiable que ostenta cualquiera que aspire a escalar socialmente.

En ese momento en que partían nuestra tierra en dos

-como un pastel de cumpleaños-, hecho que se convertiría en punta de lanza para que nuestra tierra jamás fuese ignorada, en las cuatro esquinas del orbe ocurrían hechos inigualables que jamás nadie ignoraría: Alberto Einstein aprendía a gatear, estrenaba sus primeros pininos; El Carlos Gardel de “Volver”, ese de “Mis Buenos Aires Querido” que se accidentó en los aires de nuestro cielo, abría los ojos a este mundo; Adolfo Hitler nacía a las seis y media de la tarde de un 20 de abril, de disciplina inaguantable, pendenciero, testarudo, soberbio y mal geniado, flojo y para ñapa soñador (dicen muchos que torpe y esquivo para gozar del favor de las mujeres; sus pasiones eran leer y seducir con sus dotes de orador); Sigmund Freud el “Darwin de la mente” con ese amor secreto hacia su madre dio pie al nacimiento del Complejo de Edipo.

Kamalí, extasiada sobre las faldas de su abuela, como la integrante de algún auditorio callejero que se agolpa alrededor de los cuentacuentos en las calles, escuchaba atenta. Parecía un radar en plena acción... Marquesa comía galletas y helado en su platito dorado.

Esta historia era de inmigrantes, de esclavos negros, de días injustos. Ella, Kamalí se embelesaba con esa entonación precisa, que a cada detalle de la historia, le imprimía su abuela, olvidándose de juegos y brincoteos de niñez para escuchar junto

a la perra fiel y juguetona esa historia de cuando aún sus padres no habían nacido.

Los indios, dueños de estos dominios, comenzaron a desaparecer sin control. Los conquistadores llegaron a estas tierras de clima encendido, de trópico ar-

diente. Los indígenas no aguantaron esa fusión con el colonizador, sus cuerpos de selva salvaje no entendieron, no aprendieron a lidiar con esas enfermedades extrañas y raras que los blancos españoles les trajeron como regalo y que hacía que murie-



ran sin remedio; no soportaron ese trabajo forzado e inclemente dentro de las minas excavando el oro que el colonialista pretendía llevar a Europa acrecentando sus riquezas. Claudicaron ante el trabajo duro y prolongado casado con el trato despiadado, comenzaron a rendirse ante el vasallaje y empezaron a morir, a morir sin remedio al punto de que se inicia una extinción galopante de los indígenas.

Entonces, el colonizador resolvió -como quien dice *Rey muerto, Rey puesto*-, suplir los brazos, los cuerpos que enterrarían en los cañaverales, en las minas de oro, en sus dominios. Comienzan, en aquel tiempo, a poblar América y a Europa de África. Irrumpieron en África... Llegaron y arrancaron a su gente, como a esos árboles vetustos, asidos a las profundidades de la tierra, que arrancan de raíz. Amarrados por el cuello, atados unos a otros, apiñados en chalupas regadas a las orillas de los mares africanos, para depositarlos cual mercancía en los galeones con rumbo a Europa y América: Cuba, Brasil, Perú, Francia, Colombia, España, Puerto Rico, Honduras, Argentina, Inglaterra, Chile, Venezuela, islas del Caribe. En fin, a todo lo largo de cualquier territorio que tuviese costas y que el mar y las palmeras fueran su flanco. Por un rosario de mundos infinito. Llegaban casi desnudos, viajaban apiñados como sardinas en lata, asustados, maltratados, vejados física, moral

y espiritualmente, remolcando el dolor, arrastrando la nostalgia, añorando la tumba de sus ancestros que habían dejado kilómetros y kilómetros atrás, como cuando sales de viaje expatriado dejando todo a tus espaldas, dándole un apretón de manos a la injusticia, a la ausencia de humanidad..., como en una película de terror en que los extras participan gratis.

El Vía Crucis, el verdadero martirio, comenzaba cuando pisaban tierra. Eran sujeto de trabajos sin límite de tiempo diario, bajo el inclemente sol, bajo la más torrencial lluvia, fustigados, los reyes del abuso extremo, de crueldad sin límites. Pero con todo el control y el “ojo al Cristo” que había sobre los negros esclavos, la valentía se imponía y algunos, sin importar consecuencias atroces, escapaban del cautiverio huyendo, refugiándose en la espesura de la selva, en lugares montañosos, apartados y aislados; en espesos matorrales de difícil acceso para sus captores.

Cimarrones, los llamaban: Hombres ariscos, bravos y feroces dispuestos a todo por su libertad.

Palenques eran los sitios que construía el miedo y al mismo tiempo la valentía y el arrojo.

Ahí en esos refugios reconstruían su pasado, atesoraban su historia, su cultura; se aseguraban de proteger esos territorios convirtiéndolos en guaridas sagradas. Grandes empalizadas de caña brava, como un rejón gigan-

te bordeando el área, parecían astas de banderas sin enseñas, alineadas, como zancos en feria. Lo suficientemente altas como para dificultar los malabares, el despliegue o las pretensiones de intrusos. Ahí dentro desvestían su verdadera identidad, esa que el español colonizador pretendía anular imponiendo su propia religión y cultura, pero el arraigo africano a sus raíces era fuerte como el color de su piel. No era fácil de roer. Sus cuerpos tenían precio, pero sus almas no se dejaban sobornar, permanecían cautivas por los espíritus de sus antepasados. Soñaban con esa brújula que su padre regalara a Einstein un día, en su lecho de enfermo, buscaban ese norte desesperadamente. Ese espacio vacío en que el genio científico reflexionó.

La espesura de la selva actuaba como cómplice a su clandestinidad, -como los niños con sus escondites secretos-, les permitía camuflar sus caseríos de bohíos, como en África, iguales, idénticos. Réplicas exactas de los poblados primitivos africanos. Ahí dentro de sus predios sembraron las semillas que ocultas en sus taparrabos arribaron a América: frutas, hortalizas, verduras, los espíritus de sus ancestros, vudú y magia, talismanes y amuletos, filacterias como tesoros. En esos palenques se escondían de los esclavistas, pero también de los piratas, corsarios y filibusteros ingleses que venían detrás del esplendor y las riquezas de los galeones español-

les. Y, por qué no decirlo, para desde lejos y con cautela al amparo de la fuerte protección que ostentaban los palenques, sopesar con vara la propuesta de trueque de estos piratas de sombreros alados, con plumas al viento, capas aterciopeladas como la de los toreros, ataviados con camisas de encajes y espadas afiladas con empuñaduras de oro, sedientos y hambrientos que pretendían acercárseles, ofreciéndoles joyas, pólvora, armas y ropajes suntuosos a cambio de que taquearan las bodegas de sus barcos piratas con agua y alimentos.

Muchas veces corsarios y cimarrones, con portes de reyes de ébano, de estatura imponente, pieles brillantes y seductoras con diminutas argollas adheridas a sus orejas prietas, entre actos teatrales y venias reverentes, fumaban la pipa de la paz, alzándose el humo blanco, sellando el trato en que *ipso facto* se intercambiaban la mercancía. Mientras tanto, Guardianes de Bucaneros y Cimarrones alerta, manos empuñando espadas simuladamente, como guardaespaldas de potentados, prestos a apagar, antes de encenderse, cualquier escaramuza, por incumplimiento de acuerdos verbales.

Pasaron siglos, Kamalí, siglos de opresión y latigazos. El africano con su mano de obra esclava enriqueció ciudades poderosas, cortando caña, amasando algodón, de sol a sol en minas de oro, lavando pisos de los amos,

tratados como trastos sin derecho a protección ni a soñar con propiedades terrenales. Soportaban como las hormigas guerreras que dejaron allá en el Congo.

Allá por los años 1800 y tanto, un francés interesado en aumentar sus arcas llamado Philippe Jean Bunau Varilla estampa en una estampilla la imagen floreciente de nuestro Imponente Arco Chato, la promueve como símbolo indiscutible de la resistencia de nuestro istmo ante los remezones de la tierra. Pretendía derrotar como en un cuadrilátero boxístico a un contrincante peligroso, competidor que resultó derrotándose a sí mismo, como los porteros que meten goles en su propia portería, favoreciendo al contrario : El Momotombo. Bunau Varilla había trabajado con los franceses, pero debido al fracaso del canal Francés se cambia a toldas norteamericanas. (Como esos seres que se cuadran con los vencedores después de haber peleado de los perdedores). Vence entonces por decisión unánime y se alza con la victoria ante las pretensiones de Nicaragua y México de que atravesaran sus tierras con un canal. Quedan *vestidos y alborotados* como dice el dicho.

Acontece entonces que los franceses emprenden su peregrinaje hasta nuestras tierras para iniciar la Gran Obra. Se repite la historia. Nuevamente, apiñados en vapores como una oscura mancha colectiva, como un gran lunar negro, en condiciones pau-

pérrimas fueron traídos los negros, ya no de África directamente, de un poquito más cerca; esta vez más vestidos, menos asombrados; esta vez más culturalizados a la europea, a la española, a la inglesa, resistiéndose a la negación de sus costumbres ancestrales, de sus prácticas religiosas, a la privación de su identidad. Esta vez procedentes de Martinica, de Jamaica, de las Antillas, de Barbados. Establecieron viviendas iguales, las mismas: bohíos, chozas con techo de pencas y paredes empalizadas (las mismas de África, como en África) hechas de madera de los árboles que bordeaban la gran zanja que más tarde cobraría sus sudores, sus vidas, su trabajo inclemente de sol a sol: El corte Culebra.

Armaron un caserío en medio de la selva indómita todavía, esa que ellos mismos se encargarían de domesticar. Un poblado en medio de la insalubridad, rodeado de mosquitos y abanico de alimañas que no permitía entender quiénes eran humanos y quiénes animales. Ahí, alrededor de la obra, entre grandes charcas de agua enlodada a causa de la remoción de esa montaña de tierra y piedra indomable produciendo ciénagas placenteras para el alojamiento del anófeles. Los negros descendientes de esclavos africanos, *libertos* ahora, trabajaban desde cuando el sol brotaba al comenzar el día, hasta después de que se ocultara en el ocaso; bajo crudos torrenciales, sin za-

patos, sin camisa, con los pantalones remangados, sin horario, sumergidos hasta la cintura y hasta el cuello según el charco, mezclados con la tierra ocre y el fango chicloso paleando tierra, llenando trenes de tierra, sacando cubos de lodo, convirtiéndolos en una sola masa: lodo, ellos, charcos, peligro, mosquitos, insalubridad, en una tarea de nunca acabar.

No encontraban el momento de secar la ropa, sólo eran propietarios de un incipiente número de mudas. Entre los recios aguaceros prolongados por días y noches sin contar con nada más que los puños de sus mujeres para torcer la ropa. Así mismo, sobre el cuerpo mojado del baño diurno para emprender la faena, sin secar el cuerpo se colocaban las ropas mojadas del día anterior, que nunca se secaron, para iniciar así empapados, temprano, al día siguiente el trabajo, como en una ruleta que jamás se detenía.

Improvisaban sitios en el área de excavación para tomar breves descansos que no eran permitidos. Algunos caían ahí, *in situ*, muertos. Los jefes sonaban un silbato prolongado (como el silbato que salvó a Rose de morir en el naufragio del Titanic) para que cada quien recogiera sus muertos, para que enterraran a sus negros. Los que tenían la suerte (todo era el día a día) de llegar a sus chozas en las laderas del Chagres a tomar el descanso nocturno, que interrumpían cuando aún los pájaros dormitaban, se entregaban

al breve sueño abrigados con una taza de té hirviendo de raíz india, cuyos restos permanecían en el tazón de lata, sobre cajas de manzanas vacías volteadas, que hacían de mesitas de noche, manzanas que los franceses servían en sus opíparas mesas.

Los franceses, convencidos de que acá en esta tierra caliente sucedían —como en Europa— el cuarteto de estaciones: invierno, verano, otoño, primavera, se armaron de abrigo de pieles esperando la nieve que caería de los cielos, sacando a relucir palas especiales para remover montañas de nieve, montaron en barcos franceses, directo al corte culebra, maquinarias para palear nieve, para trabajar en arena. Pensaban tal vez en Hitler cuando se veía obligado a trabajar, paleando nieve en las aceras para sobrevivir, para poder comer. Pareciera que no hubiesen visto esa tierra que se te arraiga, púrpura intenso que bordea el Chagres. Despilfarrando los dineros en maquinarias y herramientas inservibles para nuestro clima. Era como estar en el polo norte en bikini.

El Gran Hotel Central, en que se hospedaban los parisinos de alto rango, ostentaba una escalera central deslumbrante, en medio del gran salón (traída especialmente de Nueva York en un gran barco), con pasamanos brillantes y relucientes, rocambolescos, de arquitectura elaborada y exquisita, pendían de sus techos arqueados, como en techumbre

de templos, lámparas con lágrimas de cristal parecidas a los teatros de Europa cuyos destellos esparcían un envoltorio aureo glamorosa que amparaba el salón de juegos para invitados selectos, atendidos por expertos croupier de pajarita y banda en el antebrazo. Recordaban a Gardel con su pelo engominado bajo el sombrero Fedora coqueto, parodiando a un hampón, a un gangster seduciendo, azuzando sensuales cadencias, fundiendo cuerpos, contoneándolos, sin más remedio que el galanteo agresivo y seductor: *la noche que me quieras/desde el azul del cielo,/las estrellas celosas/nos miraran pasar/y un rayo misterioso/hará nido en tu pelo/luciérnagas curiosas que verán/que eres mi consuelo.*

Era en suntuosas tinajas de mármol, que engalanaban las espectaculares habitaciones, donde los consortes y sus parejas se bañaban en aguas perfumadas con fragancias parisinas para aparecerse a las riveras del canal elegantes y perfumados empuñando rimbombantes sombrillas francesas, contrastando con la incipiente ropa raída y empapada de los trabajadores negros del canal; sin saber, irónicamente que a los mosquitos les encantaba el perfume y que precisamente ese despliegue de ciudad floreciente se ensañaría con ellos haciéndolos caer muertos como moscas por la fiebre amarilla.

Dice el dicho, hijita... -La abuela baja la mirada y se topa con Kamalí dormitando ya, la

voz de su abuela actuaba en ella como un somnífero gratificante, como un hipnótico, como una droga, como el opio, como esos aromas que vas detrás sin importar adonde te lleven. Continuaba contando la matriarca de la casa, porque ya no se podía detener... El perfume, los mosquitos y los franceses eran algo así como *Cría cuervos y te sacarán los ojos*, La fiebre amarilla los exterminó como en la Alemania de Hitler.

¡Cuentan y cuentan muchas historias del Gran Hotel Central! Decían que por las noches deambulaban fantasmas. Iban y venían, mujeres vestidas de caribeñas, con la cabeza amarrada con pañuelos de colorines, con colores calientes como su raza, collares emblemáticos de su estirpe africana -parecían salidas de las hermosas pinturas del pintor de lo cotidiano: Eugenio Dunn-. Collares, muchos collares entrelazados alrededor de sus cuellos prietos como piedras ónix, con sus trajes largos, anchos, de mil colores, faldas multicolores haciendo honor a sus antepasados, resaltando su linaje, estampando su vegetación, lo salvaje, lo indómito de la tierra africana; recordando sus ritos, sus rezos, protestando por la injusticia. Apariciones se adueñaban de los pasillos del Gran Hotel, se veían sombras de hombres negros danzando alrededor de fuegos ardientes, lanzando lanzas y flechas, gacelas escapando, elefantes en manada, leopardos agazapados. Los veían en medio

de rituales rogándole a la luna, implorándole a los espíritus de sus antepasados la liberación del invasor, en medio de ritos, de rezos, en medio de sacrificios tribales de la raza africana exorcizando los espíritus de la opresión. Se oían cantos de angustia, cantos de nostalgia, susurros de protesta, en swahili, su lengua materna.

Mimi Kabila yangu ya kurudi

Mimi kurudi katika nchi yangu

Mimi nataka kurudi Afrika

Mimi ni nani?/Mimi ni nani sasa?

Nasikia baba yangu

Afrika nyuma yangu, kuja nyuma yangu

Mimi nataka kukimbia, mimi kutoroka

Njoni kwangu, wapenzi Afrika.

No sabemos si hubiese sido necesario consultar a Sigmund Freud (sin importar el día en que sorprendió a su madre totalmente desnuda, carcomiéndole un amor secreto y una pasión erótica hacia la responsable de sus días, corriendo entonces a formular la propuesta del Complejo de Edipo), para que intentara salvaguardar la mente de los africanos esclavos en la negación de su fatal destino. Las noches del Gran Hotel eran intranquilas, escalofriantes, se escuchaban gritos desgarradores de los negros caribeños sucumbiendo en la gran zanja canalera. Sangre, sudor y lágrimas mezcladas con la tierra de la

Gran Maravilla Francesa.

Mientras en París el Cancán y el Moulin Rouge estaban en su apogeo, acá en América la sangre de los negros se mezclaba con la de los españoles y la de los indios como transfusión de sangre, como ese plato panameño divino llamado guacho. Comenzaron a dejar su impronta parecido a ese mismo sello que fijaban a sus cuerpos los colonos esclavistas. Como el río que va a parar al mar y se confunde. Los dioses, los Cristos comenzaron a ser negros.

La música (el mambo, el tango, la charanga, la zamba, la salsa, el congo, la cumbia, la guaracha, el merengue, el bossa nova) se contagió de esa calentura ardiente, de esa cadencia de orgía, de ese ritmo infalible, de ese sentir clarividente, de ese frenesí salvaje. *Zaminamina, zangalewa/ porque esto es África/zaminamina, eh, eh/zaminamina, zangalewa/esta vez es por África.* El waka waka de Shakira.

Más nunca la música fue la misma. El africano la cambió. Kamalí se miraba en los ojos miel de su abuela, cuando le decía: Escuché decir a alguien alguna vez que la música envuelve historias, que refleja mundos. No se equivocó, Kamalí, es así.

Los instrumentos musicales: la marimba, el tambor, los platillos, los instrumentos de viento airearon sus vientos, el piano tocó algo más que las sonatas de Beethoven. Los timbales esos que llenaron de fama a Nicky

Marrero, a Roberto Roena y a los bongos de la Fania, las voces de la salsa, la trompeta vibró distinto, el saxofón deleitó con su jazz acunando dedos ágiles y cadenciosos de descendientes africanos.

Hubiese querido Adolfo Hitler, como en aquellos tiempos con que soñaba ser artista, pintar escenas de parejas africanas enrollándose en esos bailes sensuales, los más eróticos del mundo.

La comida fue cogiendo sabor, fue transportando paladares a esferas insospechadas. El sancocho panameño: La gallina, el ñame, el maíz (español, africano, indio.)

El negro llegó, caló y se quedó.

Y así pues, Kamalí, linda niña, perecieron miles y miles en la construcción del canal francés, burlonamente, como el espíritu burlón de la canción, causaban ellos mismos esas muertes por insalubridad y desatención de las necesidades de los trabajadores negros del canal. A pesar de contar con los mejores hospitales, los mejores médicos llegados de Francia, no daban con el problema, no podían descubrir la causa de tantas muertes. ¿Será linda niña, que en las aulas de las universidades francesas jamás consideraron que en el trópico había vida y mucho menos que pudiesen osar existir enfermedades diferentes a las de París?!... Pensaban que eran las hormigas las que ocasionaban la fiebre amarilla, y para erradicar a la supuesta hormiga asesina co-

locaban baldes de agua a la pata de las camas en los hospitales para que la hormiga intrépida se ahogara... la que se ahogaba era la vida. Si no morías visitando a tus enfermos, morías en la cama de hospital. Esa misma agua estancada en los baldes era criadero seguro de larvas de los mosquitos. Era como proporcionarle un gran útero a un gran monstruo, una gran matriz al mosquito asesino. Era como darle la pistola cargada a un criminal que te ataca. Además los grandes charcos de agua de lluvia estancada a causa de las excavaciones de la zanja que pretendían domar, era vivienda gratuita para los hematófagos. Pero... Pero... había un dato curioso, parecido a esas teorías incomprensibles de los grandes pensadores. El mosquito picaba a los negros y para ellos era como un pellizco amigable. ¡¡¡Ni fu ni fa!!!. No les hacía efecto mortal alguno. Tenían una inmunidad natural, tal vez porque no eran enemigos desconocidos, compartían territorio allá en las sabanas africanas. Tal vez, quizás, por ese mestizaje con los indios llamados mosquitos. Tal vez esa condición les dio el pasaje expedito a la inmunización. Pero, no lo creas del todo Kamalí, la gente se hacía mil suposiciones. Era su derecho. En cambio lo que sí era seguro era que los mosquitos se ensañaban con los franceses matándolos a causa de la fiebre amarilla sin compasión. Los exterminaban sin miramientos como en los campos

de concentración del führer. Los mosquitos infectados iban picando, a uno y a otro, como pájaros polinizando flores.

En los corrillos de Europa se decía que Panamá era el lugar más insalubre del planeta y que un hombre blanco debía evitar plantar bandera en esta tierra.

Reinó el despilfarro y la corrupción de los franceses en cuanto a la administración del dinero destinado al canal: viajando a cada rato a Francia como de aquí a La Chorrera, haciendo gala de mansiones, como la del director general Dingler en las laderas del Cerro Ancón (se le llamó “la locura de Dingler” por su majestuosa apariencia, mansión que, para colmo de males, nunca ocupó). Este mismo Dingler se atrevió a decir que eso de muerte por fiebre amarilla era una fábula, que las muertes ocurrían por borracheras y vidas disipadas. Se cumplió aquello de que *De esta agua no beberé*. La pelota se le devolvió como un bumerang, como en un juego de frontenis: al poco tiempo murió de fiebre amarilla la hija, después el novio de la hija, más tarde el hijo y finalmente murió la esposa de Dingler de fiebre amarilla. Toda su familia pereció, como los barcos que naufragan. Quedó ingrimeo. Volvió a Francia con la mente endeble.

También sucumbieron gran cantidad de negros, los atacó una forma virulenta de malaria, que llamaron la “fiebre del Chagres” expiraron ante ese hostil intruso

que resultó ser verdaderamente mortal.

Cuentan los que vivieron en esa época que un solo panameño trabajó en el canal francés. Ese trabajador solitario -solitario como el llanero solitario- fue Pedro J. Sosa.

—¡Kamalí, Kamalí, despierta!, recuerda: a esas aulas debes regresar el próximo lunes. Es tu escuela querida Pedro J. Sosa.

Las mujeres negras también tenían tareas que cumplir. Con sus pañuelos multicolores amarrados a la cabeza recolectaban baldes de piedras por un real, por cuatro centavos transportaban baldes de agua limpia que recogían de los pozos naturales de las montañas de los alrededores. Lavaban rumas de ropa en el Chagres, cargando baldes apretujados con ropa mojada sobre las tortas de trapo que enmucaban sobre sus cabezas de cabellos en sortijados arropados con coloridas pañoletas. Iban en grupo, bajo la vigilancia de sus hombres que remoloneaban alrededor en canoas con remos de palo como los perros que marcan territorio. Como los polizontes de hoy que patrullan mares en busca de pillos marinos.

—Pero, abuelita, -le pregunta Kamalí, vivaz, saltando como un resorte— ¿qué hacían los trabajadores negros del canal con el dinero que ganaban trabajando?

La abuelita de cabellos canos y lacios, entonó un suspiro, estiró las piernas dormidas por

el peso del cuerpo de la niña curiosa sobre ella, miró a lo lejos... meditó unos instantes... Al rato:

No había entidades bancarias, nadie se preocupaba de lo que hicieran los negros antillanos con su dinero, así que a muchos les picaba la plata en las manos despilfarrándola en juegos de azar, en mujeres del mal vivir. Las hetairas resurgieron como en tiempos antiguos, igual que un veranito de San Juan. Otros, un poco más precavidos, improvisaron caletas debajo de las tablas de sus viviendas, guardaban la plata en latas, enterrándolas en los patios, diseñaban cual artistas diestros trancas secretas en lugares estratégicos de los muebles domésticos. En los frondosos árboles colocaban cajas de metal, como cajas fuertes, a horas en que todos dormían, con sigilo, celosamente. Construían escaleras con retazos de árboles silvestres para trepar a las alturas a contar sus dineros. Como los pollos que se retiran a la espesura de los frondosos árboles antes de que se oculte el sol. La imaginación volaba, los dineros quedaban a buen recaudo.

Y así, entre el despilfarro, la mala administración, la mortandad sin control, los franceses

claudicaron, recogieron sus tílices y regresaron a París entre amenazas de juicos y promesas de encarcelamientos en La Santé.

Cuando a Roosevelt, presidente de los estadounidenses, le informaron del porqué del fracaso Francés en la construcción del canal, sorprendido espetó:

—¿Por un mosquito?!

La abuela -con su falda colorida y su pañuelo de mil colores amarrado a la cabeza por el que se le escapaban mechones lacios de entre la pañoleta multicolor dándole un aire de gran señora-, le dio un beso a Kamalí, su nietecita más pequeña, la levantó en brazos, sus bucles azabache se balancearon como trapeceistas estrenando escenario, la depositó en la cama — parecía una muñeca de trapo abandonada en los brazos de la madre de su madre-, arropó su cuerpecito de ébano, le dio un beso y apagó la luz. Marquesa, la perra guardiana, comía galletas embarradas de helado.

LUCÍA KUSIAL SINGH seudónimo de escritora, nacida en Panamá, titulada en Inadaptados Sociales e Infractores por la Universidad Especializada de las Américas. Ha colaborado con diferentes medios de comunicación escritos con artículos de opinión de temática social planteando problemas y soluciones. Autora de la obra *Atrapada en la Visita*, el libro de cuentos *Colores y Valores*, y la antología de cuentos "*Ciudad de las mil caras*".



El monólogo de la Reina

POR LUCY CRISTINA CHAU

¿A quien se le ocurre? Una sólo puede llamarse Reina por dos razones: una, porque fuera la primogénita de un idiota y la otra, porque la madre –grandísima tonta– se impulsara. Así es que en realidad es una sola y triste razón. Una se llama Reina porque sus padres no tienen imaginación, sentido de la ubicación, ni sensatez.

Está bien, las intenciones son buenas, pero eso no repara el daño. En todo caso el nombre completo sería “Reina de su casa”, pues casi a los cinco años una descubre que sólo en su casa creen eso de la reina. Para la maestra eres una niña más, para los compañeritos una innumerable, para el tendero un motivo de chiste y para los amigos de tus padres una pobre criaturita víctima de unos insensatos.

¿En qué estaban pensando cuando decidieron arruinarme la vida? Si se imaginaron a una personalidad, a una mujer imponente con una vida no menos que soberana, debieron darme una dote que acompañara. Pero ¿cuál dote? si mi padre se fue de casa cuando tenía siete años y mi madre, quien jamás pudo dejar de llamarme Reinita, se jubiló con salario mínimo. Así es que aquí estoy, con un nombre que nada tiene que ver con mi personalidad, con mi estado civil o estatus económico.

El único que llegó a alucinar con mi nombre fue un borracho de la oficina. Reina, Reinita,

me decía en la fiesta de fin de año. ¡Toda la vida te he querido, Reinita linda! - me repetía arrimado a la mesa que habíamos reservado con las compañeras de contabilidad. Llegó un momento en que la música estaba a todo dar y las muchachas aprovecharon para salir a bailar, porque sino se les iba la noche en blanco, sin sudar el vestido. Anímate, Reina, me decían, y yo hasta me lo estaba pensando, pero el hombre me interceptó con su mano tendida. Yo no quería pasar el ridículo, bailando con un borracho. Quién sabe, con esa cantidad de celulares con cámara fotográfica, lo que puede pasar.

–No –le dije – yo más bien tengo ganas de irme a la casa. –Ay, Reinita, si tu quieres yo te llevo, mi amor – me contestó. Entonces me decidí. Le acepté la propuesta, aprovechando que toda la concurrencia se había involucrado en un ridículo trencito, en donde aprovechan para tocarse disimuladamente. Tomé mi cartera y le dije que le agradecería el favor de llevarme. Como pudo, se incorporó y se tomó mis palabras como si se tratara de algo urgente. Cuando me insinuó que iba a despedirse, le dije que no, que prefería salir inmediatamente, y sin chistar, se apresuró a salir de la sala.

Llegamos a mi apartamento bastante rápido. Parecía que la juma se le había despejado un poco y me preguntó si alguien me esperaba. Entonces le dije que no, y que de hecho le iba a

pedir que me acompañara a la puerta para evitar que me asaltaran. No era tan cierto lo de mi temor, sino que en realidad quería probar que podía sostener sus palabras de borracho. Me pidió usar el baño y allí supe que podía por una vez en la vida ser una verdadera reina.

El caballero pasó al sanitario casi de mi brazo, y yo me instalé en el sofá con dos vasitos de gaseosas con hielo. Al salir, traía una sonrisa muy tierna y mencionó lo bonito que era el baño. Le ofrecí un refresco para que no se fuera a dormir en el viaje y no tardó en colocarse junto a mí en el sofá –Reinita – me decía – qué hermosa es usted, corazón. Y yo le miraba con cara de reclusa. Entonces me tomó de la mano y me acercó esa boca hedionda a alcohol a mi oído izquierdo para decirme “en serio, Reinita, eres la mujer más hermosa de la oficina”, todo eso arrastrando cada consonante.

Así que Reina, Reinita, que no había sido reina desde su infancia, se dejó toquetear por el borracho de la fiesta, y por primera vez, dejó los cuidados en el más despreciable acto de desesperación que pudiera ocurrir. Me dejé susurrar al oído que moría de amor por mí, que mi piel era una seda preciosa que lo volvía loco, que mis cabellos soltaban un perfume celestial, y todo esto mientras con la mano derecha se metía por la altura de mi cintura hacia mi espalda y con la izquierda me apretaba la piel más cerca de mis senos.

Me atrajo hacia sí, para darme un beso, que resultó al principio un derroche de saliva y aliento alcohólico, pero hice de tripas corazón y decidí sorberlo con la dedicación de un niño con su barquillo de chocolate. En pocos segundos su boca chorreada fue cosa de juego y me dediqué a explorar todo lo que podía jugar entre labios, dientes y esa lengua tiesa que me quería meter hasta la garganta. Pero eso me duró muy poco, puesto que el amante intrépido, pasó a lamer mi cuello, dejándome sin oficio la boca, más que para dar pequeños suspiros y decirle que tenía que irse. Así que como sospechaba, la amenaza lo apuró mucho más y volvió a mis labios con su dedo índice para pedir mi silencio y sellarlo con otro beso tropezado por tanto ron.

Yo callé, como para mostrar mi agonía y el hombre siguió soltando botones como pudo, pero pronto me atrajo la mano hacia su pantalón, para que yo sintiera las urgencias de su entrepierna. La cosa era contundente y yo no estaba muy segura si debía desabrochar la correa o seguir sobando el tronco del árbol que había crecido bajo su cintura. Pero en cuanto yo intentaba quitar la mano, el hombre volvía y me la colocaba. Me apretaba las nalgas y de un salto pasó su mano derecha a mi entrepierna por debajo de mis faldas. Torpemente fue echando a un lado mis interiores y soltó un bramido cuando logró coronar en su objetivo. Sí, me puse inquieta, pero en este punto la Reina estaba en jaque, si se me permite semejante licencia. Cortar con todo en ese momento era ya caer en la ridiculez no vista. Cuando me pasaban por la mente los chismes de la oficina, me decidí a terminar esa historia con gallardía y sin provocar un desorden peor, en el que el caballero terminara quejándose en los pasillos de que lo hubiera calentado a tal punto, para después volverme una histérica, tal y como describieron a varias compañeras por defender el último minuto de honor que les quedaba.

Allí supe que era mejor obligarlo a guardar silencio, para que por lo menos se viera en la obligación de moderar sus comentarios. Sólo tenía que acordarme de no hacer grandes espectáculos. Era mejor pasar por aburrida y el comentario sólo sería “me la comí”, pero sin llegar a las risitas por culpa de esos gritos desaforados de los que algunas compañeras eran acusadas por los galanes de happy hour. Pero entonces, se me ocurrió algo mejor, tenía que hacer de este encuentro una verdadera experiencia sensorial, para poder comprar su silencio. Había muchas relaciones en la oficina que se mantenían por años en secreto, y todo porque el afectado quedaba tan entusiasmado, que prefería volver como perro amaestrado al templo de la diosa que lo había bendecido.

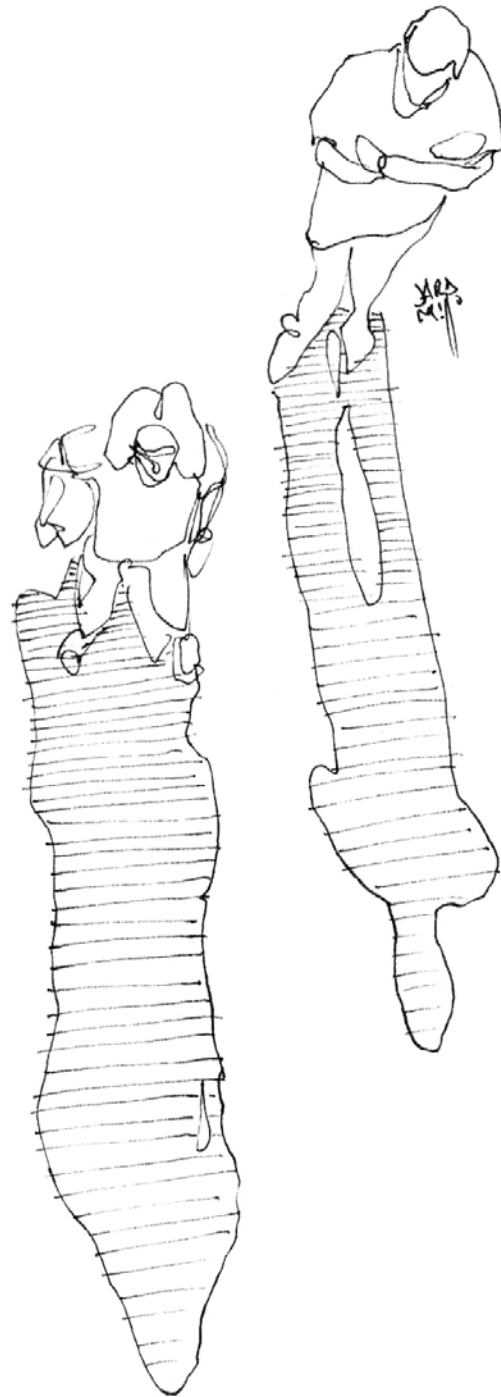
Pero mientras yo pensaba en convertirme en Julia Roberts para Richard Gere en la legendaria *Pretty Woman*, o en una Sharon Stone de la oficina de auditorías, mi galán, el lacayo de la reina, el Miguel Bosé del Ron Abuelo, yacía dormido sobre

mis pechos, babeando de amor por mi vocación de colchón. Todos los cálculos, mi rendición, mis ideas de lanzarme al estrellato en su entrepierna, quedaron frustrados por el exceso de alcohol. De todas formas insistí en tocar allí, donde una vez mi mano palpara la promesa de hacerme soberana de los esprines del sofá, pero cualquier cosa que hubiera habido viva, había pasado a mejor vida, y ni siquiera el apretón sincero de mi mano le recordó que había una colega dispuesta a escuchar sus declaraciones de amor adolescente.

La Reina se deslizaba cómodamente debajo del pueblo que una vez la aclamó, y mientras se abotonaba la camisa y se bajaba la falda, pensaba en que ni siquiera perdió la ropa en la operación. Me dije a mí misma que era inútil luchar contra ese estado, que tanto trago no permitiría la feliz unión que con demasiada inocencia creí merecer, así es que decidí esperar con la majestuosidad de una verdadera dueña de palacio. Me fui a la recámara y me puse mi mejor camión, me peiné y me pinté nuevamente los labios, dejando una luz de mesa encendida para que al despertar en la madrugada pudiera verme en la penumbra. Dejé la puerta de mi habitación abierta y esperé.

Ya me estaba venciendo el sueño, cuando escuché que se movía en la sala. Cerré los ojos discretamente para que pudiera contemplarme sin sentirse intimidado. En mi vagina la humedad se acrecentaba, el calor se iba intensificando, y en mis pechos, la sólo idea de ser abordados hacía que se endurecieran con fuerza. No pude evitar suspirar, pero disimulé dando la media vuelta hacia mi costado izquierdo.

Cuando la puerta se cerró, la luz intensa de los últimos segundos de madrugada empezó a colarse por mi ventana. Mis dedos fueron recorriendo los senos y el trágico portal de mi reinado, y toda la mañana del sábado me acompañaron a gozar de la tibieza de mis más dulces y solitarias ganas de ser llamada Reina.



LUCY CRISTINA CHAU. Panamá, 1971. Licenciada en Humanidades con especialización en Inglés, por la Universidad de Panamá. Es intérprete oficial. Ganadora del Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán” 2010, de la Universidad Tecnológica de Panamá por la obra *De la puerta hacia adentro* (UTP, 2011). También ha ganado el Concurso Nacional de Literatura “Ricardo Miró” en 2008 como poeta con *La casa rota* (INAC, 2009) y el Premio Gustavo Batista Cedeño 2006, con *La virgen de la cueva* (INAC, 2006).



IDA y JOSEF

POR ENITHZABEL CASTRELLÓN CALVO

Los recuerdo muy bien, Ida y Josef, dueños de la tienda de la esquina. Habían llegado a Praga hacía años, y se habían acostumbrado tanto a la ciudad que ya eran parte de ella. Ida y Josef, siempre sonrientes, siempre laboriosos, siempre atentos. Juntos trabajaban en su tienda durante el día. Ida cantaba mientras atendía a los clientes, Josef sonreía complacido. Por las tardes, Ida daba clases de piano en un saloncito al fondo de la tienda. Al cerrar cada noche, Josef la abrazaba y bailaban un vals silencioso que únicamente ellos escuchaban, hasta el día siguiente.

Recuerdo cuando Ida y Josef eran los vecinos del 135, los padres de Welwel y de la niña del traje azul, los que vendían los mejores pasteles, los que me regalaban dulces y acariciaban mis cabellos preguntándome la razón de mis lágrimas, cuando algún disgusto en el colegio me hacía llorar.

Recuerdo muy bien a Ida y a Josef, desde muy temprano en la puerta de su tienda, listos para empezar el día. «Buenos días, señor Wojkiewicz, linda mañana», saludaba Ida a uno de sus clientes habituales. «Gracias por su compra, señora Wajda, vuelva pronto» era la eterna despedida de Josef.

Recuerdo que las cosas cambiaban, la ciudad se agitaba. Ida y Josef, algo preocupados, pero siempre sonrientes, repetían su vals nocturno como para acallar el ruido de las botas que martillaban las calles ya muy cerca.

Y así llegaron los alemanes y, por alguna razón que no comprendí entonces, Ida y Josef no fueron más los vendedores de pasteles, los padres de

Welwel y de la niña del traje azul, ni los vecinos del 135. Ahora Ida y Josef eran solo judíos.

La clientela empezó a escasear, tal vez por miedo, por indolencia o quizá resignación. A veces ella aún cantaba, él ya no sonreía. Ya nunca bailaban.

Los uniformados llegaron un día, y al siguiente Ida y Josef ya no tenían tienda, ni lecciones de piano, ni vals, ni nada. Puedo verlos claramente fregando las aceras de las calles junto a tantos otros vecinos. Antiguos clientes se reían, se burlaban, los despreciaban. Era como si una línea invisible los hubiese separado del resto del mundo, como si ya no los reconocieran, como si no los recordaran. ¡Pero si son Ida y Josef!

Josef fue detenido y enviado junto con su familia a Theresienstadt. Ida ya no cantaba. Atrás quedaban Praga y los recuerdos; ahora, la incredulidad y la incertidumbre eran el eco de sus pasos hacia el abismo.

La travesía fue interminablemente penosa, hicieron cuanto pudieron para proteger a sus hijos. Lucharon como fieras por mantenerse juntos, trataron con sus brazos de resguardarlos del frío, y con sus almas de cubrirlos del horror. Pero ya Welwel y la niña del traje azul habían comprendido que su mundo había desaparecido. Welwel y la niña del traje azul no preguntaban, no hablaban, no lloraban. Ya nadie cantaba, ya nadie reía, solo sostenían sus manos con fuerza, como si apretándolas pudiesen retener los pedazos de esa vida tan lejana, en algún otro tiempo tan feliz. Lo habían perdido todo, y aún sumidos en la nada se apoyaban el uno al otro, siem-

pre juntos, siempre fuertes, siempre Ida y Josef.

Al llegar a su destino nada pudieron hacer por permanecer unidos, no había excepciones, ni lástima, ni piedad. Welwel y la niña del traje azul fueron llevados con otros niños a un área reservada para ellos. Las mujeres y los hombres fueron separados. No más Ida y Josef.

Los días, los meses, ¿serían años?, parecían interminables, impensables. Las fuerzas se agotaban, el espíritu se extinguía, solo la esperanza de sobrevivir para reencontrarse con los suyos sostenía los corazones de Ida y de Josef.

Los altavoces ordenaron a la población de Terezin presentarse para una inspección general. Se elegirían los ocupantes del próximo «tren de trabajo». Ida, Josef y muchos otros habían comprendido ya el destino final del llamado «cargamento especial». No era la primera vez que el tren partía del andén repleto de rostros atormentados, resignados, y de algunos otros, pocos, aún esperanzados, creyendo, o queriendo creer, que hallarían una salida. Invariablemente, el «tren de trabajo» volvía vacío, siempre vacío. Auschwitz, habían escuchado. Cámaras de gas, alguien había susurrado.

Ida vio a Welwel y a la niña que solía vestir el traje azul frente al grupo de los chicos y su corazón se detuvo. Por un momento olvidó el tormento, creyó saborear en sus labios unas gotas de aquello que algún día llamó felicidad: habían sobrevivido. Solamente despegó los ojos de Welwel y de la niña que solía vestir el traje azul para tratar de encontrar a Josef, su amado Josef.

A veces uno a uno, otras por grupos, siguiendo algún torcido sentido tal vez, o al azar, quién sabe, poco a poco el tren fue llenándose de elegidos, de pasajeros, de condenados. Welwel y la niña que solía vestir el traje azul fueron seleccionados. De un empujón fueron llevados a la fila que se dirigía al tren. Antes que Ida pudiera reaccionar, un grito desesperado se escuchó entre la gente: Josef se abría paso entre los prisioneros.

Josef corrió, tratando de alcanzar el andén, intentando protegerlos, queriendo salvarlos. Ida hizo otro tanto, apartando gente a empujones. Una vez más, Ida y Josef, una vez más juntos, unidos, luchando.

Un eco sordo rasgó el silencio, tiñendo de rojo los desgastados zapatos del vendedor de dulces. Un mortal disparo, seco, fatal. El tiempo se detuvo por un breve instante, lo suficiente para ver desplomarse el cuerpo ya sin alma de quien algún día fuera Josef.

Sin pensarlo, Welwel corrió hacia él. El dolor y la impotencia reemplazaron al miedo que hasta entonces paralizaba su corazón. Se abalanzó contra el alemán, con el coraje de quien ya todo lo ha perdido. Aún con lágrimas de niño, reclamaba la vida del padre, del héroe, de Josef.

Un segundo estallido implacable. Silencio. Así llegaba el final.

Ida no gritó, no lloró, solo caminó en silencio hasta la niña que solía vestir el traje azul, la empujó de vuelta hacia los demás prisioneros y tomó su lugar en la fila. «Una judía por otra», dijo, mirando al alemán directo a los ojos. El uniformado siguió su camino sin inmutarse, le daba lo mismo, ya se había divertido bastante.

El tren inició su lento recorrido, el chirrido de las ruedas y el crujir de los rieles fueron los acordes que acompañaron el adiós. Justo antes de partir, Ida levantó su mano derecha y la puso sobre sus labios, un último gesto, un último beso, por Josef, por Welwel, por la vida que jamás volvería. Y así se alejó, regalándole a su hija lo único que le quedaba, aquello que no le habían arrancado aún, la última esperanza.

Mi nombre es Sophie, sobreviviente de Theresienstadt, recuerdo bien a Ida y a Josef, los del 135, los vendedores de pasteles, los bailarines de vals, los padres más amorosos que esta niña de traje azul pudiera soñar.

Tomado de **Malas Costumbres**, Fuga editorial, Panamá, 2010

ENITHZABEL CASTRELLÓN CALVO. Nacida en la ciudad de Panamá. Licenciada en Derecho y Ciencias Políticas. Actriz, Locutora y Productora con más de 20 años de experiencia en el medio teatral. En el 2010 se estrena con su primer libro de cuentos "**Malas Costumbres**", publicado bajo el sello FUGA Editorial.

A mi hermano,
por siempre un implacable.

*"Él vive sin dificultad porque importa radios del Japón
y juegan al golf como toda la vida, mi dulce y
tranquilo hermano mayor,
que ha sobrellevado el peso de
la agonía de mi madre que esta noche
murió de hambre."*

El jardín de al lado,
José Donoso

*"... diferencias sutiles que pasaban inadvertidas para los
caxlanes:
mayas, choles, zendales, mames, tzutuhiles, indios todos."*

La rebelión de los zendales,
Ronald Flores

1.

Por eso aborrecía a mi padre y juré que nunca sería como él. Ese juramento me llevó a huir de su recuerdo estancado en esa casa, en esa patria ya dejada atrás. Pero ahora que veo esa misma imagen reflejada en mi sombra sobre este libro grueso y abierto de teoría, sé que ella me hunde, en este instante, el mismo cuchillo que utilizó mi madre.

El sonido dentro del Transmetro, su motor, su aislado sonido de carros en el exterior, rumor de personas hablando. Envuelto en lo hermético del interior de ese transporte público. Se daba en un ambiente viciado y denso de las horas de tráfico y sobre todo en los días de invierno lluvioso.

A veces se preguntaba si su nivel de concentración aumentaría si fuera sentado y el aire menos cargado de respiraciones. Si su lectura podría ser más intensa, tan sólo, con que alguna vez no le tocara transportarse en las horas de más aglomeración.

De todos en mi familia

POR FERNANDO PENNA RODRÍGUEZ

Y aunque estos buses del Transmetro, también llamados Gusanos debido a su tamaño duplicado por la unión efectuada de dos buses de tamaño normal en un tipo de diseño copiado a los Metros de Superficie de grandes ciudades del Sur como Bogotá o Río, cuentan con una iluminación óptima y unas ventanas amplias que permiten desde fuera ver al usuario que va dentro: poco más abajo de la mitad del cuerpo hasta sus brazos colgados del pasamanos, permitiendo una visibilidad mayor y una sensación de mayor amplitud; pero no bastando para que la inevitable y ahogante experiencia de las horas pico sea una sensación de estrechamiento máximo.

Aún así, y precisamente por eso, el empujamiento por tratar de leer en ese vehículo en movimiento constituía su necesidad. Poder susstraerse de ese enlatamiento de dos horas. Soporarlo. Sin embargo, para él no sólo era una necesidad en esas inaguantables dos horas.

No hace mucho había descubierto, también, su manía inconsciente de ocultarse tras el papel escrito -detrás de los textos-, encuadernado, hecho libros. La mayoría de las veces los prefería gruesos y abiertos ante sus ojos. En lecturas incansables. Fue un domingo después del almuerzo cuando leyó lo mismo que le estaba ocurriendo. Fue pura ilusión. Había leído diez páginas sin parar y en un parpadeo se dio cuenta que nada de lo que había leído era cierto, todo había sido una

invención de su mente. Releyó y ninguna de las líneas que había leído existía físicamente impresa, ninguna de las páginas que había estado pasando. Una tras otra, en una lectura que había creído atenta. Supo que aquello era como una copia de su original, de su pensamiento, una especie de extraño suplemento. Como si se leyera. Desde ese día se dio a la tarea de explorar dicho fenómeno.

Encontró que ese raro efecto, donde los lectores se leían a sí mismos, en sus momentos presentes, en su *estar-ocurriendo-ahora*, ya era una cuestión documentada y que de formas magistrales había quedado expresada. Lo supo con toda claridad cuando leyó el cuento *Continuidad de los parques* de Cortázar, también lo encontró con fuerza en el segundo Quijote, en Hamlet, pero lo logró encarar en su totalidad cuando lo experimentó en un minicuento titulado *La pareja humana* en una antología de narrativa centroamericana realizada por Francisco Méndez. De un autor que en ese momento trató de recordar, pero después de unos minutos de esfuerzo no pudo. Siempre había tenido mala memoria para los datos, fueran fechas, direcciones, nombres, lugares, pero no así para los sentidos y los esquemas. Se dijo que cómo era posible que recordara tan vívidamente la sensación de sorpresa del personaje, incluso la experiencia física de ese objeto punzante en el cuento y no la página o el lugar del cuento, entre el tercero y el quinto, por ejemplo o algo así, pero ni siquiera el autor.

Mi hermano tomó el control de la situación mientras estábamos abatidos tal vez por eso lo amo, siempre lo he sabido, que de todos en mi familia es al que más amo, al que más he amado, aunque desde pequeño así fue, en realidad fue esa noche que mi amor para con él fue definitivo, implacable y hasta el día de hoy, esto que siento por él, me acompaña sin menoscabo ni arreglo.

Reanudó su intento de recordar. Una manera de no enfrentarse a lo que otra vez estaba viendo en la lectura que tenía entre manos. Se miraba en el papel, esa sombra.

No quería verse como aquella primera

vez, en esa tarde de domingo. A pesar de que todo este tiempo se había encontrado muy alerta de ese suceso. No tanto para que no le ocurriera, sino para poder esquematizarlo cada vez que sucediese. Pero ahora se le daba como un mecanismo de defensa que no lograba dibujar en una especie de diagrama: se proyectaba su imagen en el papel. Se sorprendió, no leía unas líneas, unas frases inexistentes en el papel, sino la imagen de su propia sombra.

Lo arregló todo. Bien elaborado. Quedó montado como un acto de defensa personal por una mujer maltratada. Esa noche mamá lloró con muchos pujiditos sordos.

Como un reflejo. Similar al que se ve en el vidrio de esta ventana del Transmetro, que de tanto pasar las cosas detrás a determinada velocidad que ya el ojo no le da sentido al flujo que pasa, sino al resplandor que queda sobre, como en esta hoja de papel que por el efecto de la luz del sol, que entra de distintas partes, hace aparecer en este libro grueso y abierto.

Me preguntó quien proyecta esos defectos que logro leer. ¿La sombra? ¿Yo? Sé con certeza que se trata de mi sombra, pero no por eso dejo de sentir con dolor la confusión de ver la imagen ... Ya no importan las letras, las palabras que pasan detrás, no importa lo que significan, la historia que cuentan, sino la sombra bien delineada que queda y proyecta mi cabeza.

2.

A pesar de ser centroamericano, cuando llegué aquí buscando trabajo, me seguían tratando como un extranjero más, así que tuve que ganarme la vida dentro de las actividades de la economía informal; vendiendo aquí, vendiendo allá, que si esto, que si lo otro. Luego, después de pasarla por diversos trabajos de poca monta, encontré éste, tedioso la mayor parte del tiempo, mecánico otras veces. Casi nunca requiere de la utilización de toda mi capacidad mental, apenas y

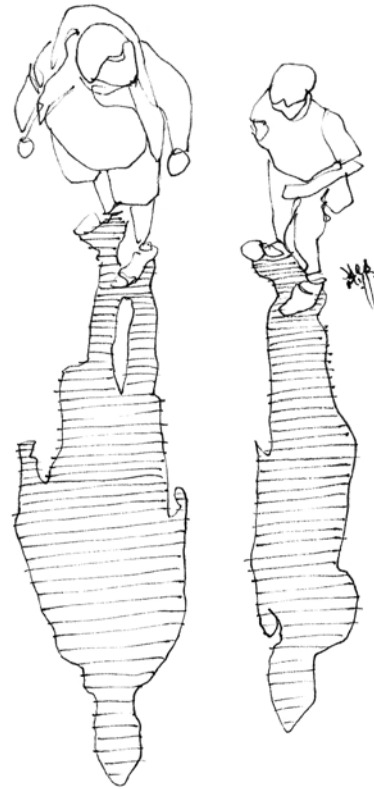
unos instantes de mi concentración, así que paso el tiempo con mis pensamientos fuera de las cuatro paredes de esta bodega. Donde simplemente voy llevando el registro de entrada y salida de material de distinta índole.

Saliste de tu país, a pesar de las muchas razones que dijiste, que te dijiste, la única verdadera es que querías huir de la figura de tu padre ya muerto.

Al principio no niego que me costó, pero a la tercera semana mi cerebro logró mecanizar el procedimiento establecido. Sus entradas y salidas. En realidad lo más difícil es pasar del primer formato al segundo. Después el resto de registros toma su curso por sí solo. Es en este primer pasaje donde se da la verdadera clasificación, de ahí se procesa y se toma el criterio en base al protocolo ya establecido. Que consiste en girar varios tipos de recibos a los distintos departamentos ya designados según el tipo de material que ingrese o que salga. Dichos recibos son los que le dan continuidad al proceso de supervisión y control, que otros como yo en otros departamentos simplemente transcriben, vuelven a registrar y a su vez traspasan a otros entes superiores.

Y eso fue precisamente lo que se me dificultó al principio que tenía que entendérmelas con otros, de iguales funciones como yo, pero que por estar supuestamente en un nivel más alto al mío, le imprimían entonces un toque de estilo personal a lo ya dispuesto en el protocolo, entonces tenía que agarrarle el juego a cada uno de los secretarios de cada departamento.

Por último al final de la tarde se tienen que llevar los listados revisados y autorizados por las supervisiones correspondientes al departamento de mensajería interna para que allí los consignen dentro de unos folders para que a la mañana siguiente los encargados de las otras áreas puedan hacer un inventario de inicio del día, el cual tiene que cuadrar según los reportes de entrada y salida, que yo mismo hice llegar la jornada anterior. También verifican que se encuentren los respectivos sellos para a su vez sellar y girar de vuelta al departamento de archivo y estadística.



Cada semana, al final, el día viernes, se debe operar el procedimiento inverso. Individualizar los registros a unos archivos según cada departamento y al final de la quincena se debe tabular y pasarla a la Secretaría de la Supervisión General según el formato para ello.

Te quedaste sentado en un pequeño escritorio con tres archiveros detrás, de cuatro niveles cada uno: ese es tu refugio. Así te queda tiempo para refugiarte en la lectura. Y tu soledad apenas y se conmueve con unos cuantos arranques de nostalgia. Que cada mes resuelves en una cantinita del Centro Histórico.

Hasta que la conocí. Una india de este país. Nunca me acostumbré a romper el lenguaje cotidiano aprendido, utilizando esas formas medio antropológicas, medio políticas que poco me importan. Que si mayas, que si indígenas, que no indios que eso no sólo es una ofensa, que ya quedó tipificado como delito: DISCRIMINACIÓN. En mi país todos somos panameños y ya, unos negros, alguno que otro kuna, trigueños, mestizos, culizos, zambos y mulatos, pero todos panameños, no estas divisiones que ni ellos mismos soportan.

3.

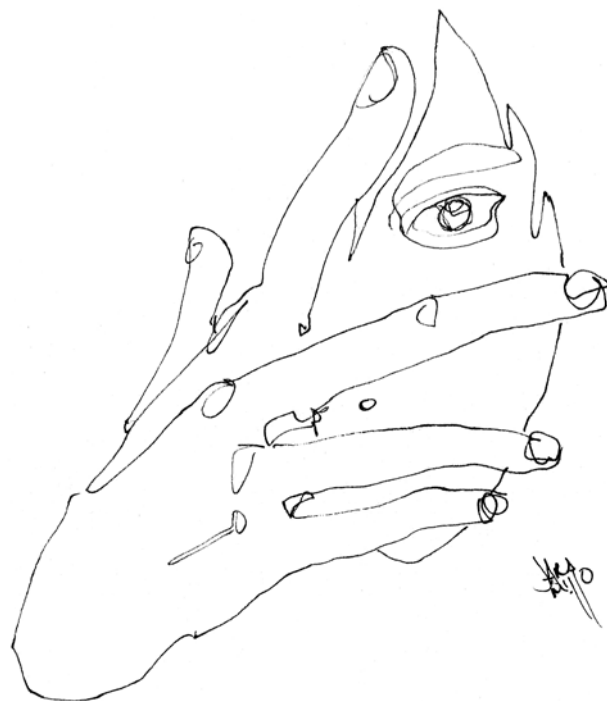
La comencé a asesinar poco a poco día con día. Un golpe acá, otro por allá. Mis lecturas en las horas de ocio en el trabajo desaparecieron. Mis momentos en el restaurante-cantina desaparecieron. Ahora me pasaba en el trabajo, pensando en cómo matarla un poco más ese día. Terminaba el trabajo a tiempo, lo hacía con más energía y salía pronto a tomar el transporte público y ya en el cuarto que alquilábamos ejecutaba mi estrategia para lastimarla. Consistía siempre en una situación o pretexto de entrada, un procesamiento de la situación, y una golpiza de salida. O tal vez un solo golpe, pero dado en una parte donde fuera contundente. Lastimada casi de forma definitiva. Y así la he ido matando poco a poco.

Tomabas la camioneta. Soportabas la apretazón del gusano sólo pensando en ella, en sus ojos, en su lejana semejanza. En lo que creíste, en un inicio, como un paso presuroso por tu vida.

Mi primer paso fue convencerla que dejara de trabajar, luego que se acomodara a la vida en el cuarto, a lo heroico y callado de la vida doméstica. Ya encerrada en ese estilo de vida comencé a golpearla. Al principio suavemente, luego cada

vez más dañino. Pero el culmen de mi estrategia era mantenerla psicológicamente saludable, nunca agredirla verbalmente, sabía que el día que lo hiciera iba a caer en la cuenta de todo lo que le estaba haciendo a su cuerpo. Todo iría a resonar en su conciencia. Lo importante era ir haciéndola cada vez más como un fantasma, una especie de espectro, deambulando hasta que yo llegara del trabajo.

Sin pensar en que día a día se seguiría quedando a pesar de lo repetitivo en que todo estaba volviendo a ocurrir. Ella te repetía a ti y tú la repetías a ella. Desde otra continuidad.



FERNANDO PENNA RODRÍGUEZ. Nació en Panamá en 1970. Residió algunos años en Guatemala. Ganó el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2009, de la UTP. Ha publicado un libro de cuentos: *De todos en mi familia* (UTP, Panamá, 2010).



¿En dónde estabas tú la primera vez que la escuchaste?

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

“**Música de las esferas**”, el segundo libro de la mexicana Silvia Fernández-Risco, resulta un viaje mágico para los sentidos. No debería sorprendernos. Ya conocemos a la autora. Ya hemos emprendido otro viaje mágico con ella. Es por eso que lo realmente destacable, aunque no sorprendente de este libro, no es simplemente esa magia, es cómo una autora que ya era buena, puede seguir deleitándonos al demostrar que sí, la cosa se pone mejor.

En un libro donde lo maravilloso parece convivir con lo común, es fácil perderse. Encontrarse a uno mismo sumergido, casi acuático. Rodeado de aquel ruido blanco, que confunde, pero puede llegar a maravillar. O, si uno tiene suerte, dejarse llevar y encontrarse rodeado por aquella música de las esferas, para culminar con la pregunta que titula esta reseña.

Silvia Fernández-Risco logra esto, y más, en las páginas de este libro.

“Música de las esferas”, el cuento que le da nombre al libro, comienza nuestro particular viaje y nos deja descando, no solo entender, sino sentir. Poder escuchar nosotros también, esa particular música. Todos los cuentos que componen este libro son excepcionales, pero éste es, quizás, el más poderoso de todos. Su fuerza radica en la empatía que despierta en el lector. No hay manera de leerlo sin preguntarse, sin querer sentirlo uno también. Bueno, al menos no si se tiene un corazón.

“El piso cuarenta y siete” nos habla de un viaje. No solo un viaje en elevador, sino un viaje de descubrimiento. Yamileth es todos nosotros. Su descubrimiento podría ser el nuestro. Cada uno debe tomar su propio viaje.

“Dilbia y yo” es un estudio en contradicciones. Eso intenta ser, al menos. Termina siendo un cuento de esos que pertenece en antologías. La historia se desarrolla casi desde un punto de vista donde uno

puede ver claramente a Dilbia y a esa otra persona, en un momento especial, donde, como por arte de esa magia que tiene la autora para contarnos, para que nos sumerjamos en sus ideas, esa otra persona ya no es alguien ajeno a nosotros. Somos parte del cuento. Y todo lo que pasa, pasa porque al final así lo hemos querido Dilbia y yo. No es posible separarnos. Somos una sola.

“Danza Marina” es casi un cuento mitológico, de esos donde se nos presentan grandes cosas. Cosas increíbles. Que aun así nos creemos. Que no nos sorprenden. Es la magia del libro, que cuando llegamos a este punto ya estamos en otro universo. Somos capaces de aceptar lo fantástico.

Silvia Fernández-Risco tiene un gran talento para la narración. No hay nada de más en su prosa. Cada palabra tiene una razón. Algunas no están ahí para contar la historia, sino para envolvernos en esa atmósfera. Para hacernos creer.

Tal vez por eso, al leer “Acuática”, pareciera que nos estuviera pasando a nosotros. Lo fantástico se vuelve real, lo real se vuelve personal. Le pasa a la gente común. No es cosa de todos los días, pero podría pasar, porque está contado de una manera que no nos hace cuestionarlo.

“Agüita de elefante”, nos saca un poco de la ensoñación. Es quizás el cuento más real del libro, y aun así no parece fuera de lugar. Es aquí que descubrimos que el verdadero talento de la autora no es contar cuentos fantásticos, es simplemente contar cuentos. Que Silvia Fernández-Risco puede contar cualquier cosa, y nosotros seguiríamos leyendo.

Sarita es tocada por la magia en este cuento, pero nosotros ya nos sentíamos tocados desde mucho antes.

“Ruido Blanco” es quizás la mayor prueba de la fértil imaginación de la autora. Los sonidos tienen colores. Quizás los olores también. Todo es posible cuando leemos este cuento y nos permitimos dejar vo-

lar la imaginación. La protagonista decide dejar de escuchar el silencio, y aunque parece incongruente, ¿no nos hemos sentido así todos, en algún momento?

Ella toma su decisión, y de repente, podemos tomar nosotros la nuestra. ¿Qué queremos comenzar a ver, a oler, a escuchar... a entender?

Descubrimos además, en este cuento, una de las sorpresas de este libro. La musicalidad. Como si pudiéramos escuchar a la autora leernos los cuentos, o quizás cantarlos. No hay ruido blanco para nosotros, aunque la autora, en este cuento, nos demuestra su don para, con las palabras precisas, ponernos en una situación que no podríamos haber inventado nosotros.

“La sonrisa” es el cuento perfecto para detenerse un rato, cerrar el libro por un momento, echarse atrás y disfrutar. Sonreír. Pocas veces tenemos la oportunidad de decir que un cuento nos causa esa sensación. Sonríe Cindy, y no podemos evitar hacerlo también nosotros.

Finalmente, cerramos el libro con “El trapito de la señora Amelia”, que nos hace perder la razón, y recuperarla con su maravilloso final. Sí, yo también lo vi, señora Amelia. Lo vi, porque la autora me hizo verlo. Me dio la mano para llevarme a pasear con ella en este mundo fantástico, plagado de héroes y villanos, de gente común, de colores, de sonidos, de monstruos y de princesas.

Muchas gracias, Silvia, por el viaje.

LISSETE E. LANUZA SÁENZ (Panamá, 1984) Abogada por la Universidad de Panamá. Maestría en Globalización, Comercio Internacional y Mercados Emergentes por la Universidad de Barcelona. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2004 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Sus cuentos han aparecido en la revista *Maga*, y en los libros colectivos “*Soñar despiertos*” (2006), y “*Taller de Escapistas*” (2007). En 2010 publicó su libro de cuentos: *Destinos circulares*.

“La selectividad es el principio mismo del arte. Selectividad en el punto de vista, en la trama, en la caracterización, en la secuencia narrativa, en el dónde y el cuándo de la acción, en el modo de iniciar o concluir una serie de hechos, en el tema, en el estilo, en fin, en todos los componentes que el crítico analiza en un cuento. El narrador, al seleccionar, deja de lado lo que no le interesa. El impulso de elegir no es más activo que el de rechazar (,,,) El narrador revela su propósito con detalles que se destacan contra un fondo de omisiones”.

Enrique Anderson Imbert

Benditas Malas Costumbres

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

Una mirada a “*Malas costumbres*”, el primer libro de Enithzabel Castellón Calvo, parece ser una invitación al disfrute. La portada nos recibe con una copa de vino levantada, quizás previendo cómo nos sentiremos al terminar de leerlo.

Los 12 cuentos que componen esta entrega nos llevan a numerosos países, tiempos y lugares, para presentarnos a muchos personajes que parecen no tener nada en común. Hay, en el fondo, un hilo conector, esa humanidad que comparten, y que no puede ser más que intencional. No hay manera de leer este libro sin terminar con las emociones a flor de piel, a veces con ganas de llorar, otras riendo a carcajadas, pero nunca, nunca, indiferente.

“Friends Forever”, el primer cuento, hace reír hasta al más difícil de los lectores, y con bastante arte manda un mensaje que parece escondido entre las carcajadas. No es fácil distraer al lector de tal

manera. La Cuca Mendizábal es un personaje que todos reconoceremos – en alguien. Es por eso que nos reímos.

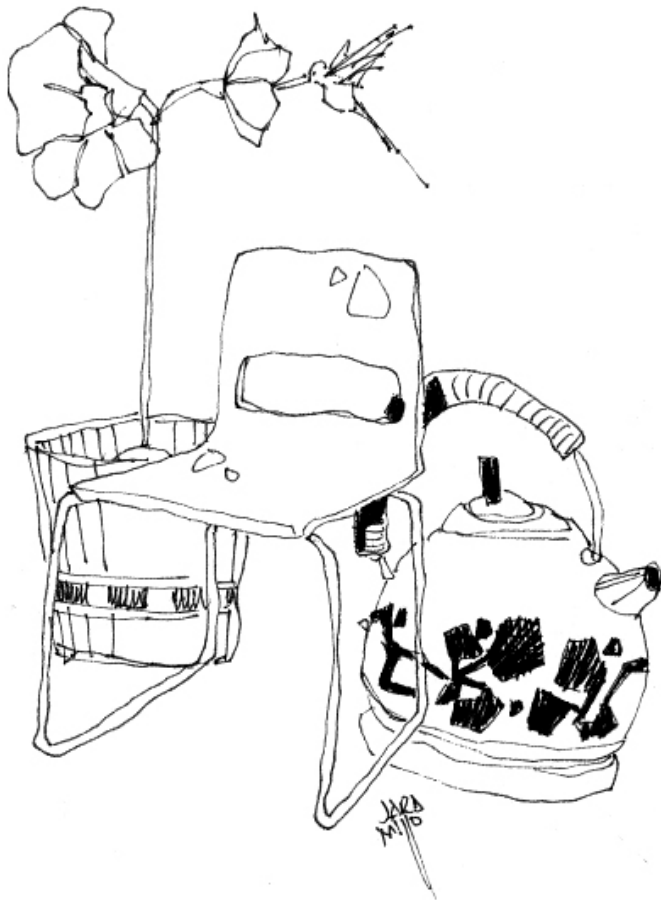
“Vuelos sin volar”, el segundo cuento de esta colección, y sin duda mi favorito, nos lleva en un viaje singular, descubriendo el mundo con su protagonista, para luego quitarnos el aire con su inesperado desenlace. Durante este cuento, más que ningún otro, me encontré tan a gusto caminando con nuestra protagonista, que no hubo tiempo para pensar. Al terminar me sorprendí a mí misma con lágrimas en los ojos, y tuve que cerrar el libro un rato.

“Un hombre como él” es otro tipo de cuento. Es curioso, porque los cuentos en este libro parecen dividirse entre cuentos bastante chistosos, pero con alma, y cuentos con alma que terminan con nuestro corazón un poquito oprimido y con ganas de abrazar a alguien. Este, sin embargo, es un cuento inteligente, y, a mi pa-

recer, algo cruel. Algunos de ustedes quizás prefieran ponerlo firmemente en la segunda categoría (quizás, los que lo hagan, sean en su mayoría hombres), pero para mí el cuento termina con una sensación de libertad que lo diferencia de los demás.

“Ida y Josef” me devuelven a esa narración que la autora maneja tan bien, un recorrido tan bien planeado y contado con tanta exactitud, que hace el final inesperado, porque uno está muy ocupado disfrutando el presente. Tal vez sea éste uno de los mayores aciertos de la autora, un gran manejo de la narración. No sobran las palabras, pero tampoco hacen falta.

Ya parece que hay tanto recorrido cuando al fin llegamos al cuento que le da nombre a la obra, *Malas costumbres*. Parece incongruente que alguien sea capaz de juntar tantos personajes disímiles en un cuento. Más aun, que el cuento no solo tenga



sentido, sino cadencia. Que casi pueda uno escuchar también esas voces, acompañándolo. Tal vez sea este el cuento más terminado del libro.

“Canción de despedida”, sin embargo, evoca otro tipo de reacción, la visceral, la que no se puede evitar, ni medir. Fue el primer cuento que leí de la autora y quizás por eso sigue siendo especial para mí. No todos los días se descubre a un escritor que uno pueda disfrutar, sin importar el tema.

“Viejo pendejo” nos devuelve la risa, que ya nos estaba haciendo falta. Enithzabel tiene un don para las voces, que

se muestra durante todo el libro, pero se hace evidente en este cuento, un largo monólogo que, sin embargo, nunca llega a aburrir. De esos que parecen ver a la persona, hablando, al lado tuyo, cada palabra perfectamente lograda. Se vuelve tu amigo, y el cuento se torna personal. Te lo están contando a ti.

No dura mucho la risa, sin embargo. “El peso de las murellas”, el cuento más largo del libro, nos va desentrañando un misterio para dejarnos profundamente conmovidos con su final. Creo que solamente el que no tiene corazón será inmune a este cuento. Los demás, nos resignamos a sen-

tir, y a disfrutar sintiendo, porque pocos libros logran despertar las emociones como éste.

“Representante de ventas”, “Todo un Peña” y “A que no adivinas” vuelven a ese tono chistoso, que, no tan en el fondo, manda un mensaje. Muchas veces hay libros que parecen querer enseñar algo, más que contar una historia. Este no es uno de esos. Aquí hay historias, muchísimas historias, todas diferentes, pero en todas hay un mensaje. Ya será cuestión del lector si decide simplemente disfrutar de la historia, o captar el mensaje.

“Haynes Castle”, el último cuento del libro, evoca una melancolía que nos hace cerrar el libro con algo así como una resaca. Ha sido muy bueno el viaje, casi que demasiado, pero al final, siempre quedan ganas de más.

La literatura panameña esta colmada de muy buenos escritores. Enithzabel Castellón Calvo se estrena con este libro, lista para tomar su lugar entre ellos, gracias a su talento narrativo, su don para las voces y su capacidad de hacernos sentir con cada palabra.

Termino así, aunque terminar esta reseña es agrídulce. He acabado el recorrido, nuevamente. Ya no me queda nada por descubrir. Pero no es con un adiós, sino con un hasta siempre para esta escritora a la que, seguramente, estaremos viendo nuevamente por ahí. Ya somos *Friends Forever*.

Todos somos esa segunda persona

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

No es fácil meter 21 cuentos en 64 páginas. Es más, si se lo pusieran como tarea, me atrevo a decir que lo encontrarían, no solo difícil, sino que casi imposible. **Segunda persona**, el primer libro de Isabel Burgos, no es solamente un maravilloso ejemplo de concisión, es también, una de las mejores muestras de calidad en esa concisión que se han visto últimamente en Panamá.

Quizás el mayor logro de esta obra es cómo, en tan pocas páginas, nos muestra el espectro de las emociones humanas. Hay un poco de todo, pero en el fondo se puede reconocer un estilo único en la autora. Un toque de humor, aunque a veces el humor sea algo negro. Una chispa de ese algo que es difícil de poner en palabras, pero infinitamente fácil de reconocer. Ya sea los lectores casuales, los que agarran un libro, leen un cuento y tres días después leen otro, o aquellos lectores ob-

sesivos, como yo, que no sueltan el libro hasta la última página, todo el mundo encontrará algo a su gusto en **Segunda persona**.

El cuento que le da nombre al libro, y que casualmente, es el primero, resulta un ejemplo perfecto. Media página es todo lo que necesita la autora para que nos identifiquemos con el personaje, para que sintamos lo mismo, para que estemos de acuerdo con lo que dice.

“Llover”, es quizás la mejor prueba de ingenio en el libro. Hay en algún lugar una observación, me atrevo a decir un mensaje, pero lo que resalta es la manera imaginativa de contar la historia. Lo demás lo vamos absorbiendo, casi por osmosis.

“El poeta” es uno de mis cuentos favoritos. Hay algo mágico en el juego de palabras con las que vamos descubriendo a aquel personaje que si no escribe, no es. Existen muchísimos cuentos sobre el escritor escribiéndose a sí

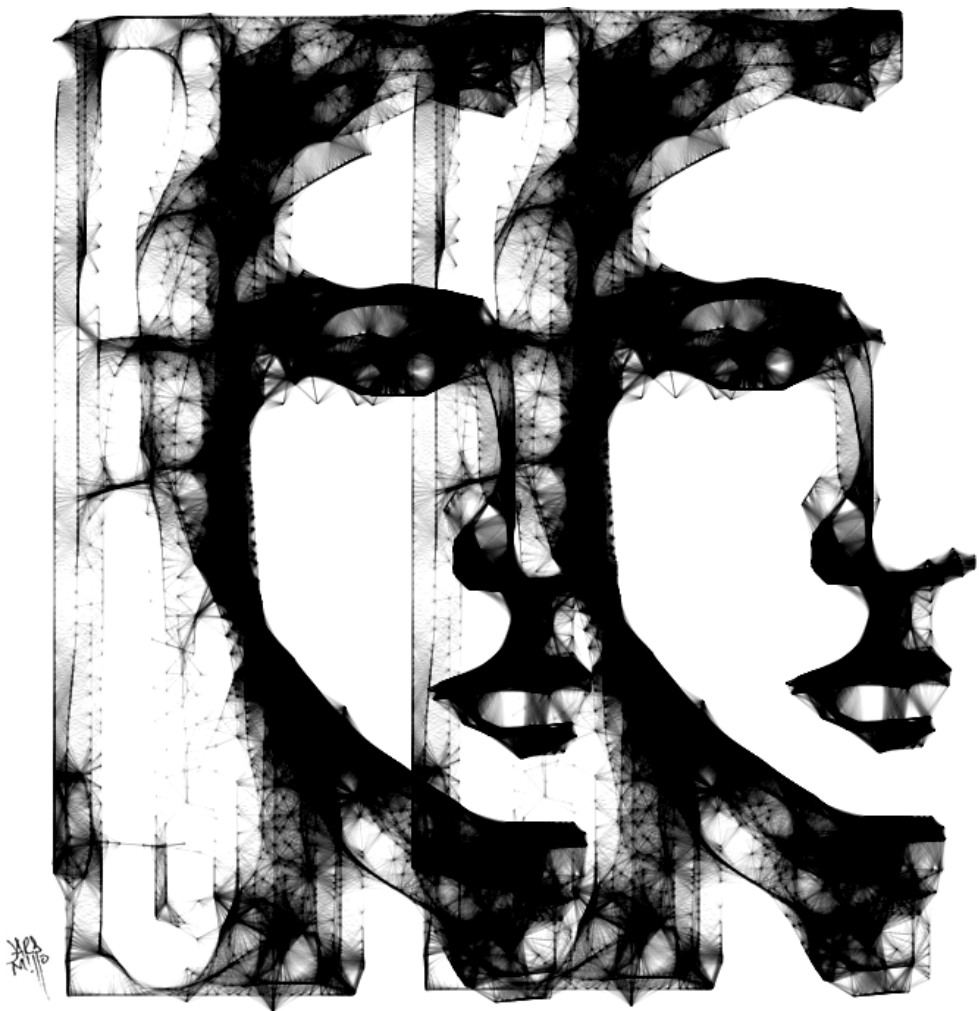
mismo, pero a mi parecer, a pesar de eso, este resulta, no solo fresco, sino también inspirador.

Terminamos la primera parte del libro con “La Otra”, un cuento dedicado a Borges en el que se puede reconocer a una fanática. Y no una fanática cualquiera, sino una con talento.

Comienza la segunda parte de esa división que sirve para darnos la impresión de más, con “Carabé”, un cuento lleno de magia. Corazón, muñeca, belleza, hermosura, todas somos una misma, porque al final todas las historias son una sola historia.

“El gringo” nos lleva de paseo a ese Panamá que todos conocemos, y que, a veces, parece tan interesante al que viene de afuera, mientras que “La pelea” nos deja con ese sabor Caribeño, casi como si recién hubiéramos escuchado a Celia Cruz cantando para nosotros.

“La boda”, nos ofrece cinco puntos de vista sobre la misma



historia. Es lo normal, todo el mundo ve las cosas a su manera. Pero el punto de vista de la autora es lo más interesante de este cuento. Y aunque este parece ser uno de esos cuentos diseñados para una risa rápida, es, en el fondo, muchísimo más. Si tuvieran que leer uno solo (y porque tendrían que hacerlo, no quiero ni imaginarme), debería ser este.

“Las palabras” nos devuelve exactamente eso, de una manera inusual. Y “Conocidos” nos las roba, porque entendemos perfectamente a su protagonista.

Sabemos cómo se siente.

Hay muchísimas observaciones en este libro, sobre el día a día, las personas, los sentimientos. Ninguno de ellos se siente como una repetición, quizás por la ingeniosa manera que tiene la autora de mezclarlas con una historia, o utilizar situaciones fuera de lo común para hacérselas entender. Está quizás aquí la magia de este libro, en hacernos ver lo común de maneras inesperadas.

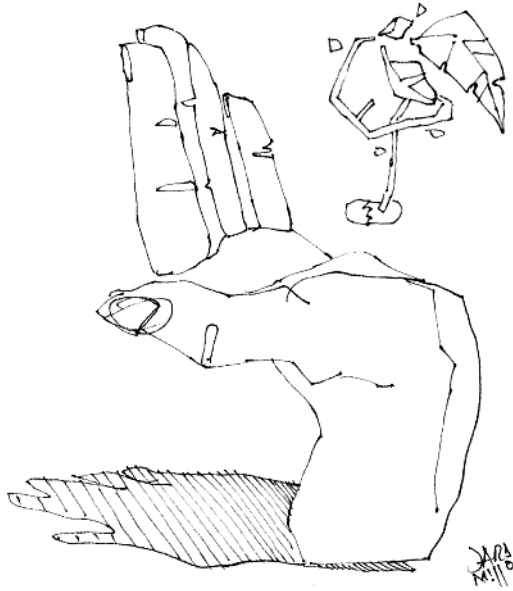
“Viva” es prueba de esto. La historia se va desarrollando en un tono completamente inespere-

rado, que sin embargo, dice mucho de todos nosotros. “El ascensor” y “Viernes Santo” son también maravillosos ejemplos de un punto de vista que entendemos, con el cual nos podemos identificar, pero que nunca, nunca, habríamos expresado como la autora. Eso es lo que divierte.

La tercera parte del libro parece querer desviarse de la norma, o al menos, poner un poquito más de sentimiento. Los cinco cuentos se concentran en un ámbito religioso, de una manera fresca y desinhibida. Isabel Burgos no alecciona, solo cuenta historias, de esa manera tan particular que tiene, y deja que nosotros decidamos.

“La confesión” me deja un buen sabor de boca. ¡Siempre quise saber lo que pasaba! “La padra” tiene un poquito de aquellos recuerdos de niña, mientras que “Los santos” y “La procesión” tienen una frescura casi infantil.

Termina el libro en buena nota con “Los niños” y quizás, gracias a este cuento, nos queda una sensación de ternura. De que sabemos más que cuando empezamos a leer, porque alguien logró contarnos cosas que ni nos imaginábamos. Y tenemos muchas ganas de volver a leer.



Destinos circulares

de Lissete E. Lanuza Sáenz

POR ENRIQUE JARAMILLO LEVI

I
Presentar este primer libro de cuentos de Lissete Lanuza Sáenz representa para mí un enorme placer y, al mismo tiempo, una responsabilidad singular. Un placer, porque se trata de una amiga muy especial, a quien he visto crecer literariamente, adquirir poco a poco una substancial dosis de experiencia escritural y malicia: dos elementos muy importantes en el desarrollo de un escritor –escritora en este caso– que da el salto cualitativo hacia el descubrimiento de su propia voz. Pero una responsabilidad singular, debido a que los primeros comentarios críticos que recibe en público una persona que empieza a darse a conocer en cualquier oficio artístico, pero sobre todo en el de la creación literaria, pueden marcarla para siempre, para bien o para mal.

Sin embargo, **Destinos circulares** –permítaseme decirlo de una buena vez– es una ex-

celente colección de cuentos, un libro del que a mi juicio Lissete podrá sentirse orgullosa dentro de cinco, diez o veinte años, porque lo caracteriza sin ambages un factor esencial: el talento. Los 29 cuentos que lo integran respiran sensibilidad, inteligencia, sentimiento, y dominio del oficio. Les garantizo que no es, en absoluto, poca cosa.

Quienes nos movemos en el mundo de las letras, y muy particularmente en el de la literatura panameña, sabemos –o deberíamos saber– que desde hace dos décadas han surgido numerosos nuevos cuentistas nacionales de valía cuyas obras añaden corporeidad notable, pero también alma, a la producción narrativa nacional; aunque la mayor parte de la comunidad no se haya percatado de ello, ni le importe. En efecto, entre 1990 y 2010 han aparecido alrededor de 90 nuevos cuentistas panameños –hombres y mujeres de muy distinta edad,

algunos de los cuales han seguido publicando más o menos sostenidamente y otros no. Aunque no sea fácil demostrarlo, estoy convencido de que entre estos al menos el 40% son creadores que se toman muy en serio su oficio y que, dado su talento, parecen destinados a permanecer. Además, hay un número apreciable de otros cuentistas interesantes que, sin haber publicado aún su primer libro, aparecen ya en algún libro colectivo o habrán de hacerlo muy pronto; o que simplemente se preparan para dar ese arriesgado paso en la vida de todo escritor, que es el de publicar. Por ejemplo, en el reciente número doble (66-67) de la revista cultural “Maga” que dirijo, aparecen 11 nuevos cuentistas egresados del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Y de los talleres literarios que se dictan a cada rato en nuestro país siempre están saliendo nuevos cuentistas.

En este sentido, de entre quienes han publicado al menos un libro dentro de ese corpus al que aludo de cuentistas nuevos que vienen empujando su entusiasmo y su talento hacia su realización plena, Lissete es la más reciente en dar a conocer un primer libro; y una de las más jóvenes. También, por su preparación en el Diplomado en Creación Literaria 2004 de la UTP, y en varios talleres posteriores –tanto míos como del colega Carlos Oriel Wynter Melo-, pero sobre todo por su propia denodada tenacidad y deseo de superación, una de las más persistentes y pulidas. Al grado de que ya en este libro –ustedes podrán comprobarlo cuando lo lean- reluce con luz propia. Y ya hay una segunda obra, **Ad infinitum**, que obtuvo una Mención Honorífica en el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2010, de la UTP, que tal vez podría publicarse ya el próximo año.

II

Resulta evidente que lo primero que un buen cuentista debe saber hacer es contar una historia. Para que ello ocurra, se debe elegir una forma –una técnica o conjunto de técnicas- que sea adecuada, y de paso tan interesante como la historia misma. En eso, dicho en una nuez, consiste el arte de escribir bien. Ni más ni menos. Pero, ¿cómo llegar a ese punto? Es ahí donde generalmente en los nuevos autores

“la puerca tuerce el rabo”, para echar mano de un coloquialismo un poco olvidado.

Esta escritora aprendió, con paciencia y esfuerzo, el “know how” del asunto; pero obviamente no se trata, esto de escribir bien –no vaya a creerse-, de “soplar y hacer botellas”, o de recurrir a un simple manual de procedimientos tipo ABC, y “voalá”: resultados al vapor. La creación literaria bien entendida, tanto en su gestación como en su desarrollo y dominio final, requiere ingredientes personales muy singulares, además de conocimientos y prácticas que no es este el sitio para dilucidar, aparte de que terminaríamos dentro de varios meses, por lo menos; entre otras razones, porque requiere tiempo y paciencia.

Lo que trato de decir es que **Destinos circulares** es un libro cuajado, sólido. Por bien concebido y bien ejecutado, abre caminos a la imaginación y trae aire fresco a nuestras letras nacionales. Estas historias hablan fundamentalmente de la relación de pareja, de los amores que por alguna razón no cristalizan, del desamor, de la decepción, del vacío existencial que a veces provocan. Pero al hacerlo profundizan en forma sintética –válgase la paradoja- en el mundo interior del personaje, y en cómo lo que se hace, se dice, se imagina o se espera afecta lo que finalmente sucede, o deja de suceder. Ni más ni menos que como también ocurre en la vida misma, ya sea por falta de experiencia,

por ejercer osadías que terminan no cuajando, por incapacidad del otro, o por inseguridad propia. El ser humano retratado, sobre todo cuando se es joven.

Lissete Lanuza Sáenz, que sin duda es una excelente cuentista en este libro suyo, ha sabido recrear estas constantes, mirarlas con una perspectiva crítica, y al mismo tiempo presentar sus materiales con una comprensión y elegancia estética que, en sus maneras de narrar, la revela como una escritora talentosa. Así, cada cuento, independientemente de los que el lector considere los mejores, pone de manifiesto esa clara vocación, ese difícil oficio.

Si adoptáramos la fácil modalidad de concebir cuatro grandes tipos de cuento en el mundo literario, en relación con lo que en ellos predomina, hablaríamos de cuentos de personaje, cuentos de acción, cuentos de ambiente y cuentos de situación. Por supuesto, no es inusual que a menudo dos o más de estos índices clasificativos, que no dejan de ser un poco esquemáticos y hasta superficiales, se combinen en un mismo texto. Si tuviera que generalizar en el caso del libro que esta noche nos reúne, me atrevería a decir que en **Destinos circulares** lo que sobresale como elemento unificador de la mayoría de los cuentos es la creación de situaciones en las que los personajes se ven inmersos. Situaciones que, con un mínimo de ambientación y con la presencia coyuntural de

personajes que la autora no busca necesariamente desarrollar porque ese no es su objetivo, determinan sin embargo una manera de ser, de comportarse. Además, en términos generales se trata de personajes reflexivos, en los que la introspección es una forma de estar en el mundo, en sus propios mundos cerrados y a veces angustiosos. Personajes que pese a su breve aparición, pues breves son todos los cuentos, en no pocas ocasiones padecen ansiedad, sufren, se recriminan a sí mismos. Pero es por la situación en que se ven inmersos. Lograr esto en un cuento corto no es tarea fácil. Lissete, no obstante, sale literariamente airosa.

La decepción amorosa, las expectativas largamente sostenidas y que a la larga no se materializan, la incomunicación, la soledad, y a su vez la tristeza y el dolor que tales situaciones producen, son algunos de los temas que dominan en buena parte de estos cuentos. Podría decirse entonces que, por ese lado, existe una clara unidad temática en el libro. Pero el manejo de la ironía, de la

contención, y el logro de un tono narrativo adecuado a lo que se cuenta, son elementos que le añaden valor estético a estos cuentos y los sacan airosamente de la trivialidad y la chatura, ya que así adquieren el valor agregado de una perspectiva artística con una visión de mundo muy particular.

No cabe duda que en materia de arte y literatura el gusto personal, alimentado por elementos tales como la formación, la sensibilidad y hasta los prejuicios, determina la percepción y, sobre todo, la calificación que hace el receptor de una determinada obra. La mía es la siguiente: de los 29 cuentos de este primer libro de Lissete Lanuza Sáenz, a mi juicio hay 17 muy buenos, de los cuales 12 son excelentes; ellos son: “Este cuento se ha acabado”, “En un abrir y cerrar de puerta”, “Una noche de terror”, “Destinos circulares”, “Rutina”, “Desnuda”, “Accidente”, “Decisiones”, “El patriota”, “Cassandra”, “Pequeños milagros” y “Camuflaje”. Excelente quiere decir, para mí al menos, y resumiéndolo en una sola frase, la perfecta fusión de

fondo y forma sin que uno de estos elementos estructurales sobresalga sobre el otro; y que, además, el cuento de tal mérito estético tenga, también, una dimensión humana memorable.

No es el momento ni el lugar de analizar estos cuentos; pero debe hacerse. Debe hacerse en círculos de lectura, en talleres y en peñas literarias, así como más académicamente en cursos sobre narrativa breve contemporánea en Panamá; porque no es frecuente que una autora tan joven irrumpa en el mundo de las letras nacionales con un primer libro tan bien logrado. Por tanto, les recomiendo con mucho entusiasmo la lectura de **Destinos circulares**.

¡Felicitaciones, Lissete!

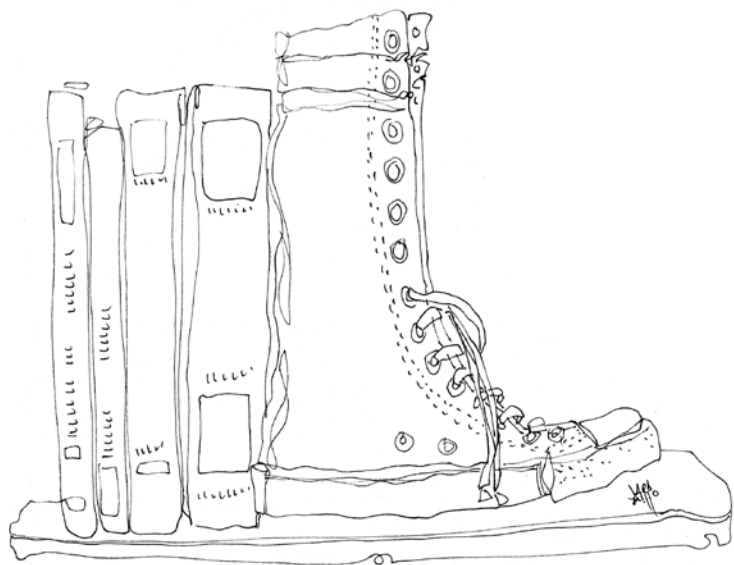
* Texto leído el 14 de diciembre de 2010, en la librería Exedra Books, Ciudad de Panamá, durante la presentación de **Destinos Circulares**, de Lissete E. Lanuza Sáenz.

“ El cuento tiene que terminar alguna vez. Puede terminar con un desenlace redondo, que satisfaga la expectativa creada a lo largo del cuento -solución a un problema o sorpresa final- pero también puede terminar dejando la impresión suspendida en un dilema o en una sugerencia abierta a interpretaciones”.

Enrique Anderson Imbert

EN TORNO A LOS 20 AÑOS DE ESCRITOR DE DAVID RÓBINSON

POR ENRIQUE JARAMILLO LEVI



Si mal no recuerdo, conocí a David Róbinson hacia 1990, cuando yo era Jefe del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura. Tomó un taller de cuento que, a través de mi persona, el INAC ofrecía en el IPA. En ese taller estuvieron, entre otros, Félix Armando Quirós Tejeira y Allen Patiño, quienes pasando el tiempo se convertirían en estupendos cuentistas, aunque de producción parca y medida. También estuvo en ese taller Óscar Isaac Muñoz, quien publicaría un solo libro de cuentos varios años más tarde, muy bueno por cierto, y lamentablemente luego desaparecería del mapa literario nacional, por causas desconocidas.

Desde el INAC fui el editor del primer libro de cuentos de David: **En las cosas del amor...**, en 1991; y pasando el tiempo, desde la Coordinación

de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá volví a serlo, de su segundo libro de cuentos, y a mi juicio el mejor hasta la fecha: **Vértigo** (2001). Si mal no recuerdo —y conste que ya son tiempos estos en que la memoria empieza a jugarnos trucos o, de plano, le da por ausentarse, en cuyo caso inventamos, para algo somos escritores—, **En las cosas del amor...** es un libro en que las historias no tienen títulos, y en que la voz de un mismo narrador, al estilo de Sherezada, sostiene con su pulso los fragmentos que va reconstruyendo, conjunto de experiencias amorosas que terminan en fracaso. Ese libro, que David y yo tallé en diversas ocasiones en mi oficina del INAC, apareció en la colección que me saqué de la manga en aquella época al convertir, de hecho, al Departamento de Letras en una mini-editorial paralela a la

Mariano Arosemena que ya existía en la institución, pero daba pocos frutos: “Nuevas letras de Panamá”.

Aquel primero libro tenía algunos defectos, pero prevalecían a mi juicio los logros. David sabía contar historias, y sabía que tenía que encontrarle la quinta pata al gato no apareciendo él como el narrador del libro, sino creando otras instancias que, por su autonomía, tuvieran sus propias razones de ser: un lenguaje particular, personajes, atmósferas, situaciones. Si un cuentista o un novelista no entiende eso, lo que escribe son sus memorias, buenas o malas; o tal vez crónicas periodísticas incapaces de salirse de un realismo aprisionante y falto de imaginación, mas no verdaderas obras de ficción literaria. David aprendió desde el principio los secretos de la verdad estética, porque sin renunciar a la vida, a menudo estrujante o cruel, buscaba crear arte.

Con **Vértigo**, a mi juicio, lo logra ya plenamente. Hay ingenio, dominio del oficio. Hay personajes diversificados, creación de ambientes, una visión de mundo. Cada cuento de ese segundo libro es un mundo cerrado, autosuficiente. Desde ahí en adelante habría de confirmarse que hay escritor pa' rato. Y el tiempo además ha revelado, en nuevas obras, el surgimiento firme del poeta y del pensador; ambas instancias del escritor versátil que es David saben hurgar en lo sórdido pero también en la belleza que permea al mundo.

Por otra parte, me parece que es pertinente recordar que al inicio de la década de los noventa del siglo pasado --en septiembre de 1991--, reuní en un **Primer Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes** a quienes iban surgiendo por aquellos años en el mundillo de las letras nacionales. Ese cónclave, que duró tres días, dio frutos, porque no sólo se conocieron entre sí creadores que pese a lo pequeño del país ignoraban entre sí sus existencias, sino porque consolidó obras incipientes y motivó una actitud crítica frente a la realidad del país y de la literatura. De este foro convocado desde el INAC, quedó la *Memoria* que logré que se editara en esa institución al año siguiente, en la que se recogieron todas las ponencias del Encuentro; un libro titulado **Intentemos la utopía**, de 224 páginas, que puede

ser consultado en la Biblioteca Nacional "Ernesto J. Castillero R." David Róbinson, autor inédito en aquella época, participó activamente en aquel Encuentro, junto con muchos otros jóvenes escritores de esos años. Doy algunos nombres: Pablo Menacho, Porfirio Salazar, Carlos Fong, Juan Antonio Gómez, Leadimiro González, Leoncio Obando, Félix Armando Quirós Tejira y Pedro Correa Vásquez (q.e.p.d.), entre otros. Después nacerían el grupo y la revista **Umbral** (aparecieron cuatro números de esta publicación valiosa), y los talleres surgidos de dicho grupo que formaron varios de esos nuevos escritores, quienes así aprovecharon el impulso que significó en sus vidas el aludido Encuentro. David Róbinson fue partícipe de todas esas instancias.

David y yo hemos tenido fuertes divergencias, unas explícitas y otras un poco tortuosas. Ha habido épocas en que por mucho tiempo nos hemos dejado de hablar. Esto lo saben algunos amigos mutuos. Pero siempre hemos procurado, tarde o temprano, rescatar el respeto y la admiración por el otro, aunque no siempre lo hagamos a los cuatro vientos, ni a los tres vientos, ni a los dos. Ahora estamos, parece, en una buena racha. De otra forma yo no estuviera aquí, ni David me hubiera pedido estarlo y hablar hoy sobre lo que se me pegara la gana en relación a sus 20 años como escritor. Eso hago.

Decir mi verdad. Como debe hacerlo todo escritor que se respeta.

David Róbinson ya tiene, desde hace bastante tiempo, un sitio en las letras panameñas. A menudo como francotirador, como espantapájaros de las rigideces escleróticas y de los pseudo-valores del sistema y de la literatura misma. Y eso es bueno, es sano. Ayuda a avanzar. Si mi respeto por su obra se basa, en parte, en esa permanente actitud suya, irreverente y no obstante bien afincada en la tierra firme o movediza de la realidad y el arte, debo confesar en cambio que ignoro en qué se base su respeto por la mía, por mi obra. En realidad nunca me lo ha dicho, porque cuando ha prometido escribir algo al respecto ha terminado por no hacerlo. Pero eso ya es harina de otro costal, y por supuesto no importa esta noche. Lo que importa es celebrar los 20 años de escritor de David desde el respeto y la amistad. Porque se lo merece, ha trabajado duro y bien. Y porque, ya se sabe, 20 años no se fuman en pipa.

Panamá, 18 de noviembre de 2010

*Texto leído en el acto de celebración de los 20 años de escritor de David Róbinson, el 18 de noviembre de 2010 en el centro cultural "Huellas".

Música de las esferas

¿canción de los sonidos del silencio o sinfonía del agua?

POR MELQUIADES VILLAREAL CASTILLO

Para Silvia, en Navidad.

Los días previos a la Navidad nos envuelven con las frescas caricias de los vientos del norte para invitarnos a compartir en familia. Eso es lo usual. Sin embargo, en esta Navidad, sentí una inquietud diferente atraído por el lujurioso amarillo de la portada del cuentario **Música en las esferas** de Silvia Fernández-Risco... Ese sentimiento pudo más que lo usual y terminé leyendo el texto completo...

La obra se compone de nueve cuentos, en los cuales pululan personajes cotidianos, los cuales, al ser pintados con la pluma de Silvia cobran una dimensión diferente junto con sus acciones y con su hábitat. Se convierten en fina poesía. Me negué, como siempre lo hago a leer el prólogo, tal y cual hago con cualquier prólogo, del maestro Ernesto Endara, debido al temor conocido

de dejarme influir por una lectura ajena; sin embargo, terminé convencido de que Endara tiene razón en cada una de las apreciaciones expuestas.

El cuento que hereda el nombre a la colección parte de un referente inusual, pues recuerda que según Pitágoras: “*los cuerpos celestes producen sonidos que al combinarse forman la llamada música de las esferas.*” Difícil sería comprender esa afirmación cósmica, si no existiera el amor como acto de carne y espíritu en el cual los cuerpos se asfixian en la muerte placentera del orgasmo. Por ello, la protagonista que gozó la música de las esferas, nos cuestiona acerca de lo que experimentaba Pitágoras cuando hizo la aseveración citada, insinuando que, simplemente, estaba viviendo un acto de placer de la carne.

La mujer tiene su misterio y sólo algunos elegidos tienen la capacidad de comprenderlas, de saber decir a sus oídos el exitoso

secreto que el Ratón Pérez supo susurrar a oídos de la Cucarachita Mandinga. Por ello, en el relato **El Piso cuarenta y siete** Yamileth desnuda la voz de la mujer que siente deseos incógnitos de expresar el mundo que vive en ellas. Así, a pesar de que era un ama de casa feliz, porque tiene todo lo material, se deja seducir por un anuncio de periódico en el cual un caballero solicita ver una dama. Es interesante la forma cómo, Yamileth cuando sube al piso, no puede controlarse y toda su libido la impulsa a desvestirse, a sentirse liberada de las ataduras sociales y la llevan a comprender que nació para eso, entiende que desnuda y anhelante en un elevador es una Yamileth nueva o, lo más sugestivo: que es la más antigua de todas.

Dilbia yyo es un cuento en el cual afloran dos polos – opuestos y complementarios simultáneamente – la persona perfecta y material en confrontación con la

soñadora idealista. Sin embargo, amigo lector, lo más trascendente es que ambas, en el momento final, descubren que su esencia como mujer está impregnada de cuerpo y de sueños.

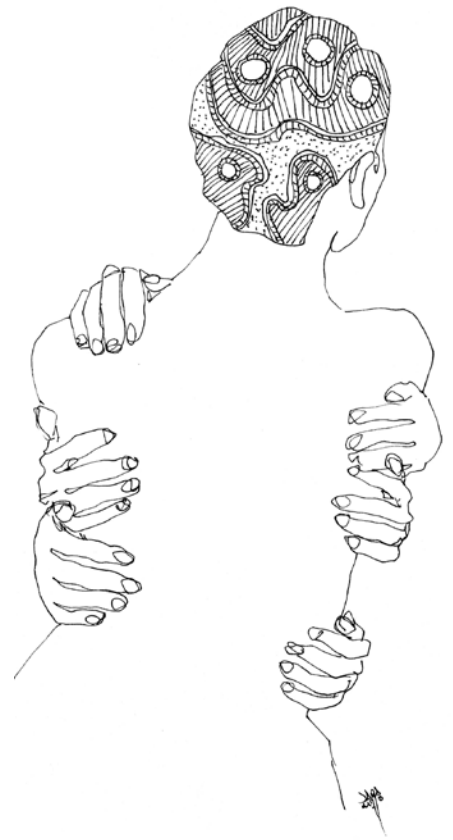
La sinfonía del agua la vamos a percibir a plenitud en los relatos *Acuática*, *Danza marina* y *Agüita de elefante*, donde los personajes descubren en el agua la esencia de la vida, pues el líquido forma nuestros cuerpos, nos desinhibe de nuestros temores y funge como combustible capaz de hacer funcionar los motores del amor, sentimiento que nos permite soñar y que, como sugiere Silvia, en singular sinestesia, nos permite escuchar los colores del arcoiris.

La sonrisa es un cuento que describe la esencia de muchos casos que denuncian los diarios de nuestro país, donde las mujeres son maltratadas. Nos relata la experiencia de Amelia, una mujer perfecta de acuerdo con los convencionalismos sociales, ya que se dedica en cuerpo y alma al marido, tanto así que para celebrar los nueve meses de boda adorna un jarrón con perfumadas flores, las cuales despiertan sus celos y ha-

cen que le propine una golpiza. Él, claro está, va a la cárcel; a ella, en el hospital le reconstruyen con un tratamiento milagroso su faz y con ella su sonrisa; pero aprende que la misma no debe ser prodigada a todos, sino a quienes se la merecen.

El trapito de la señora Amelia es el cuento que cierra la colección. Narra los caprichos de una mujer que tiene una obsesión hiperbólica por la limpieza, por lo que imagina animales y bestias donde no los hay, situación que no es comprendida por su doméstica, hasta que – por decisión del esposo – solicita la ayuda de una ambulancia y ve que en el trapito blanco que ella utilizaba para limpiar la más mínima mácula de su hogar, conviven las fieras que todos creían producto de su imaginación, evidenciando la locura del personaje que también puede ser un fruto de la soledad y de la incompreensión.

Para finalizar, me atrevo a afirmar que *Música en las esferas* de Silvia Fernández-Risco es una obra interesante, en la cual el ritmo interno nos hace danzar el placer de la lectura en cada uno de los relatos.



MELQUIADES VILLAREAL CASTILLO. Peña Blanca de Las Tablas, 1965. Magister en Literatura Hispanoamericana (1997). En 2005, becado por la Fundación Carolina alcanza el título de Maestría en Lexicografía Hispánica en la Real Academia Española (Madrid, España). Investigador consagrado. Ha dedicado gran parte de su labor profesional a la investigación de las Literaturas Hispanoamericanas, y Panameña. En 2003, gana el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró, sección ensayo, con la obra: *Esperanza o Realidad: Fronteras de la Identidad Panameña*.

"La acción de un cuento recorre varias fases: exposición, complicación, crisis, desenlace. Cada una de estas fases produce sentimientos específicos. Entre la crisis y el desenlace se produce el climax, que es el grado de más intensidad sentimental. Cuando la crisis y el desenlace se juntan o coinciden, el climax viene a coronarlos".

Enrique Anderson Imbert

Ciudad del saber: un legado en construcción

POR MAGELA CABRERA ARIAS

Arquitecto, historiador, ensayista, son varios los oficios amalgamados en la figura de Eduardo Tejeira Davis, autor de *Ciudad del saber: un legado en construcción*, quien parece subyugado por narrar una historia ya de por sí única y fascinante. La transición de un lugar que fue dedicado a la guerra en un territorio consagrado a la búsqueda del conocimiento - La Ciudad del Saber-

Difícil hallar a alguien más calificado para ensamblar en una obra diversas perspectivas que este arquitecto que ha dedicado muchas horas de su vida, con inagotable paciencia y renovado entusiasmo, a describir en su detalle y en su contexto las urbes de Panamá.

La afanosa búsqueda de retrotraer lo vivido forma la arqueología del saber. De todo aquello que está en el espacio, en

continuo cambio, solamente los lugares que se entremezclan con nuestra emocionalidad despiertan el deseo cognitivo. Así retornamos al terreno que hemos atravesado, porque volver a sentirlo en una nueva posición nos sitúa en el mundo del aquí y el ahora. Esto es lo que el lector percibe al leer esta obra.

Tejeira describe con rigor académico al tiempo que entretiene con una crónica plena de comentarios y referencias singulares, y se convierte en un intermediario insustituible entre la curiosidad del lector y datos socio-políticos, descripciones ambientales, asuntos patrimoniales y fechas históricas relativas a la presencia civil y militar de Estados Unidos en Panamá y al cambio arquitectónico y urbanístico de la antigua Zona del Canal.

La obra aporta una comprensión del espacio que ahora

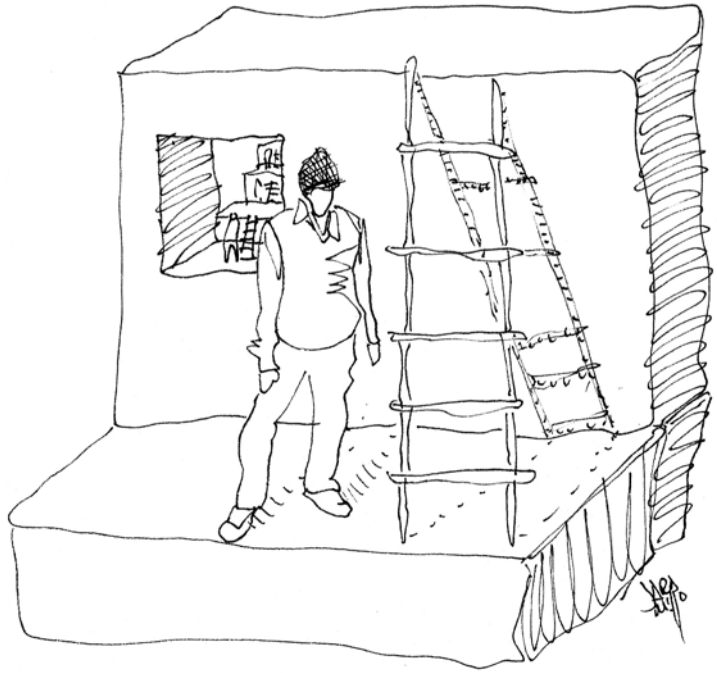
ocupa la Ciudad del Saber que toca hitos históricos estructurales, símbolos de identidad y que palpa la vivencia del área - primero descrita como de potreros y ciénegas ribereñas y luego como una base militar- mediante testimonios diversos y abundantes imágenes. Esa visión se ve enriquecida por la dimensión del tiempo, puesto que cubre un amplio periodo histórico; desde finales del siglo XIX hasta la década más reciente cuando se realiza la casi increíble transformación de lo que fue Fort Clayton Army Reservation en la instalación dedicada a sembrar conocimiento, magistralmente nombrada: Ciudad del Saber.

En una suerte de periplo, el autor nos lleva en un recorrido que se inicia en tiempos lejanos, Entre el camino de Cruces y el Río Grande -título del primer capítulo-, a conocer la configuración geológica así como la flora y

la fauna de la zona transísmica, narrada a través de testimonios como los del geógrafo alemán Moritz Wagner, quien la describió en 1857. El capítulo incluye el periodo posterior a la aprobación del Canal Zone Act que determinó la construcción, en 1919, -en un paraje rural localizado entre el Río Grande y los legendarios caminos de Cruces y Gorgona-, de la base militar norteamericana de Clayton -sucesora del Miraflores Dump- como parte de un plan de defensa del canal.

El segundo capítulo, Evolución arquitectónica y urbanística en la antigua Zona del Canal, sorprenderá a los lectores con detalles inusuales y extraordinarias fotografías y mapas de la arquitectura impulsada por la Isthmian Canal Commission y sus sucesoras quienes, desde 1904 hasta 1979, construyeron nuevas tipologías arquitectónicas considerando el clima, el aseo y particularmente las inflexibles jerarquías de la empresa. La descripción incluye las modestas barracas de madera; la arquitectura monumental historicista de la década de 1910; la de construcción de concreto y madera de los años treinta y cuarenta; y el modernismo de los cincuenta.

La Arquitectura y los paisajes de Ciudad del Saber, título del tercer capítulo, refiere la evolución de las 120 hectáreas que conforman actualmente la Ciudad del Saber, con base en la información del libro *The Guarding Gates: the story of Fort*



Clayton, rescatada sabiamente por Tejeira resaltando los valores arquitectónicos, urbanísticos y paisajísticos -que según nos dices- debieran ser repensados desde una perspectiva de la sociedad civil panameña.

La Cuestión patrimonial, capítulo final, refiere los esfuerzos hechos por inventariar y proteger los bienes culturales de la antigua Zona del Canal. El autor relata las dificultades que ha atravesado la sociedad panameña para llegar a acuerdos sobre qué valores deben preservarse, dada la persistencia de emociones contradictorias, parcialidades e incomprensión sobre el patrimonio zoneita que se ha percibido como foráneo.

Esta obra plasma la consciencia de la Fundación Ciudad del Saber - cómo un miembro de un espacio vital con una personalidad específica- y la convicción de que solo quien sabe lo que fue

puede valorar lo que es. Precisamente por ello, ha asumido la responsabilidad de salvaguardar el patrimonio y transformar una antigua base militar en un conjunto dedicado a impulsar la cooperación entre centros de investigación, universidades, empresas y organismos internacionales, al tiempo que coadyuva a difundir conocimientos científicos y humanísticos para el desarrollo del país y de la región.

La obra *Ciudad del saber: un legado en construcción*, invita a una reflexión e induce a emular los esfuerzos no solo de conservación patrimonial, sino de compromiso solidario con la difusión del conocimiento.

MAGELA CABERA ARIAS. Arquitecta, escritora y fotógrafa. Profesora de la Universidad de Panamá y consultora independiente en temas de desarrollo. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP, aparece con varios cuentos en el libro colectivo *Contar no es un juego* (2007).



Alas de mariposa

POR MARISIN REINA

Era una mañana fría y gris de invierno, el sol casi no lograba traspasar la enmarañada barrera de oscuridad.

El viento azotaba violentamente los arbustos y se podía sentir su frialdad hasta lo más profundo del ser. Se avecinaba una tormenta desde las montañas.

La tierra recibe las primeras gotas y en silencio se ahoga lentamente.

Un auto se acerca por la larga carretera desafiando la espesa niebla y sin poder avanzar más se detiene. Dentro, una silueta enciende un cigarrillo, el humo se confunde con la niebla. Decide bajarse. Es un hombre alto y robusto. Se arregla el cabello desordenado bajo el sombrero. Le sigue su perro.

Camina hacia la parte trasera del auto y saca la escopeta del baúl. Le dirige una mirada a su compañero y juntos empiezan a caminar hacia la montaña. El paisaje despierta con los ladridos del perro que cree adivinar los pensamientos de

su amo. Éste le da unas palmadas en el lomo y la cabeza como lo ha venido haciendo desde que era un cachorro.

La tristeza invadía el cansado corazón de aquel hombre de aspecto duro y ojos enigmáticos. Hacía tiempo que no le encontraba sentido a su vida, los días y las noches parecían no tener fin. El sol empezaba a levantar lentamente el blanco velo y ante sus ojos ojerosos se revelaban majestuosas e imponentes las verdes montañas. Encendió otro cigarrillo.

El perro se echó cansado a sus pies.


El disparo ensordecedor estremece hasta el último rincón de la cordillera y hace eco en la bóveda del cielo mezclándose con los ladridos lastimeros. Agua y sangre bañan la tierra fértil. Mientras ladra, ve a una mariposa desplegar por primera vez sus alas.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

MARISÍN REINA. Panamá, febrero de 1971. Lic. en Comunicación Social por la USMA. Egresada del Primer Diplomado en Creación Literaria de la UTP, 2001. Autora del Libro de cuentos *Dejarse ir*, Fundación Cultural Signos 2003. Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías, tales como: *Hasta el Sol de Mañana (50 cuentistas panameños nacidos a partir de 1949)* y *Flor y Nata (Mujeres cuentistas de Panamá)*, de Enrique Jaramillo Levi; *Cuento que te quiero cuento (Antología de 21 cuentistas panameños, comentarios y actividades de interpretación, análisis y producción)*, de Fulvia Morales de Castillo.

El becerro de oro

POR ROLANDO ARMUELLES VELARDE

 Iré disimuladamente el reloj. Eran las 9:58 a.m., y me preguntaba por qué aquella mañana no había recibido ningún mensaje de texto o correo electrónico que me rescatara de la maratónica reunión de presupuesto. Cualquier excusa hubiera sido buena: una emergencia en casa, un problema con las computadoras del departamento. Entre bostezos, tazas de café y largas explicaciones, se terminaba en discusiones sobre los vaivenes del mercado, los gastos superfluos de las otras instancias y del crecimiento de la cartera morosa. Aquel día no me tocaba la palabra, pero hubiera cambiado con gusto mi oficina con vista a la bahía por llevar la conversación hacia la intrascendencia de todas esas cifras frente a los verdaderos problemas de los clientes del banco.

Estaba absorto en la idea de lo que pasaría si recibiéramos la noticia sobre el asalto a una de nuestras sucursales, con rehenes y todo, cuando Marta, la chica de marketing, quien en ese momento defendía su proyecto de anuncios digitales se detuvo en medio argumento y señalando por la ventana preguntó:

—¿Estamos en carnavales?

Media docena de personas nos agolpamos frente a la ventana de la sala de reuniones en el piso 10. Se apreciaba claramente el denso tráfico sobre la calle 50, frente al edificio, y una muchedumbre que subía desde la cinta costera, portando pancartas.

—Es otra protesta de los obreros- dijo el gerente. Sigamos con la reunión.

Eran comunes las protestas en esta parte de la ciudad, cada vez más frecuentes. Por cualquier motivo se cerraban calles, paralizando el tránsito y causando pérdidas millonarias a la economía. Desde nuestra posición de ejecutivos bien pagados, poco importaba el motivo, siempre que no nos afectara las salidas a almorzar. El jefe tenía razón, no había motivo para interrumpir otra “importante” reunión. Nos disponíamos a regresar a la mesa, cuando Nidia, la secretaria del gerente, exclamó:

—¡Llevan una vaca dorada!

—No es una vaca, es un becerro de oro- dije, mientras todos volteaban a verme con sorpresa-. Cuando Moisés subió al cerro a hablar con Dios, el pueblo de Israel se fabricó un becerro de oro y empezaron a adorarlo.

Entonces el gerente empezó a reír a carcajadas, a lo cual todos le seguimos. Cuando recuperó el aire, me dijo en tono de broma:

—Coño, Juancho, parece que esta vez vienen a protestar contra nosotros.

No sé cuál resorte tocaron en mí esas palabras, pero me acerqué a él, y le pedí que me excusara, que tenía que salir de la reunión. No esperé su respuesta. Simplemente me dirigí a la puerta y sin mirar atrás, caminé con prisa hacia el elevador. Una vez dentro, pulsé el botón de planta baja,



mientras mi pulso se aceleraba. Sentía curiosidad por ver de cerca el becerro y leer las pancartas. ¿Quiénes eran estas personas que marchaban a todo sol?

Al cruzar la recepción en dirección a la puerta de entrada principal, noté la cara de sorpresa del seguridad mientras respondía a mi saludo. El calor y las voces de la muchedumbre me recibieron como una bofetada. Entonces pude ver sus rostros: sudados, contentos, jóvenes, viejos, una muestra del crisol étnico de esta tierra. Unos rezaban, otros cantaban y uno que parecía el líder predicaba por un megáfono sobre el amor al dinero:

—¿Babilonia del Pacífico, ciudad perdida, cuándo dejarás atrás tus pecados? – repitió el predicador en tres ocasiones.

Entonces me miró fijamente. Un escalofrío recorrió mi espalda. Empecé a caminar hacia él, abriéndome paso entre la muchedumbre, primero dudoso, luego resuelto. Miré al becerro junto al predicador. De rústico papel maché, cubierto con pintura dorada. Iba sobre un carro que empujaban cuatro hombres a los lados. Sin dejar de cantar y sonreír, la gente en el centro de la procesión ahora me miraban todos, como dándome la bienvenida. Era muy extraño. Ahora estaba parado junto al becerro. Veía sus imperfecciones.

¿Por qué me atraía tanto? Ya no pude contenerme y lo toqué. Sentí un intenso dolor, luego empecé a deshacerme en un torbellino. Mi grito se apagó de pronto. Sólo se oían los cantos. Ahora podía ver desde arriba cómo se movía lentamente la procesión. Así, contra mi voluntad, recorrimos la calle 50, deteniéndonos ante cada edificio.

Ahora tengo suficiente tiempo para pensar en mi pasado, en el sentido de la vida, en esta ciudad que busca las alturas y ansío la llegada de la fiesta del becerro, para intentar una vez más escapar de este encierro y regresar a la discusión del cochino presupuesto.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

ROLANDO ARMUELLES VELARDE Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la UTP 2009. Sus cuentos forman parte de los colectivos: *Déjame Contarte* editado por Carlos Oriel Wynter Melo en 2010 y *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, 2011.

El letrero de la entrada anunciaba el espectáculo del año. Miles de focos encendidos de varios colores se prendían y apagaban, las luces brillaban en todo su esplendor. Era la comidilla de la ciudad. Inauguraban un centro nocturno que presumía no tener nada que envidiarle a los de fama internacional. Ella nunca había presenciado un show similar desde ese ángulo. Sería la primera vez. Fue con un grupo que quería conocerlo. Estaba lleno a rabiar. Se vistió elegantemente para la ocasión. No quería que la gente notara su inexperiencia.

En cuanto entraron al cabaret, todo se tornó oscuro, una que otra luz tenue alumbraba el camino. Ver el salón de día era una cosa y otra de noche. A tientas, siguiendo al camarero, llegaron hasta la mesa que tenían reservada. Poco a poco se fue acostumbrando a ver en la penumbra. Les sirvieron unos tragos haciendo tiempo para que comenzara la presentación. Las paredes del salón estaban tapizadas con un verde oscuro, el techo imitaba la constelación. Una orquesta tocaba un bolero de moda invitando a los presentes a bailar. A medida que la vista se acostumbraba pudo reconocer a algunos bailarines en la pista y a otras personas de las mesas vecinas. Los meseros iban de un lado a otro apurados con sus bandejas hasta el tope de tragos repartiéndolos de mesa en mesa a los sedientos e impacientes clientes. La música paró repentinamente y una batería y platillos anunció el comienzo del espectáculo. El juego de luces alumbraba el escenario mientras que el efecto de nubes blancas lograba una escena de fantasía. El público entusiasta aplaudía eufórico mientras que esperaba que la cartelera comenzara.

Al abrirse las cortinas, sobre el tablado apareció una mujer caricaturizando lo que debía ser un programa de buen gusto. Estaba cubierta por un traje de plumas azules, se contorsionaba al son de los tambores; la música fue cambiando por otra más sensual. Los hombres, bajo los efectos del alcohol, le chiflaban y aplaudían a medida que se despojaba de su vestimenta. *Piano, piano* con movimientos poco gráciles, la bailarina se fue despojando del plumaje ante los suspiros de

Desde otro ángulo

POR SONIA EHLERS S. PRESTÁN

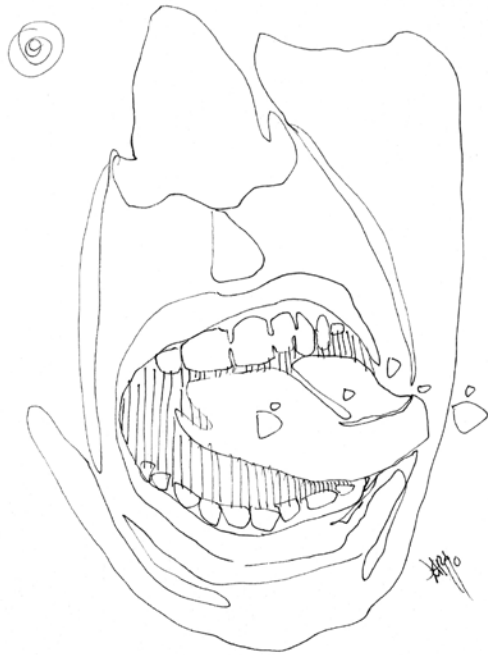
uno que otro espectador, hasta quedar desnuda. Aquel cuerpo había perdido la cintura, el pecho caía por gravedad llegándole al ombligo, las caderas vibraban independientes de la música. Fue un triste y patético espectáculo donde afloró la decadencia humana. Mientras ella bailaba, Lucy pensaba pobre infeliz, lo que tiene que hacer para ganarse la vida. Si tan sólo tuviera una buena fecha para no hacer el ridículo; le faltaba el toque artístico. Tenía ganas de subir al escenario y darle el mantel de la mesa para que se cubriera. El público aplaudía fascinado pidiendo más, algunas copas rodaron por el piso al moverse de lugar algunas sillas.

Ante los ojos atónitos de su grupo, Lucy, levantándose dijo:

—Me disculpan un rato, voy a subir al escenario. Esto hasta yo lo hago.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

SONIA EHLERS S. PRESTÁN. México D.F. 1949. de nacionalidad panameña. Estudio francés en L'École Benedict en Lausanne, Suiza. Ha vivido en Panamá, México, Suiza, Chile y los Estados Unidos de América. Libros publicados: *Presencia de Pedro Prestán*; *Concepción para cuentos I* (2006) y *II* (2008); *Las tortugas y otros relatos infantiles* en el 2010 editado por 9 Signos, es su libro más reciente.



Tragedias

POR FERNANDO LÓPEZ PERALTA

Con las seis de la tarde; el cielo, teñido de naranja y rosa luce maravilloso sobre los grandes y brillantes edificios que ahora existen en la ciudad. Conduce de regreso a su hogar, su refugio; allí lo esperan Carlos y Braulio, sus dos hijos, para hacer las tareas de matemáticas; lo espera Adriana, su joven y gentil esposa, para contarle que en menos de un año la familia será más grande. También lo esperan las mascotas, Hugo y Roca, dos pequeños chihuahuas que tan pronto sienten que estaciona el auto, corren meneando rápidamente la cola. Quiere llegar pronto, todos los días siente la misma ansiedad al terminar la jornada.

Presiente que algo no está bien; los autos avanzan lento, más lento que de costumbre en esos primeros días del trajín navideño, empieza a sentir que el espacio dentro del suyo se reduce; se le acaba el aire, se asfixia y no sabe qué hacer. Algo como esto no le había sucedido nunca, le cuesta mucho trabajo calmarse y continuar conduciendo, muy despacio como parte de la inmensa hilera de autos que saturan los cuatro paños de la gran avenida. El tiempo sigue pasando, son casi las siete y no ha recorrido más que una cuadra.

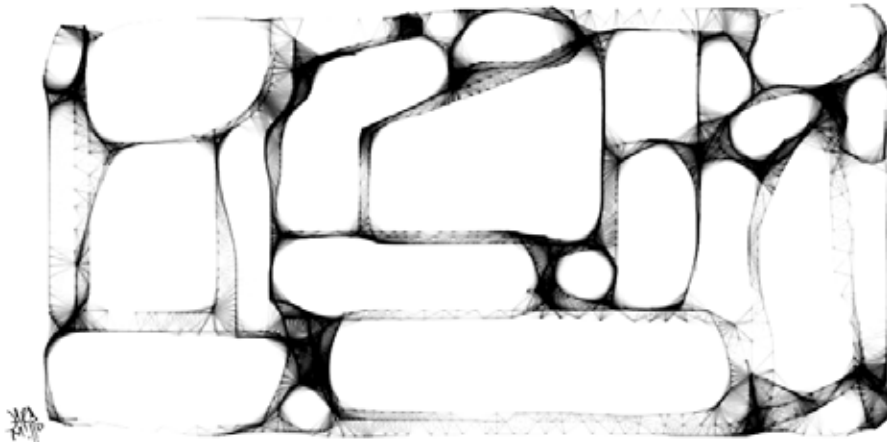
Algo ha sucedido, no sabe de qué se trata y no puede remediarlo, tiene que esperar sentado tras el volante de su automóvil; suelta el nudo de su corbata celeste -la que le regalaron en la oficina para su cumpleaños-, enciende la radio en una emisora cualquiera e intenta relajarse mientras

marca sobre el timón el ritmo de una vieja canción. La gente va saliendo de alguna parte, no sabía que tanta gente viviera a orillas de esa vía por la que tan a menudo transitaba; hombres, mujeres y niños, todos caminan apresurados por la estrecha acera, se adelantan a su auto y los pierde de vista, en la misma curva en la que se pierden los autos que van más avanzados. Estira el cuello queriendo ver más pero es imposible. Otros conductores, fastidiados por el embotellamiento vehicular, apagan sus motores y se salen del vehículo; delante de él hay un pequeño grupo de choferes de taxi, con las camisas desabotonadas y una delgada toalla de colores puesta por detrás de su cuello.

El irreverente locutor que no ha dejado de hablar desde que encendió la radio, dice que ya son las siete y media. A esta hora debería estar en casa, abriendo la puerta con cuidado para que Hugo y Roca no salgan a la calle. Hugo es todo chocolate; Roca es crema con una mancha café en su oreja izquierda, otra en su pancita siempre llena y una más cerca de donde inicia su inquieta cola.

—Poco más y nace dálmata -dijo una vez su hijo mayor. Cada vez que veía al pequeño perro recordaba el comentario y sonreía. Atrapado en el tráfico, tenía tiempo para recordar hasta las manchas del perro.

—¡Dios mío, por favor, no más, quiero llegar a mi casa!



Algunos permanecían encerrados en la cabina refrigerada, otros conversaban con los pasajeros de al lado; él miraba a todas partes y no lograba comprender cómo era que todos parecían tan acostumbrados a la situación, como si no quisieran regresar a sus hogares.

Está seguro de estar próximo al lugar en donde sucedió lo que sea que ha provocado el descomunal tranque. Toda la gente intenta acercarse lo más posible a un epicentro fatal. Las luces de la patrulla de la policía y el color brillante de la cinta que dice no pase le provocan escalofrío. Definitivamente, algo malo ha sucedido. Pudo ser un tiroteo entre pandilleros, quizás fue un asalto, tal vez se trató de una pelea bajo los efectos del alcohol, incluso un ajusticiamiento... Tras postular tragedia por tragedia, bochornosos eventos a los que ya nos hemos acostumbrado indolentemente, ve el cadáver de una mujer embarazada que fue arrollada por un autobús.

Vestía una ancha camisa de muchos colores, pantalón blanco y sandalias negras; tenía el cabello negro y largo, recogido en una cola de caballo igual que hace Adriana cuando siente mucho calor. A su lado, varios paquetes de los almacenes que están promocionando las primeras ofertas de la temporada de fin de año y un bolso negro.

Lento, pero sin detenerse, continúa avanzando. Ahora se siente como parte de una película que avanza en cámara lenta. Se acerca hasta que puede ver el dulce rostro de la joven muerta, tiene los ojos abiertos, juraría que llora. Todos los testigos y curiosos tienen algo que decir y señalan hacia todas partes, pero él no puede entender ni una sola palabra, todo lo que escucha es el eco de un

coro sin sentido. El conductor del auto que le sigue en la larga fila del congestionado tráfico empieza a sonar su bocina para que acelere de una buena vez. Él, ajusta el vidrio retrovisor y contempla por última vez la escena: Tres fotógrafos buscan el mejor ángulo del pálido rostro de la mujer.

—Pobrecita ¿Habrás sufrido mucho? Tal vez no sintió nada, un solo golpe puede sacarte la vida del cuerpo -reflexiona.

Otros reporteros y camarógrafos rodean al oficial de tránsito y al conductor del autobús, quien muestra una patética sonrisa; no se sabe si producto de los nervios o por efecto de aquel extraño cigarro que armó antes de hacer el viaje de la hora pico. Por el carril contrario se abre paso con dificultad el vehículo del departamento de medicina forense que viene a recoger el cadáver, después de cuatro horas de morbosa exposición.

Una anciana llora sin conocer a la infortunada y alguien más pregunta de todo: que si ya localizaron al viudo, pero ella no estaba casada; alguien sabe dónde vivía, quién conoce a su familia. Alejado del bullicio, un perro lame la sangre que escurre por la carretera.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

FERNANDO LÓPEZ PERALTA. Panamá, octubre de 1980. Ha tomado talleres de narración oral con Carlos Fong y talleres de cuento con Enrique Jaramillo Levi. El *Paraíso de los Sueños* (2007) es el título de su primera colección de cuentos. Sus reseñas literarias y artículos de opinión han sido publicados por diversos diarios nacionales y sitios en internet. Es miembro de la Red Nacional de Narradores de Historias.

El daguerrotipo

POR ROSALBA MORÁN TEJEIRA

—... Porque todo lo que diga puede ser usado en su contra. Nunca imaginé que una frase semejante, que escuché tantas veces en la televisión me la dijeran a mí, algún día. A pesar de gritar enloquecido que yo no la había matado, me detuvieron como el principal sospechoso y me encerraron en este estrecho cuarto blanco, todo acolchado, para que, según dicen, no me haga daño. Sin ver nada más que la nada y aquel retrato, que me aterra, pero del que no puedo separarme, insisto en que no la maté, ¿por qué, si la amaba? No estoy loco, yo sé que no estoy loco, o ¿sí? Decidan ustedes.

Ese día llegué a casa más tarde que de costumbre y no bien abrí la puerta un frío glacial golpeó mi rostro. Miré hacia la salita, donde generalmente me esperaba Lucía y la vi, eso pensé, recostada plácidamente sobre la silla estilo Luis XVI, que era su preferida y que evocaba el más bello neoclasicismo francés. Su bisabuela se la había heredado junto con todos los otros muebles, cuadros, vestidos y retratos que guardaba en lo que ella llamaba “la habitación del pasado” y a la que nadie, ni yo, nos atrevíamos a entrar. Mientras me acercaba, el frío se hacía más intenso y una escarcha que desprendía destellos brillantes, flotaba alrededor de su cuerpo, que parecía vivo. Recuerdo que cuando entró la policía, y me encontró temblando y con el cordón en la mano, el frío los hizo retroceder y correr a buscar sus “jaquets” para abrigarse. Creo, y aquí es donde no sé si vivo una pesadilla o estoy loco; cuando la vi de cerca no parecía ella. Estaba vestida de novia. Nunca antes había visto aquel vestido blanco, acampanado y con un armazón de alambre y varillas de madera que, según alguien dijo era un típico traje de novia de principios del siglo XIX usado también

como mortaja. Una hermosa diadema sostenía el largo velo de encajes que flotaba como enormes alas.

Un dolor agudo e insoportable se apoderó de mis entrañas y todo se oscureció. No sé cuánto tiempo estuve así. Creo que fue la empleada la que dio parte a la policía. La extraña, eso era para mí, tenía alrededor del cuello, según las investigaciones, marcas de que había sido estrangulada con un cordón. El parte forense determinó que no había signos de violación, por el contrario, la mujer era virgen. Por lo tanto, sólo yo podría haberla matado. Me encontraron en la escena del crimen. ¡Sólo sé que yo no la maté!

Las puertas del hospital se cerraron tras de mí. Ahí, entre las sábanas blancas encontré un extraño y antiguo estuche de vidrio, conteniendo un daguerrotipo donde se veía a Lucía sentada en el mismo sillón, con el mismo vestido de novia y un extraño (parecido a mí) parado a su lado, sosteniendo en una mano el cordón con que fue estrangulada.

El daguerrotipo tenía la siguiente inscripción: *mía para siempre.*

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

ROSALBA MORÁN TEJEIRA. Penonomé, Panamá, 1948. Fonoaudióloga. Diplomada en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá. Coautora de varios libros didácticos. Ha publicado cuentos en el libro colectivo *Letras Cómplices* y en la revista literaria “Maga”. Su primer libro de cuentos *Vidas Clandestinas* fue presentado en la Feria Internacional del libro de Panamá, en 2009.

Periódico y desayuno

POR FERNANDO O. FERNÁNDEZ

Pasaron cinco décadas del segundo milenio. La humanidad apenas había sobrevivido a las guerras, a las enfermedades y a la hambruna que siguieron tras el calentamiento global. Después de tantos desastres, el futuro dependía de algunas comunidades que habían logrado sobrevivir. Muchas cosas se estaban acomodando.

En el comedor, Joaquín fingía leer el periódico del día mientras se enfriaba su café. Estaba callado y pensativo, no sabía cómo abordar ese tema que lo traía tan intranquilo. De repente, desde la cocina, junto al desayuno vendría el enfrentamiento.

—¿Viste lo del periódico? Eso es inaceptable, es una aberración. Simplemente no podemos aceptar este retroceso en materia de las libertades individuales. Me rehúso vehementemente a olvidarme de nuestras conquistas. En toda la historia jamás se nos reconoció nuestro derecho a ser lo que somos... Cariño, ¿no me estás escuchando? ¿No leíste el periódico? ¿No has visto las noticias? Salió en todos lados esta mañana. ¿Por qué no dices nada? ¿Es que acaso estás de acuerdo con esos retrógradas de mierda? Háblame, por Dios. ¿Cuál es tu misterio?

—Desde anoche andas con ese sofoco. Me tienes hartos ya con ese tema. Suéltame por favor.

—Pero, cariño, tú estás como si nada. Esa nueva ley nos va a destruir la vida; va a separarnos, mi amor. Yo simplemente no podré vivir sin ti. Me imagino que te opusiste, ¿o no?

—Mira, Chichí, la vida hay que aceptarla como venga. No podremos resistirnos a cumplir con el deber que ahora nos impone la historia.

—¡Puerco, estúpido! Yo nunca pensé que esos maleantes de la Asamblea te iban a convencer. Entonces... tú también la aprobaste. ¡Cabráon! ¿Es que para ti lo nuestro no vale nada? ¿Y estos diez años qué? ¿Los tiramos a la basura? Si ya no me quieres ¿entonces lo de anoche qué fue...? ¿Fingiste, hijueputa?

—Chichí, no hables así. Yo a ti jamás te he mentado. Siempre pensé que tenías claro que eres el amor de mi vida. Acaso no te diste cuenta que mi almohada amaneció empapada en lágrima-

mas. Me quiero morir, pero tengo que cumplir mi deber. Si ahora nos equivocamos, la humanidad desaparecerá por sí sola en pocos años.

—¡Entonces hazlo, perro! Lárgate y ojalá te encuentres una hembra que te haga sentir más hombre que lo que te hice sentir yo.

—Lo dudo, Chichí. Tú lo tienes todo. Tienes un cuerpo que daría envidia a la misma Venus, pero jamás podrás parir un hijo. Lo siento, amor.

El consternado legislador salió del apartamento cargando su maleta en silencio, sin mirar atrás. Sintió pena por lo que dejaba. Aunque estaba destruido, sabía exactamente lo que tenía que hacer para sobrevivir: formar una familia de verdad.

Al pobre Leopoldo le esperaba sólo la cárcel o el suicidio; cualquier cosa sería mejor para él que deshacerse de su hermosa cabellera rubia, sus preciosos senos, o revertir todas las operaciones que se hizo para parecer una actriz de cine.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

Fernando O. Fernández. Chilibre, Panamá, 1968. Licenciado en Tecnología Industrial. Ha participado en talleres literarios de Ileana Gólcher, Carlos Fong, Carlos O. Wynter Melo y Enrique Jaramillo Levi.

Los tamarindos

POR EVELIA HO DE GARCÍA

El pueblo está de fiesta. Celebra las festividades de Santa Eduviges, su patrona. Pronto comenzará la procesión y sonarán los primeros fuegos artificiales.

Raúl acaba de llegar a Los Tamarindos por primera vez. Después de hospedarse en una pequeña pensión, decide caminar hasta el centro del pueblo. Son las cuatro de la tarde y una suave brisa refresca el ambiente, como preámbulo a una noche fabulosa. Mientras camina, mira detenidamente a su alrededor. Es un pueblo muy pintoresco, con casas grandes pero humildes, en medio de inmensos patios donde rosas, veraneras, girasoles, claveles y otras flores de vistosos colores se mezclan con diversos árboles frutales, destacándose los altos tamarindos, cargados de fruta en esta época del año. En todas partes las gallinas, gansos o patos picotean la tierra buscando lombrices. En los portales, hermosas guirnaldas, coloridos arreglos de flores naturales y velas blancas o rojas adornan la imagen de Santa Eduviges. Hasta los postes de luz están adornados. Los niños corretean de un lado a otro, acompañando a hombres y mujeres que con velas metidas en vasos plásticos se dirigen presurosos al centro del pueblo donde va a comenzar la procesión. Uno que otro perro ladra en la distancia. Se siente la alegría y el fervor católico.

Raúl no es muy católico pero esta vez, siguiendo un gran impulso, decide participar en

la procesión. Mientras camina oyendo los rezos y cantos religiosos, hace un recuento de su vida. Tuvo una niñez llena de necesidades. Su madre, Eneida Campos, trabajó muy duramente para criarlo y educarlo. Él fue un excelente alumno, se ganó una beca para estudiar ingeniería en una universidad privada y tuvo un magnífico empleo. Su madre era muy afable y cariñosa; sin embargo, nunca le conoció un familiar, ni siquiera otro marido. Sabía que ella era del interior pero hasta su muerte, que había ocurrido hacía un par de años, se negó rotundamente a decirle sus orígenes, mucho menos el nombre de su padre. Solamente le contó que era hija única, que tuvo algunos problemas allá y que por eso se había ido a la capital al nacer él.

Entonces Raúl enferma gravemente y el médico le recomienda un año de reposo absoluto. Todavía soltero, con algunos recursos económicos y un futuro prometedor, deja el empleo y decide visitar cada rincón del país, y quién sabe, tal vez alguien le de razón de su madre. No lleva rumbo fijo. Si le gusta un pueblo, se queda un tiempo y luego sigue. Por un periódico supo que Los Tamarindos celebraba sus patronales. No está muy lejos de la capital de la provincia y el transporte es cómodo y regular. Y ahí está ahora, caminando la procesión...

—¡Virgencita! Estoy enfermo, solo en el mundo, desorientado, cansado. Dame una razón

de vivir...una buena mujer, una familia.... – ruega con fervor, con un grito que le sale del alma.

Terminada la procesión y la misa, comienzan los festejos, los fuegos artificiales, los bailes. Comida por todas partes y mucha, mucha gente. Entra al jardín de baile que está en el centro del pueblo.

—Una cerveza —pide mientras se sienta en una mesa a un costado del bar y mira a su alrededor. El salón está repleto. Muchas parejas bailando y, en una mesa cercana, una joven guapa que bebe de una copa, le sonríe con picardía. Se le parece a alguien, pero no recuerda a quién.

—¡Vaya! —piensa, devolviéndole la sonrisa. —Esta muchacha me gusta. ¿Será que ya la Virgencita me está haciendo el milagro?

De repente, la muchacha se acerca y se sienta frente a él. Se ve que está un poquito pasada de copas.

—¡Hola, forastero! —le dije con voz un poco gangosa. —Me llamo Olga, vivo en aquella casa amarilla que se ve allá —la señala con un dedo— y ando buscando a mi mamá. También tengo un hermano mellizo en alguna parte del mundo. Mi mamá se fue con él para la capital y nunca han regresado. Papá al principio contrató detectives para que los buscaran y nada. Pero yo sé que algún día van a llegar a este pueblo y los voy a conocer. ¿Por casualidad, conoces a una señora llamada Eneida Campos?

Raúl siente que le falta aire. Ha recordado aquella vieja fotografía donde una sonriente joven, muy parecida a su interlocutora, saluda al fotógrafo con una mano... ¡al fotógrafo que era él!

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

EVELIA MARÍA HO DE GARCÍA. Santiago de Veraguas, Panamá, 1938. Ha participado en varios talleres literarios de Enrique Jaramillo Levi, Carlos Fong, Mireya Hernández (q.e.p.d.) y David Róbinson.

Hombre que no se rinde

POR MINERVA DE JOVANÉ

Era el mes de junio de 1959. Jorge, un joven activista, líder estudiantil, que defendía con vehemencia sus posiciones, inflexible en cuestiones de principios, regresaba de Guatemala y fue arrestado en el aeropuerto por policías uniformados bajo el mando del entonces capitán Torrentes. —¡Quítate el uniforme y pelea como hombre! —le dijo Jorge a Torrentes—. Allí se inició el reto.

Una década después, Torrentes fue el dictador de Panamá con poderes para disponer de la vida o la muerte de sus opositores.

Arrancó la pesadilla cuando el navío Gaviota recaló en la costa un 19 de noviembre de 1969. Se dejó oír un disparo al aire, y una mancha de palos anunciando la bienvenida al infierno de Dante. Era Pancho Pistola con una misión que cumplir. En el grupo venía Jorge, quien había sido muy perseguido por la policía, por la fuerza con que defendía sus principios y por su carismática personalidad, que lo hicieron líder. Me vino a la memoria el incidente en el aeropuerto que hace diez años conocí, porque también yo era un encendido dirigente. Lo miré... Un chorro de sangre se deslizaba desde las cejas.

—¡Muévanse, caminen, hijoeputas! —irrupía uno de los verdugos— ¡Entren por la calle de honor!— En medio de improprios el cabo Fernández le reclama directamente a Jorge por la relación marital con su hermana... ¡No se qué

vio una mujer blanca en ti para casarse contigo, siendo tú un negro tan feo!— exclamó el cabo Fernández. Ya en la celda, Jorge les explica a sus compañeros de tortura que ese Fernández era su cuñado y que no le perdonaba el matrimonio con su hermana.

Este estrecho sitio con mirada al mar en que ahora se encontraba Jorge, fue su refugio desde las siete de la noche hasta las seis de la mañana. Si el día en Coiba es hermoso, de noche no debe serlo menos.

El cielo negro tapizado en estrellas prometiéndole recónditos paisajes a distancias astrales, puede ser la descripción inspirada en un ambiente sereno que cobijaría a Jorge en la noche. Ello, de no haber sido por las ruindades nocturnas que también se ocuparon de practicar los sádicos que lo asesinaban a destajo. Durante unos lapsos nocturnos, aparecía un cabo que le decían “Gallo Ronco” y cada media hora rociaba agua fría y caliente alternadamente sobre los cuerpos dormidos de sus víctimas, entre ellos Jorge. A las 6:00 a.m. sin haber conciliado el sueño ni un minuto en 54 horas de viaje desde nuestra partida del puerto de Balboa, se nos obligó a subir empinadas lomas con guardianes armados de toletes y fusiles. Jorge y yo íbamos sin instrumentos de trabajo a reparar la cerca de un potrero.

Tuvimos que hacerlo con las manos. En algún momento de distracción del cabo Nicanor me dice Jorge... “¡Cómo conjugar en la imaginación tanta belleza con tanto horror!” y se postró en el suelo con la mirada en dirección al mar, el verdor de sus aguas, el zurcido inútil de las olas con la arena, y la destreza de las gaviotas bailando con ellas, decía Jorge... De súbito, quedó segado con un atronador golpe que nubló su vista, despojándolo del sentido, el cual recuperó rápidamente con un crudo y frío baño de agua para luego colapsar ante otro golpe de garrote, obligándolo a levantarse. El cabo Nicanor gritaba —¡Caminen rápido, estúpidos comunistas, coño!—

El trayecto por la playa se hacía muy lento y las fuerzas de Jorge se estaban minando, pero el cabo nos instruyó a caminar por la playa en di-

rección al cuartel central. Él estaría esperándonos allá. Jorge desfallecía y apenas si podía caminar por los golpes y moretones en todo su cuerpo. Con mi ayuda y una vara que él se había conseguido superamos la prueba, caminando por la orilla de la playa. A escasos doscientos metros del cuartel central el cabo Nicanor irrumpió en un caballo. Con una soga amarró a Jorge por la cintura y me dijo—¡ No intervengas!— y lo arrastró amarrado del caballo hacia el Cuartel Central. Ya estando yo en el Cuartel, me ordenó con un toletazo que me aproximara a la celda donde Jorge era atendido —Sabía que era para escarmiento - Noté que se le habían arrancado las uñas de los pies y que la uña del dedo grande del pie derecho ahora le colgaba. Dos días después se le cayó dejándole un colgajo.

—¡Salgan ahora! —irrumpió Pancho Pisto-la, y los condujo a los baños comunales. Después de vestidos fueron escoltados hacia un comedor a varios metros del Cuartel. Fue en vano para el extenuado Jorge, él no resistía ingerir alimentos. Los compañeros solicitamos permisos a los guardianes para encargarles unas latas de jugo a una pequeña tienda que funcionaba en el penal. No resultó. Ya en la celda Jorge, languideció vomitando y orinando sangre. —¡Oiga, queremos hablar con el responsable del penal! ¡Este hombre esta muy mal!— gritó uno de los compañero de Jorge—. Los verdugos responsables con pasmosidad e indiferencia dijeron— Aquí solo hay aspirinas y violeta genciana—¡Entonces, llévenlo a tierra firme o traigan algún médico, coño!— Un par de toletazos cayó sobre la espalda del querellante. Fue como hablar con el viento. Ignoraban las peticiones que le hacíamos. Otros seguimos haciendo trabajos en el campo. Jorge permaneció en el Cuartel Central. Y para Álvaro, su amigo, eso fue un mal presagio.

En la noche nos reunieron a todos en la misma celda. Y nos encontramos con la ropa de Jorge empapada en sangre, señal de nuevas torturas. Jorge no estaba en la celda. El veintinueve de noviembre a las cinco de la mañana, una vez consumado el crimen, un preso entró corriendo y gritó:

—¡Acaba de morir! ¡Mientras agonizaba estuvo llamando a todos... Dicen que murió de muerte natural, más infarto!

“A l g u n o s meses después de la muerte de Jorge, fuí al Tribunal Superior de Penonomé a examinar las sumarias localizadas allí, para determinar las causas de su muerte ¡Vana simulación! Leí el protocolo de autopsia y ví varias fotos de Jorge acostado en un camastro. Tenía el tórax abierto de par en par como roto a hachazos (era tan difícil encontrar el miocardio). Sus antebrazos y manos estaban vendados y todo muy abultado”

Carlos Iván Zúñiga



Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

MINERVA N. DE JOVANÉ. Santiago de Veraguas, Panamá, 1944. Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Fluminense de Río de Janeiro, Brasil. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2004. Sus cuentos han sido publicados en Maga y en los colectivos: *Soñar despiertos*, (2006) y *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 2011.

2 poemas de Jorge Ávalos

Salvadoreño

ADVERTENCIA

Una Mujer es un abismo. Inclínate
con cautela
hacia sus ojos. Teme
su boca,
el dulce vértigo de sus besos.
Siente su corazón
palpitar
a través de los huesos y de la carne.

Su desnudez no es inocente:
es la trampa de lo eterno.
Acércate a ella
con prudencia. Escucha su sangre
remontarse
por las rutas accidentadas
de su cuerpo
hasta el golpe frutal
de los pechos,
hasta los labios
asombrados
de su sexo.

Toca el borde espinado
y las señales
ocultas: las grietas,
las junturas,
lo que tiembla de humedad
y hace oscilar la frágil madeja
de los sentidos.



Una Mujer es un abismo.
No sabes si mirarla,
humillado, o destruir su belleza.
Cobarde y vil, tierno animal
esquivo y fugaz,
no sabes si admirarla o amarla
como ama
un hombre derrotado:
humanamente.

Una Mujer es un abismo,
y ese abismo,
óyelo bien,
es tu destino.

EL ENIGMA DEL ENCUENTRO

En estos días, cuando despierto
y no sé dónde estás,
salgo a buscarte. Te busco
por esas calles,
extraviadas
y tristes,
de las ciudades invisibles del corazón.
Allí donde muere lo que el tiempo
devasta como un niño
que arrastra su edredón
por los pasillos
en medio de la noche, allí
te busco, materia del amor,
madre de la memoria, tibia leche
del recuerdo. En ese lugar, al final del verano,
cruzaré el arco de la victoria
de Washington Park, donde se reúnen
los estudiantes y las monjas, los alcohólicos
y los vendedores de libros usados,
los locos lúcidos y los profetas
de las utopías más dementes.
Avanzaré entre todos ellos,
con los labios densos de silencio,
con los ojos colmados
de extrañas luces, y te esperaré
en aquél rincón extraviado,
una cuadra
al sur, seis escalones
abajo, tras el pórtico del Café
Turco, sentado en la silla
de los arcos de rosa. ¿Recuerdas?
Sobre la mesa estará el brebaje amargo,
su magia negra y su intenso sabor
a cardamomo, acompañado del ácido
y dulce pastel de arándano,
con su piel dorada y su carne púrpura.

Allí te espero, en ese lugar secreto,
donde los musulmanes fuman
sus pipas de agua, donde las sombras
se mueven muy lentamente
sobre los hilos de oro
de los cojines rojos, donde la luna
de cobre incrustada en la mesa se ilumina
con el último rayo del sol.
Allí te espero,
a la hora precisa
cuando los fuegos del ocaso
se preparan para iluminar
la silueta de tus caderas
al momento de descender
los seis escalones del café.
Y ese instante, el indeleble instante
cuando cortas en inquietos rizos
el humo blanco de las pipas,
es el eco de tu llegada,
el enigma del encuentro
de dos miradas
en una sola memoria. A esa hora,
en ese lugar, allí te espero,
mujer amada
que aún recorres
las ciudades invisibles del corazón.

Tomado de: Jorge Ávalos, *En las ciudades invisibles del corazón*, San Salvador, 2010

JORGE ÁVALOS. Nació en Salvador, en 1964. Poeta, cuentista, dramaturgo, periodista investigativo. En 2004 gana el Premio Centroamericano "Rogelio Sinán" por su libro de cuentos: *La ciudad del deseo* (Panamá, 2005). Poesía: *El cuerpo vulnerado* (1984); *El coleccionista de almas* (1996); *El espejo hechizado* (2001). Teatro: *Ángel de la guarda* (2005); *La canción de nuestros días* (2008); *Lo que no se dice* (2009); *La balada de Jimmy Rosa*.

El Síndrome

El historiador Alfredo Bastimentos sufría de un mal pocas veces visto: el síndrome del recuerdo urbano. A plena luz del día, se le transformaban las imágenes y lo que sus ojos veían eran recuerdos, vistas de la ciudad décadas atrás. Su hijo mayor contó que la primera vez, Alfredo lo dejó en el Colegio La Salle en la avenida Balboa, y le preguntó por qué se dirigía al Club Miramar, si ese lugar no era para adolescentes. En todo caso, si era así, él lo esperaba en la entrada del Astillero Pinel, y señalaba al Club de Yates. Juan lo observó unos segundos, y creyó que aquello era producto de su buen humor de historiador. No le dio importancia, y hasta se fue sonriendo de las ocurrencias de su extravagante padre.

Tiempo después caminaba por la Cinta Costera al lado de la Avenida Balboa, cuando empezó a bracear en el aire y a pedir ayuda. La gente se acercó a auxiliarlo. Alfredo pedía que lo sacaran del agua, puesto que no sabía nadar. Sentado en la acera y más calmado, les explicaba a los transeúntes que, de golpe, se encontró nadando en la parte más profunda de la Playa de Bella Vista.

–¡Pero señor! ¡Esa playa fue destruida por la avenida Balboa, mucho tiempo atrás! ¡Hace más de cincuenta años!– le dijo uno de ellos.

–Ahora lo veo– fueron sus palabras luego de unos segundos de vergüenza.

En la zona de Costa del Este empezó a sentir cómo un tufo asfixiante le taponaba la garganta. Se abrió el nudo de la corbata. Se rasgó la camisa. Con aspavientos desesperados, trató de abrir la puerta. Casi se lanzó del vehículo en marcha. Le salvó la rápida acción de su amigo, quien frenó y le sostuvo las manos.

3 cuentos

POR GONZALO MENÉNDEZ GONZÁLEZ

–¡Me asfixio, me asfixio!– y con arcadas profundas se lanzó a la grama de la acera. Cuando recobró la calma, le confesó a su amigo que se vio en medio de los humos del vertedero de la ciudad y que los gallotes le picoteaban el cuerpo. Éste lo miró extrañado.

–Alfredo, no sólo no hay gallotes, sino que ese vertedero, el de Panamá La Vieja, no existe más– Lo miró con preocupación, y lo ayudó a subirse al auto nuevamente.

Las escenas raras se repetían. Su mujer estaba al borde del colapso, pues lo creía loco de remate. Un día, la llamaron las autoridades municipales para decirle que a su esposo lo habían rescatado medio desnudo, dándose un baño y tomando sol, bajo el puente del contaminado río Juan Díaz.

Esa vez no sólo lo bañaron en agua oxigenada y alcohol en la sede de la Cruz Roja, sino que discretamente llamaron a los psiquiatras del Hospital. Tras algunas discusiones, lo dejaron ir en manos de su esposa. Finalmente tuvo que ser aislado en el pabellón de los esquizofrénicos del Matías Hernández. La Sociedad Bolivariana y los Historiadores del Istmo argumentaron a su favor. Tras un tiempo, le dieron de alta. Los médicos no tenían un diagnóstico final. Dada la incertidumbre, parte de la junta recomendaba aire puro y reposo. Otros aseguraron que era un nuevo caso de locura contemporánea que podía contagiarse.

Todo marchó bien por años. Su familia lo aceptó otra vez. Alfredo se olvidó de esas viejas alucinaciones urbanas. Hasta fue nombrado Director del Instituto de Cultura durante el llamado *gobierno de los locos*.

Poco tiempo después de los escándalos de la restauración del Casco Antiguo, y de los desastinos de Bella Vista y San Francisco, lo vieron junto a otros, todos hablando en un inglés perfecto, dirigiéndose a lo alto, al cielo, en medio de una vía que alguna vez tuvo a un Roosevelt de bronce sentado en su silla, y que falsos nacionalistas fundieran para su beneficio propio.

Moacyr

Era Moacyr. Lo recuerdo como hoy. Estaba tirado en la acera, dormido, muy sucio y maloliente, babeando un hilo plástico inmóvil. Su piel era una costra oscura salpicada de lunares llagados. No hay duda que su figura resultaba desagradable a todos los sentidos y a todos los transeúntes. Ese día nublado, gris como tantos en Lima, la ciudad resultaba más difícil y áspera. Era un día seco y sin cielo. Corrían los primeros días de abril del año 2000.

Allí estaba tirado en la acera. Moacyr Barbosa. Ningún perro lo acompañaba. La botella en su mano derecha colgaba como marioneta dormida. Era un fantasma que en esa incómoda posición, denotaba cansancio. Quizás, diría con mayor certeza, algo de hastío y desesperanza.

Lo había conocido siendo un muchacho de bachillerato. Hacía años no sabía de él. Lo había visto celebrar feliz en las canchas de fútbol de Santa Teresa. La gente lo aplaudía y vitoreaba. Era capaz de hacerles túneles a los defensas, tanto de ida como de vuelta, y finalmente, con lujo de reyes, mandar un certero tiro al arco, en el extremo superior. Aún con sus cuarenta y tantos años auestas, lo respetaban por sus quiebres de cintura y sus ingeniosas fintas. Su experiencia era motivo de orgullo del Colegio Cristiano Los Olivos, lugar donde se desempeñaba como entrenador de fútbol.

Hoy verlo allí, como un trozo de árbol putrefacto al cual nadie presta atención, me deprimió. Todo era tan fúnebre. Me senté cerca, en la acera. Estaba hermético en mis pensamientos, cuando escuché un ruido, una especie de zumbido de palabras ondulando en mis oídos, y descubrí que un grupo de muchachos bien vestidos despertaba a Barbosa para burlarse de él. Parecían divertirse a plenitud. Lo empujaron con los pies, como a una masa fofo. La ira se apoderó de mí cuando uno de ellos se abrió el pantalón, y le orinó el rostro. Barbosa respiraba lentamente. Con un resoplido de fuelle descompuesto, dio muestras de vida. Elevó sus ojos amarillentos y tan sólo lo oí decir en voz baja:

–¿Por qué?

¡En medio de una explosión de fuerzas ocultas me lancé sobre ellos! ¡Los golpeé a los tres! Aturdidos por la sorpresiva reacción, me miraron inquisitivos. Se levantaron de uno en uno. Trataron de volver sobre mí. Imagino que mi mirada de indignación, mirada de loco capaz de todo, los persuadió.

–¿Quién eres tú?– me preguntaron a los gritos. No importa– les contesté algo más calmado.

–Lo que importa es quién es él. Ese viejo tirado allí, es el gran Moacyr Barbosa, el mejor portero de fútbol que ha parido Brasil. Su primer portero negro. Ese es Barbosa, el hombre condenado por todos, por no atajar a los uruguayos en el mundial del 50. Es el Maracaná. Es el Vasco y es Ypiranga. ¡Barbosa es un dios renegado! – les grité.

Los muchachos escucharon y bajaron sus rostros. Algo sucedió en ese momento. Ya no estaban desafiantes, sino que empezaban a retraerse, y a apaciguarse... Ese momento fue un siglo.

Me acerqué al maloliente Barbosa. Lo traté de incorporar, pero tan sólo pude sentarlo. Despertó totalmente. En su rostro percutido se asomó una luz. Esa mañana, su redención final llegó, cuando los muchachos lo levantaron, y le pidieron un autógrafa. Con lágrimas en los ojos los cuatro percibimos un dejo de brillantez en Barbosa, una pequeña alegría cambió su cara. Una luz en medio de la nada iluminó al negro Moacyr, quien ya no se movía más.

En la ruta 20 de Paraíso

Por la ruta 20 de Paraíso sube Cipriano arrastrando la bolsa de comida y los chécheres que le quitó a su familia. Todos saben que cuando bebía, la furia lo descontrola y se deshace en gritos violentos. Su situación era hartamente conocida. El rostro se le desfiguraba y empezaba la metamorfosis. Los pómulos le sobresalían. La nariz hinchada y rojiza daba pie a unos labios de baba larga. Sus ojos a media persiana, y la cabeza balanceándose, eran signos inequívocos de su estado. El cuero curtido del cuello con horizontes de sol y sudor añejo, eran la evidencia de una vida sufrida.

Ahora Cipriano Moreno, vaga sin vida, sin alma, arrastrando su bolsa ruidosa, levantando polvos rojizos. A lo lejos se le distingue como un miserable andrajo que camina. Su sombrero a la pedrada, ya no lo es más. Es una máscara destejada y hedionda a polvo y licor.

Tinita quedó mirándolo a lo lejos. La acompañan sus cuatro niños. Estaba nuevamente embarazada y sus sentimientos eran encontrados. El hombre con el cual alguna vez se sintió feliz, era un recuerdo. Esa figura que se veía a lo lejos, no era la sombra de aquel apuesto joven que un día se apareció bien vestido al rancho y con voz sólida le dijo al viejo: -¡Me la llevo! Mucho tiempo había transcurrido desde entonces.

En esa ocasión el viejo lo quiso probar, y con machete en mano lo retó a un duelo. Cipriano desarmado, aceptó el desafío, porque si algo tenía claro era su amor por Tina. El viejo descubrió en su mirada esa luz de hombre dispuesto a todo. Bajó el arma y con resignación sutil, le aceptó la petición. Eso sí, a cambio de que la cuidara. Se llevaba a su única hija. Tina y su madre espiaban por las rendijas del rancho. Ella, aún con un dejo de miedo, pero con determinación, empezó a guardar sus humildes pertenencias en una bolsa de mercado.

Ahora Tina, adolorida aún de los golpes de la noche anterior, de pie, en la puerta, llora amar-

gamente; al tiempo que agradece al cielo, que su Cipriano se marche para siempre. Ya no vería platos rotos ni vasos lanzados en la madrugada, ni peticiones de comida al despertar de la borrachera, ni sentiría el odioso resoplido de locomotora vieja, cuando la babeaba mientras la forzaba a satisfacerlo. Ni los niños serían más testigos de todo aquello.

El tiempo pasó. No se supo de él. Esa madrugada de mayo, mientras Tina despertaba a los chicos para ir a la escuela, escuchó la noticia urgente. El Expreso del Oeste, cayó desde el Puente de Las Américas. Fueron más de veinte metros hasta dar contra el suelo. Hierros retorcidos y sangre era lo que describían. Todo Panamá estaba consternado. Ese bus partió puntual de La Chorrera como todas las mañanas. En la lista, mencionan a Cipriano Moreno. Algunos sobrevivientes lloran mientras narran su horror. Tina se deja caer en el suelo de tierra. Palidece. Se toma de los cabellos y llora. Lo hace como una niña sin consuelo. Lloro intensamente y lo llama desde su corazón. Lloro a su Cipriano. Lloro por el tiempo que pasaron juntos y por su propia infancia entregada a ese hombre. Los niños la abrazan y lloran con ella. Sus quejidos le brotan desde adentro. Un dolor profundo la abate, porque ya no le guarda rencor. Y las heridas y los golpes ya no duelen. Lo creía olvidado. Lo ve arrastrando su bolsa. Pero, también lo ve hermoso y perfumado, desafiante ante su padre. Y ella dignamente apretada a él, dispuesta a vivir la vida, aunque no fuera en un paraíso.

Tomado de Gonzalo Menéndez González, **El síndrome y otros cuentos**, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

GONZALO MENÉNDEZ GONZÁLEZ. Ha sido un lector asiduo desde joven. Una novela y un libro de poesías inéditos sirvieron de preámbulo a su producción de cuentos. La labor constante en un taller literario dirigido por el reconocido escritor Carlos Fong, le ha permitido disciplina literaria. En diciembre de 2010, le fue otorgada la segunda versión del Premio Signos de Minicuento "Rafael De León-Jones" con la obra *El síndrome y otros cuentos*.



**BASILIO DOBRAS RAMOS
GANA EL PREMIO
NACIONAL DE CUENTO
"José María Sánchez" 2010**

El escritor, médico y ganador del Premio Nacional de Literatura "Ricardo Miró" 2010, Basilio Dobras, fue elegido, el jueves 28 de octubre, por el jurado calificador como el ganador del Premio Nacional de Cuento de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP) "José María Sánchez 2010", con su libro **La casa del rayo**.

También el jurado decidió otorgar mención de honor al cuentario **La última campaña**, del autor Genaro Villalaz y para el cuaderno **Ad infinitum**, de Lissete E. Lanuza Sáenz. Además, destacó la calidad de otros trabajos con gran potencial, en especial el libro **Pneuma**.

**COLECTIVO CULTURAL
CELEBRÓ CENTENARIO DE
DESTACADA COCLESANA**

El colectivo cultural **Hierba buena Para el Alma**, creado para ofrecer a la comunidad coclesana eventos de calidad rela-



cionados con el arte y la cultura, celebró la lectura, la poesía y la vida de la poetisa salinera: Hersilia Ramos de Argote.

En el Centro Regional de la UTP en Coclé, el martes 8 de junio, se inauguró la Sala de Lectura "Hersilia Ramos de Argote", se presentó el libro *Poesía*, del poeta penonomeño y Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró, Porfirio Salazar y se hizo el lanzamiento del Concurso Nacional de Literatura Infantil "Hersilia Ramos de Argote".

**EXPOSICIÓN "VISIONES DE
UNA ESTANCIA" EN LA UTP**

Del lunes 4 al viernes 8 de octubre, la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), en conjunto con la Embajada de Italia, presentaron la Exposición "Visiones de una Estancia", del pintor David Vega.

Visiones de una Estancia, son imágenes de Florencia, una "tierra" a la que autor, panameño radicado en Italia, reconoce todo el mérito de su formación artística. Un casual agrupamiento de imágenes y de momentos, en los que refleja la cotidianidad de la vida.



**PRESENCIA DE LA UTP EN
LA FERIA DEL LIBRO**

UTP: Punto Nacional de Cultura

La Universidad Tecnológica de Panamá, como abanderada de la cultura y motor de la creatividad literaria de los autores nacionales, desde hace más de cinco lustros, participó, a través de su Centro de Distribución y Librería, del 25 al 29 de agosto, en la VI FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO EN PANAMÁ, que se celebró en el Centro de Convenciones ATLAPA, en el Salón Las Islas.

Nuestra participación en la feria, permite aportar al fortalecimiento de la cultura hacia la lectura y fomentar entre los visitantes la importancia de crear una biblioteca personal.

**UTP EDITA CUENTO
INFANTIL
UNA RECETA EN ROBOTOLANDIA**

Cesibell Tifanía Ortiz Alemán, autora del libro de cuento "**Una Receta en Robotolandia**", entregó a la Rectora de la Universidad Tecnológica de Panamá

(UTP), Ing. Marcela Paredes de Vásquez, un ejemplar del cuento editado como parte de la Colección Círculo Cero, de la UTP.

La escritora Cesibell Ortiz es hija de dos profesionales de la Ingeniería: Gilberto Ortiz y Cesiah Alemán, ambos colaboradores de esta Casa de Estudios Superiores. Una Receta en Robotolandia se presentará este sábado 28 de agosto, a las 4:00 p.m., en el Salón Bejuco-Chocó del Centro de Convenciones ATLAPA.

Ortiz firmo autógrafos en el Stand de la Universidad Tecnológica de Panamá en la VI Feria Internacional del Libro. El libro Una Receta en Robotolandia estará a la venta en el Stand de la UTP en la Feria y en el Centro de Distribución y Librerías de la UTP.

UTP LANZA CD DE VILLANCICOS NAVIDEÑOS

En diciembre del 2010 se presentó la primera producción navideña de la Universidad Tecnológica de Panamá, “**Voces UTP en Navidad**”.

Para la Rectora de la UTP, Ing. Marcela Paredes de Vásquez, en esta época navideña se ha querido compartir con la sociedad panameña, algo muy nuestro “En el 2011, la UTP cumplirá 30 años de servicio a la comunidad y queremos festejarlo desde ya y en grande con esta producción, que esperamos Ustedes disfruten. Elevamos plegarias al Todopoderoso para que derrame bendiciones sobre esta comunidad universitaria y sobre todo nuestra querida Nación”, señala.

El CD, que es totalmente gratis, recopila 11 canciones propias de la temporada navideña, dos de los cuales son acompañados por los músicos del conjunto típico de la UTP y el Grupo UTP Brass, con voces de estudiantes, profesores, investigadores y administrativos, bajo la dirección musical de Mario Tuñón y la dirección coral, de Electra Castillo.



“ENTRE ZURRONES Y ENJALMAS”

La **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)** presentó, el martes 30 de noviembre, en el Salón 306, del Edificio de Postgrado, la obra “**Entre Zurrones y Enjalmas**”, una colección de 16 cuentos, en los que se relatan aspectos típicos, culturales y tradicionales, característicos de la vida en el campo, especialmente en “El Carate” de Las Tablas, provincia de Los Santos.

El Ing. Luis Antonio Barahona González, Vicerrector Académico de la **UTP** es el autor de esta obra, en la cual se rescatan vivencias familiares, la belleza natural

de los escenarios e inquietudes de la auténtica campiña santeña, con un toque de humor transparente y exquisito.

Cada cuento está narrado en un lenguaje vernacular, que atrapa al lector desde la primera página y lo transporta al lugar y al tiempo en que ocurrieron los hechos, hace 70 años.

La redacción de tan valiosa colección inicia en un seminario taller sobre escritura de cuentos, que ofreció la **UTP**, a finales del año 2009, a cargo del Licdo. Héctor Collado.

UTP INAUGURA EXPOSICIÓN COLECTIVA INTERNACIONAL

La **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, en conjunto con la Universidad del Norte, de la ciudad de Barranquilla, inauguraron el 25 de noviembre, en la Biblioteca de la **UTP**, la Exposición colectiva “Cómo nos duele nuestro país”, como parte del proyecto Itinerartes Internacional 2010, que incluye obras de artistas del Caribe colombiano.

El Ing. Luis Barahona, Vicerrector Académico, quien asistió en representación de la Rectora de la **UTP**, Ing. Marcela Paredes de Vásquez, manifestó su beneplácito al poder compartir ese momento con la Universidad del Norte, además de confiar en que marca el inicio de una serie de eventos compartidos entre ambas Casas de Estudio Superior.

Por su parte, Zandra Vásquez,

Directora del Centro Cultural Cayena de la Universidad del Norte, agradeció a las autoridades de la **UTP** el apoyo para que las 30 muestras de 18 artistas colombianos puedan continuar su recorrido, expresando su óptica vivencial de la realidad de su país.

PANAMÁ ATRAPADA POR MAGA

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), presentó la noche del 26 de octubre, el número doble de Maga, la única publicación cien por ciento literaria de Panamá y que corresponde a los números 66 y 67, de la revista que durante más de veinticinco años, mantiene a los panameños atrapados a través de sus encantos literarios.

El Ing. Raúl Barahona, Vicerrector Académico Encargado, dio la bienvenida a los presentes en nombre de la Ing. Marcela Paredes de Vásquez, Rectora de la UTP, haciendo alusión a que desde el año 2008, la Revista Maga es el órgano de divulgación cultural de la citada Casa de Estudios Superiores.

El escritor Enrique Jaramillo Levi, en su intervención, destacó el papel de Maga en la divulgación de la literatura en Panamá, además de agradecer a la Rectora, Ing. Marcela Paredes de Vásquez y a la UTP, su apoyo y confianza, pues permite mantener la calidad en cada publicación.



VER CRECER LA LITERATURA

La poesía para niños es asunto de gente grande. Cuando un poeta se encuentra con esta manera de hacer malabares con el lenguaje, amparada en la “difícil sencillez”, logra portentos, como el caso de la ganadora del Premio Nacional de Poesía “Hersilia Ramos de Argote 2010”, convocado en virtud del centenario de la maestra de Aguadulce, por la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP). Lil María Herrera con su poemario “Di versos” hace gala una técnica difícil, compleja: la composición japonesa *haikú*, que exige tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente.

La brevedad es la madre del ingenio y en esta oportunidad. Lil Herrera, ha usado su ingenio y nos sorprende con un cuaderno que merece a la homenajeada en su centenario.

Para ver crecer la literatura como vehículo, herramienta para la promoción de la lectura, la UTP ha creado el Premio Nacional de Literatura Infantil “Hersilia Ramos de Argote”. La convocatoria persigue celebrar la vida de la Poetisa Salinera y ayudar a incrementar el acervo bibliográfico dedicado a este sector de la población

PROYECTO I+D EN CULTURA DE LA UTP PRESENTA OBRA EN VI FERIA DEL LIBRO

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), a través del Proyecto I+D en Cultura, presentó el jueves 26 de agosto, durante la celebración de la VI Feria



del Libro, la obra **“Patrimonio Cultural: integración y desarrollo en América Latina”**, del autor colombiano Gonzalo Castellanos Valenzuela.

Castellanos, es abogado y especialista en cultura, quien ha publicado tres obras. En la obra referida, el autor plasma las similitudes sociales, políticas y económicas que une a nuestros pueblos, además de las ventajas con las que se cuenta para trascender como región.

CRÍTICO LITERARIO ESPAÑOL DICTÓ

CONFERENCIA EN LA UTP

El viernes 9 de julio, la comunidad de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, tuvo el privilegio de contar con la presencia del destacado crítico literario español, Fernando Valls, catedrático de Literatura Española Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Valls, fue invitado a Panamá junto con otros distinguidos críticos de la literatura hispánica, en ocasión del Congreso Internacional organizado por el Instituto

Nacional de Cultura y la **UTP**, en torno a los aportes de la obra del laureado escritor panameño Enrique Jaramillo Levi, con motivo de sus 50 años de escritura. En el Campus Central de la **UTP**, el Profesor Valls se refirió a los nuevos autores cuya cuentística empieza a destacarse significativamente en lo que va del siglo XXI en las letras españolas.

50 AÑOS DE ESCRITURA - CONGRESO INTERNACIONAL

Con total éxito se desarrolló, del 6 al 8 de julio, un foro académico singular en ocasión de los 50 años de escritura del destacado autor panameño Enrique Jaramillo Levi, asesor cultural de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**.

La iniciativa de organizar el congreso surgió del crítico literario nacional Fredy Villarreal Vergara, a fin de poner de relieve la trascendencia que ha tenido, dentro y fuera del país, la obra del profesor Enrique Jaramillo Levi.

En el evento se dieron cita distinguidos expositores, nacionales

e internacionales, quienes aceptaron analizar diversos aspectos relativos a los aportes del conjunto de la obra literaria producida por Jaramillo Levi desde sus inicios en 1960, hasta la fecha. Como resultado de este foro académico, la UTP publicó en febrero de 2011 la Memoria de dicho conclave, en forma de libro; su título: **“Del oficio de escribir como arte y destino”**, y se presentó el 9 de febrero del mismo año en el salón 306 de esta institución.

LANZAMIENTO DE EL LABERINTO DEL CARACOL SOLLOZA

La más reciente obra del poeta e ingeniero panameño, Raúl Ávila, el poemario: *“El Laberinto del Caracol Solloza”*, fue presentado a la faz pública, el 28 de mayo, en un acto organizado por la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP).

El evento se inició con la participación de la Ing. Marcela Paredes de Vásquez, Rectora de la **UTP**, quien expresó su satisfacción por este nuevo aporte cultural, donde se resalta la creatividad y talento del recurso humano de la institución.

Se distinguió en el acto, la lectura de algunos poemas de la obra presentada, por parte del Ing. Pedro Rebolledo, Subdirector de Planificación Universitaria y la Ing. Ninfa Caballero, de la Dirección de Compras.

FOTOS:
PRODUCCIÓN AUDIOVISUAL UTP

UTP PRESENTA NUEVO NÚMERO DE LA REVISTA MAGA

El Campus Central de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, sirvió de escenario para la presentación, el jueves 20 de mayo, de la versión N°65 de la Revista Maga, órgano de expresión cultural de esta Casa de Estudios Superiores.

Esta edición consta de 100 páginas con ensayos, poemas, cuentos, entrevistas e información cultural y les correspondió a los escritores Carlos Oriel Wynter Melo, Luigi Lescure y la Arq. Magela Cabrera hacer una reseña de los contenidos del ejemplar.

El Rector encargado, Ing. Luis Barahona, elogió el hecho de que 19 autores panameños y otros 14 de países de Latinoamérica y España incluyen sus obras en la Maga, para ofrecerle al lector una gama de textos de calidad.

GRADUACIÓN DEL DIPLOMADO EN CREACIÓN LITERARIA

El Acto de Graduación de la octava versión del Diplomado en Creación Literaria de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, en el que 17 estudiantes recibieron su certificado de terminación de cursos, se realizó el viernes 14 de mayo de 2010, en el Edificio de Postgrado, del Campus Víctor Levi Sasso.

En este diplomado se impartieron nueve asignaturas, tanto teóricas como de producción de

textos dictadas por profesores, quienes también son reconocidos escritores nacionales. Tuvo una duración de 10 semanas consecutivas y un total de 144 horas.

DIPLOMADO DE CULTURA Y DESARROLLO

El lunes 19 de abril de 2010, la Rectora de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, Ing. Marcela Paredes de Vásquez, inauguró formalmente el primer módulo del “Diplomado de Cultura y Desarrollo”, la primera de una serie de actividades del Proyecto I + D en Cultura de esta Casa de Estudios Superiores.

Este diplomado es dirigido a docentes de distintas universidades oficiales y particulares que forman parte del Consejo de Rectores de Panamá, profesionales de distintas disciplinas y miembros activos del sector cultural en general.

Para el primer módulo, enfocado en la base conceptual de la cultura, con temas como: Identidad, Comunidad, Patrimonio Cultural, entre otros, se contó con el renombrado antropólogo mexicano, José Antonio Mac Gregor, quien tiene más de 25 años de experiencia en el campo cultural, especialmente desde CONACULTA, en su país natal.

UTP inaugura Memorial “Rogelio Sinán”

En el marco de premiación del Concurso Rogelio Sinán 2009-2010, el 21 de abril, la Rectora de la **Universidad Tecnológica**

de Panamá (UTP), Ing. Marcela Paredes de Vásquez, inauguró el Memorial “Rogelio Sinán”, el cual contiene parte de la biblioteca y algunos objetos personales del insigne autor, donados por sus familiares.

Sobre este recinto, la Rectora manifestó que la familia del escritor panameño Rogelio Sinán ha tenido la deferencia con la **UTP** al donarle los libros que él atesoró toda su vida “sus libros queridos”.

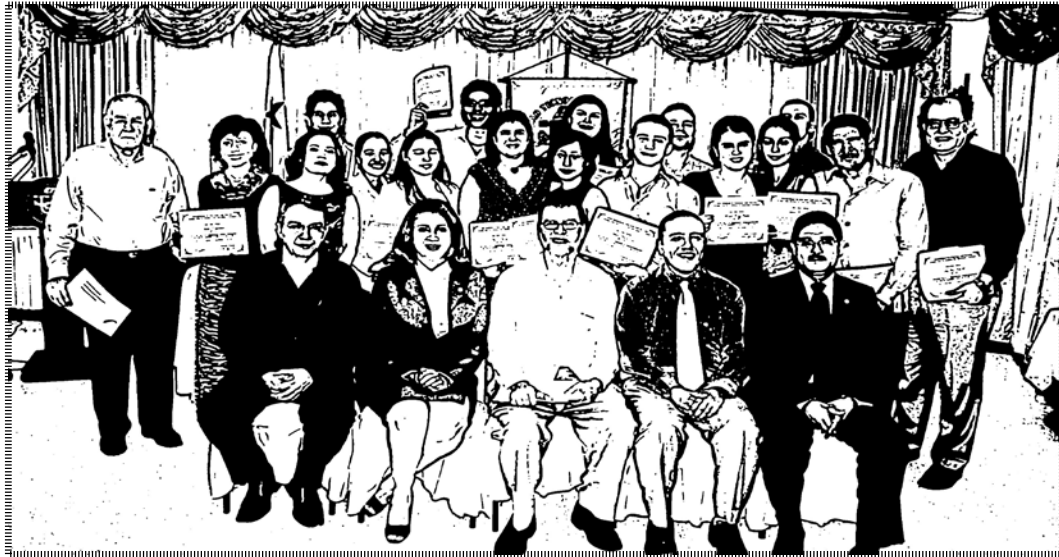
La Ing. Marcela añadió que, es deber de cada panameño mantener la memoria intacta de Rogelio Sinán, conocer su obra excepcional en cada género literario que cultivó, ya que esto es hacer patria.

Igualmente, la Rectora entregó, el Premio Rogelio Sinán 2009-2010, en la categoría Cuento, a la escritora panameña, Lucy Cristina Chau, por su libro “De la puerta hacia adentro”.

Premio Rogelio Sinán 2009-2010

El libro “**De la puerta hacia dentro**”, de la escritora **Lucy Cristina Chau Colley** es la obra ganadora, de la XVI Versión del Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán” 2009-2010, en la categoría de cuento, organizado por la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**.

El jurado calificador del Premio conformado por Rey Barría, Marilina Vergara y Francisco Hinojosa consideró que el libro “**De la puerta hacia dentro**” es la obra ganadora, por su estructura bien organizada, temática actual,



amena y un lenguaje que hace gala de la sencillez.

También se otorgaron menciones de honor a los libros “Los estragos del amor”, de Rafael Ruiloba y “Mis mensajes en botellas de champaña”, de Carlos Oriel Wynter Melo; considerando que, en el primer caso, el libro denota investigación y riqueza del lenguaje. En el segundo caso, se trata de una propuesta moderna, ingeniosa y con trabajo escritural.

ARRANCA CON ÉXITO NOVENA VERSIÓN DEL DIPLOMADO EN CREACIÓN LITERARIA (2011)

El lunes 14 de marzo de 2011 se inició con éxito el **Diplomado en Creación Literaria 2011**, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Se trata de la novena versión del Diplomado, que terminará el 26 de mayo. Creado por Enrique Jaramillo Levi, este Diplomado consta de 9 asignaturas dictadas durante 10 semanas, todas las noches, por 6 profesores que, a su vez, son re-

conocidos escritores nacionales: Ariel Barría Alvarado, Héctor M. Collado, Alex Mariscal, Rodolfo de Gracia, Juan Antonio Gómez y el mismo Jaramillo Levi.

La idea es que estos autores compartan sus conocimientos y experiencias de muchos años con personas que tienen la sensibilidad y el talento mínimo necesarios para iniciarse en la escritura creativa y continuar escribiendo con disciplina y autocritica una vez culminada esta etapa educativa. Con un componente teórico importante y la posibilidad de producir textos que sean leídos y discutidos entre todos los participantes, las materias que se dictan en el Diplomado en Creación Literaria son: Seminario-taller de Cuento, Seminario-taller de Novela, Literatura panameña contemporánea, Teoría y crítica a literarias, Seminario-taller de poesía, Grandes obras de la literatura universal, Seminario-taller de Dramaturgia, Géneros literarios y periodísticos, Seminario-taller de Ensayo.

El 34% de las más de cien personas egresadas de este Di-

plomado desde su fundación en 2001, han publicado posteriormente al menos un libro; unos pocos ya habían publicado desde antes. Entre los nuevos escritores panameños que se iniciaron en alguna de las versiones del Diplomado, y que hoy han merecido respeto y admiración por la calidad de sus obras o porque han merecido algún premio literario local, están: Eduardo Soto, Lupita Quirós Athanasiadis, Luigi Lescure, Albalyra Franco de Linares, Andrés Villa, Érika Harris, Marisín Reina, Gorka Lasas, Francys de Skogsberg, Humberto Urruz, Isabel Herrera de Taylor, Gloria Melania Rodríguez, Gina Paola Stanziola, Dennis A. Smith, Magdalena Camargo Lemieszek, Adalcristo Guevara, Victoria Jiménez Vélez, Silvia Fernández-Risco, Lissete Lanuza Sáenz, entre otros. Ya habían publicado sus primeros libros antes de tomar el Diplomado: David Róbinson O, Sofía Santim (María Gilma Arrocha), Belisario Rodríguez Garibaldi, Javier Alvarado y Klenya Morales, entre otros, y han continuado publicando.

NUESTRA MÁS RECIENTE PRODUCCIÓN



Colección Anclajes, 2010

Colección Doble Fondo, 2010



9SIGNOS

GRUPO EDITORIAL

VANGUARDIA EDITORIAL PARA UN ARTE ANTIGUO

De venta en Exedra Books, Librería Cultural Panameña,
Farmacias Arrocha, Supermercados Riba Smith, El Hombre De La Mancha y Librería Argosy.
Apdo. 0832-2745, World Trade Center, Panamá, Rep. de Panamá / Teléfono: (507)214-9228



"La Universidad Tecnológica de Panamá, apoya la producción bibliográfica panameña y estimula a nuestros autores nacionales"

